EL COJO ILUSTRADO

Año XIV — 15 DE FEBRERO DE 1905 — Nº 316

PRECIO
SUSCRIPCIÓN MENSUAL.....B. 4
UN NUMERO SUELTO.....B. 2

DIRECTOR:
J. M. HERRERA IRIGOYEN
EMPRESA EL COJO — CARACAS — VENEZUELA

EDICION QUINCENAL
DIRECCIÓN: J. M. HERRERA IRIGOYEN & CA.
Este 4 — Número 14
CARACAS — VENEZUELA
NO SE DEVUELVEN ORIGINALES

CUERPO DIPLOMATICO ACREDITADO EN CARACAS

A. L. Pelldram
Ministro de Alemania

H. W. Bowen
Ministro de los E. U. de América

F. J. Herboso
Ministro de Chile y Decano del Cuerpo Diplomático

Charles Wiener
Ministro de Francia

Outram Bax Ironside
Ministro de Inglaterra

Barón C. Aliotti
Encargado de Negocios de Italia

Simón Planas Suárez
Encargado de Negocios de Nicaragua

José Gil Delgado
Encargado de Negocios de España

Norman Hutchinson
Secretario de la Legación de los E. U. de América

W. Parquer
Agregado Militar á la Legación de los E. U. de América

Manuel Amunátegui Solar
Secretario de la Legación de Chile

J. H. de Reus
Encargado de Negocios de Holanda

M. Figueredo Eizaguirre
Introductor de Ministros Públicos en Venezuela

Luiz de Lorena Terreira
Encargado de Negocios del Brasil

Joseph Wolters
Encargado de Negocios de Bélgica

LA ENAMORADA DEL SOL

—

EN LA LANDA DE MARCABO.

UVARI DI BUVA pasaba muy lentamente detrás de las hileras de tamariz de una alta duna, y tocaba en su flauta silvestre el frullo (1) de la tarde: un hilillo de notas penetrantes, que conducía hacia lejanos refugios á los bueyes dispersos.

Yo escuchaba largamente, y me pareció que al soplo del pequeño guardián de rebaños, un alma vasta se revelaba en torno nuestro, sobre la tierra y en el espacio: el alma de todo un pueblo.

Duvari pasaba, arrastrando trás sí su encanto solemne, y el rebaño lo seguía hacia el sol poniente, detrás de las landas de la Pastorara, cuando al volver los ojos, el joven vió mi sombra alargarse oblicuamente cerca de la suya.

Se detuvo.

—¿Vas á los valles? me preguntó, después de haberme sonreído.

—No, le contesté, me detengo en la Torre dei Romei. Haremos camino juntos.

—Si la lentitud de mi rebaño te conviene. No llegaremos antes de la noche.

—No estoy de prisa, y te acompañaré con gusto.

—¿Escuchabas el *frullo?* preguntó después de una pausa.

—Sí, te escuchaba.

—¿Ves? Me he hecho una flauta que vale todo el oro que pueda contemplarse. He trabajado todo el invierno para terminarla, y ahora estoy satisfecho. ¿Has escuchado? Modula como un ruiseñor, y se oye de lejos.

Arzulieta, la otra noche, me ha oído desde su lecho, desde las landas de la Pastorara, y el aire la ha conmovido de tal manera, que al día siguiente ha venido Vanupi á buscarme y me ha dicho: «Mi hija quiere oírte y hablarte, y por mi boca te ruega y te conjura que no faltes á tu palabra.» Prometí ir. Pobre niña! Y aun esta noche mismo iremos todos en grupo y tocaremos el gran aire (2.)

—¿Cuántos seréis?

—Quince. Todos los pastores de las landas de Marcabo.

—Arzulieta será feliz.

Duvari bajó la cabeza, miró los pálidos cinerarios de las arenas, y tuvo una sonrisa triste.

—¿Todavía está enferma? pregunté.

El se volvió hacia mí, sopló sobre la palma de su mano abierta, y dijo:

—No le queda sino el aliento.

—¿Y no podrá sanar?

—¿Quién sabe? Los hombres que combaten la muerte han venido á verla de muy lejos; han venido de las ciudades inútilmente. No saben y no pueden comprender sino hasta donde lo quiere el misterio; más allá de los umbrales del misterio no distinguen la menor vislumbre. Arzulieta no sufre; sonríe, habla, pero está pálida y se desvanece hora por hora, como las nubecillas que pasan bajo el sol; antes de poco tiempo, quizá se irá sola, allá arriba, al reino de la eternidad. No hay jugo de yerbas que pueda salvarla. Muere hechizada.

Su voz dolorosamente grave se extinguió.

Vi brillar los grandes ojos negros de mi amigo; un breve fulgor los iluminó, entre la claridad violácea del crepúsculo; luego, los párpados del joven se abatieron, y suspiró. La dulce hija de Vanupi, Arzulieta, cada día más languidescente, yacía desde algunos meses en los confines de las landas de la Pastorara, en una casita ennegrecida por las tempestades.

—¿Le tocaréis el frullo de la tarde? repliqué mirándole.

—No, contestó.

—¿Cuál otro motivo, entonces?

—Sé muchos; Ojûm, el viejo pastor, me los enseñó cuando andábamos juntos, á lo largo del mar, al claro de la luna. Sé tantos, que podría llenar con ellos el aire.

Luego dijo:

—Ves, hay la Sonata del Sol, que es un motivo tan viejo como los árboles y las aguas. Ojûm me ha dicho que los primeros pastores lo habían aprendido de la diosa Aurora, que era bella como las flores y como los metales soberbios, y que descendía cada mañana en medio de los rebaños, para sonreír á los hombres.

Estaba toda desnuda, solamente vestida con sus cabellos, y su sonrisa y su gracia hacían temblar al viento y los árboles antiguos. Siguiendo el ritmo de su voz, nuestros abuelos aprendieron la Sonata del Sol, que tú oirás esta noche si nos sigues. Luego hay el Trullo del Viento, la Sonata de los Bosques, el Encantamiento; y este último, hermano mío, cuando lo oí tocar por la primera vez por los dos ciegos, seguidos de sus rebaños y guiados por Mareja, su hija, me invadió tal dulzura, que lloré. Ciertamente, nadie podrá tocar ya el Encantamiento tan bien como los dos ciegos. Se dice que hay en esta música una fuerza antigua, que destruye todas las tristes magias; se dice que un caballero errante la aprendió en el país de Jesús. Lo que hay de cierto es que una vez la toqué á Pina di Vusse y la saqué de su tristeza.

Los bueyes iban lentamente, mugiendo hacia el gran disco solar que tocaba la tierra; eran del color del cobre, y se perfilaban sobre la luminosidad sangrienta, perdiéndose á veces en la luz como en un amplio torbellino. Avanzaban por la interminable landa, hacia una vivienda desconocida, por grupos diseminados, y tendiendo las narices húmedas al astro moribundo. Batuf, un buey gigantesco, marchaba á la cabeza, y el arco de sus cuernos, como dos enormes crecientes lunares, abrazaba el globo entero del sol. Marchaba sin abatirse, sin ramonear las gavillas de cinerarias, fiero el ojo, fijo y escrutador sobre la llameante divinidad que caía en el misterio, por debajo de la tierra. Al norte, como metales enrojecidos sobre el horizonte, las aguas del mar espejeaban.

Duvari di Buva, volviendo hacia mí sus ojos anchos é ingenuos, dijo:

—Esta noche ensayaremos.

—¿Qué? pregunté, pues mi pensamiento caminaba por otras vías y había perdido la huella de su primer razonamiento.

—Pévul di Seleja, el viejo sabio, ha dicho á Vanupi que Arzulieta no podía ser salvada sino por sortilegios. Esta noche ensayaremos el poder de los sortilegics.

—¿Crees en el remedio?

—Creo que los espíritus del aire tendrán piedad de su belleza, siempre que no vuelva la Enamorada del Sol.

—¿La bohemia?

—Sí, esa cara de pez, que el señor confunda! Llegó, no se sabe de dónde. Se la vió por primera vez, hace cuatro años, en el mes de agosto; estaba casi desnuda; una cuerda roja le ceñía la cintura, y sus cabellos le flotaban á la espalda. Nadie pudo jamás aproximársele. Hacia la tarde, tenía la costumbre de detenerse en el puente de la Encina, frente á la casa de Vanupi. Esperaba la muerte de su enamorado, el sol de llamas; entonces se erguía sobre la curva del puente, y gritaba levantando los brazos. Luego desaparecía sin dejar huellas.

Pévul di Seleja dijo entonces: «Desconfiad de la mujer del maleficio.»

Las mujeres vigilaban á sus hijos, pero Arzulieta era sola, como un talluelo de espino en un seto deshojado, y reía de su juventud. Amaba á todas las criaturas, y no comprendía el mal. Se había hecho bella en el espacio de algunos meses. Toda su sangre florecía, y la Primavera, cuando volviese dulcemente, quizá le habría pedido amar.

Conocía la sonrisa que los corazones acogen, y en sus ojos se transparentaba un alma tan bella, que la claridad, á su rededor, se estremecía. Estaba hecha como las Madonas pintadas. ¿Recuerdas? Era una alegría verla. Pasaba por nuestras canciones como la esfera lúcida, el ámbar y las columnas de oro. No temía á la Enamorada del Sol, y por las tardes, de lejos, le enviaba una breve salutación:

—Adiós, mi negra hermana. ¿Qué noticias del Sol?

La bohemia volvía hacia ella sus ojos sombríos, sin contestarle; después, toda extenuada, se erguía contra el cielo luminoso para saludar, inmensa la pupila.

Yo le había dicho, el verano último, una noche que vino conmigo al mar: «Arzulieta, aléjate de la mala mujer, sigue el consejo de Pévul di Seleja.»

Ella, alzó los hombros y rió. Luego, dijo: «Yo no oigo sino á un solo consejero, mi amigo, mi hermano: el amor.»

¿Qué contestar? A la belleza se la adora de rodillas. Aquella noche, sentí en mi corazón palpitar toda la tierra! Así pasó el tiempo, y nadie pensó más en la mujer desconocida que erraba por nuestras landas, se ocultaba en las selvas lejanas, y reaparecía cerca de las casas, por la noche. Una vez me encontré con ella, cara á cara, volviendo de Bellocchio. Iba envuelta en llamas; lancé un grito, y la hechicera desapareció. Jamás he sabido cómo. Lo que te refiero es real como la luz y como tus ojos. Pasó el invierno, y en la primavera, Arzulieta cayó enferma.

La perla imperial se extenuó como la yerba entre las arenas; sus mejillas se hicieron pálidas y lívidas; su cuerpo languideció por efecto de la mala suerte; tembló, se calló, tuvo la sangre envenenada, y se acostó en su lecho para morir.

La Enamorada del Sol, la mujer del maleficio, huyó para siempre. Alguien la vió hacer tres cruces sobre la casa de Vanupi; otros observaron huellas sangrientas sobre la arena de la playa; pero la cara de pez no se mostró más á los ojos de los hombres; y la venganza, jurada en nombre de Dios Padre, no pudo cumplirse.

Ahora vamos á ensayar un sortilegio, y este será el último recurso contra la muerte maligna.

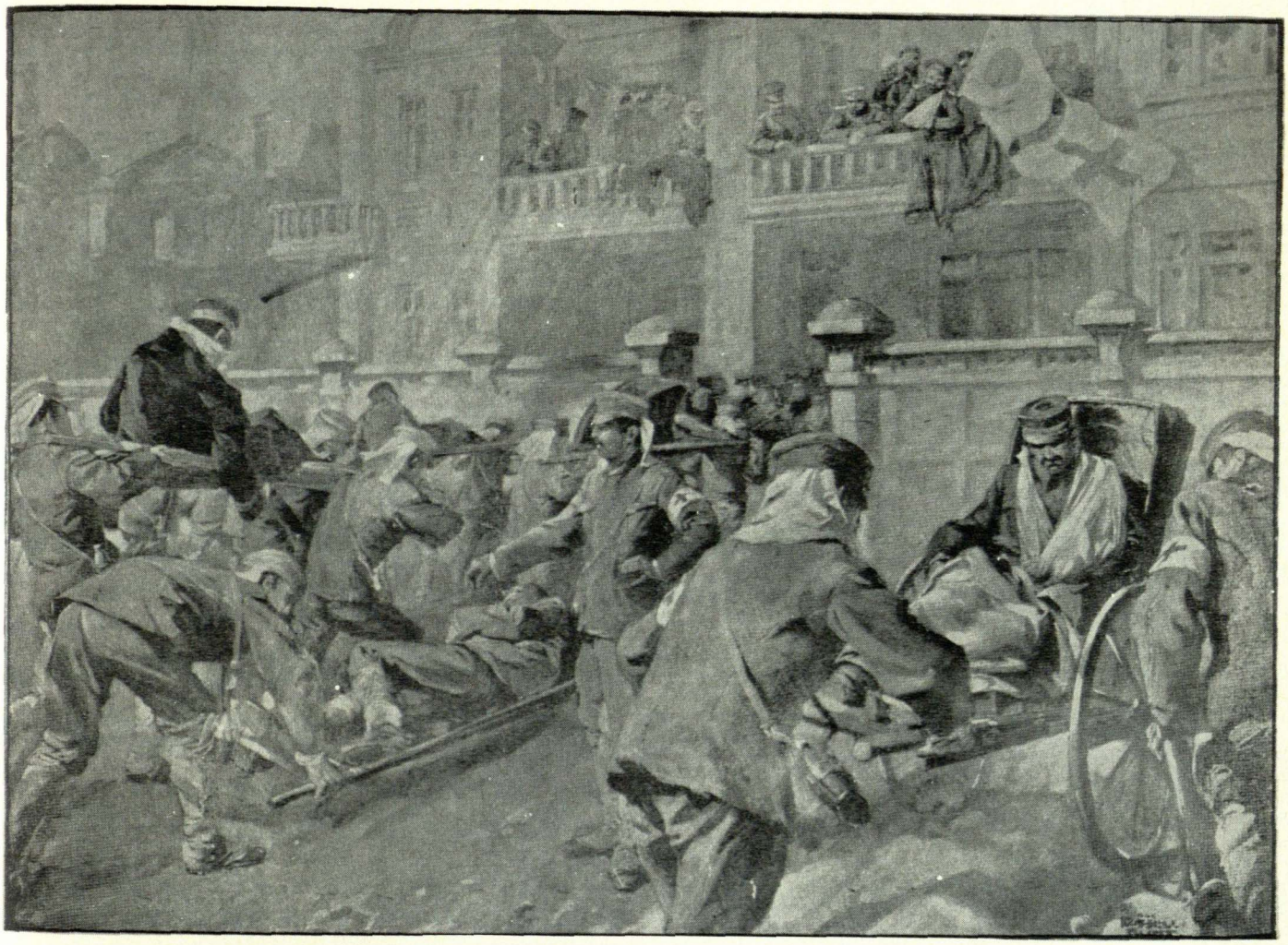
El pastor guardó silencio; oí su voz extinguirse, dolorosamente grave; vi su rostro inclinarse hacia el suelo, bajo la potestad del dolor, y la angustia desgarradora del amor joven, que la muerte abatía bajo sus azotes.

La landa, en el crepúsculo violáceo, era co-

---

(1) El *frullo* es un aire especial de los campos romañoles, una serie de trinos y de modulaciones ejecutadas en una especie de flauta campesina.

(2) El *suono grande* [gran aire] es un coro de frullos, tocados durante la noche á guisa de serenata amorosa.



GUERRA RUSO-JAPONESA:
Dalny, la gran ciudad rusa, convertida en inmenso hospital japonés

mo una mar infinita, en la que no se movia otra cosa sino la blancura incierta de los rebaños.

EN CASA DE VANUPI

La noche tocaba á su fin. Yo había seguido á Duvari y á sus compañeros. A todo lo largo del camino, nadie me dijo una palabra; sólo se oía el ruido de nuestros pasos, semejante al ruido de las ramas restregadas. Recorrimos en silencio las ocho millas que separan la torre de Parmera de la casa de Vanupi.

En el momento de partir, Duvari di Buva había dicho simplemente á sus compañeros:

—Hermanos, tengo confianza en vuestra alma.

Luego, bajo las claras constelaciones habíamos partido sin mirarnos, mudos y recogidos.

La roja estrella de los mares había surgido delante de nosotros, en su lento paseo. Antes de franquear el puente de la Encina, nos detuvimos, pues Vanupi nos aguardaba allí.

Dijo:

—Gracias, hijos míos! Que todas las bendiciones del cielo sean con vosotros!

Y Duvari di Buva preguntó:

—¿Cómo está ella?

—Ella sonríe, contestó el padre, sonríe y guarda silencio.

—La salvaremos!

—Así sea.

Pasamos el puente. Llegados á la éra, detrás de un grupo de acacias que defendian la casita contra la furia de los vientos del norte, distinguimos un hormiguero de personas, saliendo apenas de la sombra.

Mi corazón tembló; los hombres y las soledades se harmonizan admirablemente á esa hora, en la espectativa de los acontecimientos inciertos.

Los pastores se detuvieron en un montículo y esperaron.

Vanupi encendió cuatro antorchas en torno de la cabeza de Arzulieta, que apareció entonces tendida sobre su lecho. Jamás ojo humano había contemplado más dolorosa belleza.

No movió los labios; á su alrededor, sus grandes pupilas buscaban quizá algún rostro conocido entre los jóvenes guardianes de rebaños; luego, cerró los párpados, y permaneció así, con la cabeza un poco ladeada, muda en su fatal encantamiento.

Pévul di Seleja, el sabio, estaba arrodillado sobre el quicio, y Venupi escrutaba con las miradas las profundidades de la noche. Bajo las antorchas Arzulieta respiraba, con los ojos apenas entornados como en un ensueño amoroso.

Entre la Corona boreal y la carretilla de Bootés, flameaba, en los inconcebibles vértigos del espacio, Archirus, el sol amarillo, el Dios solitario de otros mundos perdidos.

La landa estaba desierta, sin la sombra de una casa ni de una planta.

De pronto, el murmullo de las flautas silvestres se levantó como un rumor, como un batir de alas bajo las innumerables estrellas; palpitó, giró en el ritmo de algunas notas, se extinguió, y volvió á aparecer, semejante á la respiración de un sér que abre de nuevo los párpados al día, después de un largo período de sueño.

Y hé aquí que después de la evocación frágil del dulce tremular de una extensión de agua bajo los ojos del alba; hé aquí que después del simple ritmo,—débil como un llamamiento amoroso,—que decia la aparición maravillosa de nuevas criaturas á la gran luz de la vida, las flautas silvestres enmudecieron, y luego, inflaron sus sonidos como dominadas por una cadencia más vasta, por una clara sonrisa triunfal.

Se fundieron, se deshilaron en trinos, se detuvieron, resonaron aún en una osadía vehemente, se elevaron en un canto inmenso, al cual parecían participar, en el grito apasionado del amor, todas las voces y todos los seres de la tierra.

Realmente un estremecimiento intenso, corrió en la sombra; lo adiviné en la opresión de los pechos anhelantes; lo ví en los ojos de Arzulieta, que, recto el torso, se había le-

vantado y se inclinaba lentamente hacia adelante, arrobada, transfigurada. Salía de su ensueño sombrío una vez más, al llamamiento gozoso y profundo de una voz primaveral, que hablaba de oro, de gemas, de besos, de palacios de cristal, de espejos marinos, y de azur infinito inundado de sol.

En la sombra de las grandes acacias las mujeres murmuraron:

—Hijos! La bella Arzulieta está salvada!

Fue como las letanías matinales del mar. Inaudito milagro! Arzulieta se incorporaba en su lecho. Pero bruscamente, las flautas silvestres callaron: un alarido agudo atravesó la noche.

En medio del puente, recta, inmóvil, salida de lo desconocido, acababa de aparecer la Enamorada del Sol. Inconsciente, extraída de su retiro solitario por las vibraciones acariciadoras, personificó por un instante todo el doloroso enigma de la vida. Miró en torno suyo sonriendo (veo todavía su faz, hollada por una profunda miseria); pero en el momento en que iba á levantar los brazos y hablar, Vanupi saltó de la sombra de su casa y gritó:

—Vuelve á tu fango, perra!

Luego, apuntó su fusil y disparó.

La mujer que iba sola por todas las tierras, buscando el nido de su amor remoto, sonrió, inclinó su rostro macilento, y, fulminada, cayó sobre las tablas del puente.

Entonces los pastores lanzaron gritos de alegría, y Arzulieta se levantó más bella, en la renovación de su primavera.

Así fue salvada.

Pero tres noches más tarde—lo recuerdo bien—los aldeanos reunidos en la torre de Parmera, para festejar juntos la milagrosa curación, cayeron hundiendo la faz en la tierra, al ver salir de las soledades de los cielos, de improviso, un gran cometa.

Tenía el color de la sangre, y los ignorantes se llenaron de tristeza invocando al Dios Padre, porque vieron aparecer en su nebulosa el rostro macilento de la Amante del Sol.

Reaparecía; viajaba aún y siempre, más allá de la muerte, más allá de los confines estrechos de la tierra, la desconocida criatura, precipitada en la eternidad, entre las constelaciones y la blanca Galaxaura, sobre el camino de su terrible amor.

A. BELTRAMELLI.

ES TIEMPO

—

Tú sabes que camino
sobre tus propias huellas; sabes adonde voy;
sabes hacia qué playas remotas peregrino;
yo soy un argonauta, y busco el vellocino
de oro: tu pasión!

—

Mi vida es un torrente:
desesperada corre del porvenir en pos....
Pero será la fuente
de sosegado curso y limpida corriente
cuando en su cauce caigan las linfas de tu amor.

—

No tengo una alegría;
arruyan mi existencia ráfagas de dolor.
¡Apiádate! ¡sé mía!
Mi espíritu es la noche; tu espíritu es el día:
tu claridad despeña sobre mi noche, oh, sol!

—

Pájaro errante, un nido
por ideales tierras solicitando voy....
Tiempo es de que me otorgues la gracia que te pido!
es tiempo de que exclames:—¡viajero, bien venido;
¡Hospédate en mi alma! ¡Toma mi corazón!

VÍCTOR RACAMONDE.

Enero: 1905

UNA TAZA DE TE

—

A Angel Estrada, artista y poeta.

—

«A corazones heridos, sombra y silencio.—*Balzac.*»

Ante el líquido rubio y caliente, pienso en el país productor de la planta, y por asociación de ideas, casi inconsciente, recuerdo las elevadas doctrinas morales del gran filósofo oriental. Imagino á Confucio, sentado sobre sus tobillos, bebiendo á plácidos sorbos una taza de te, mientras explica á sus discípulos las admirables teorías del mutuo amor. La visión, menos hierática que ridícula, me encanta, pero temiendo, al forjarla, haber cometido una profanación la rechazo; y el espíritu, cansado de su fuga á épocas tan lejanas, se posa fatigado en el borde brillante de la taza.

El licor, que parece hervir todavía, ha tomado una coloración más oscura, aunque permite ver en el fondo del recipiente una cantidad no disuelta de azúcar en polvo. Dijérase el escaso sedimento de una alma joven, que por pertenecer á la de una doncella, fuera menos opaco. Agito el líquido con la cuchara y y desaparece por completo... Delia, Clelia, Lelia, ¿por qué no agitáis vuestras almas con cucharillas mágicas?

Los nombres pronunciados traen consigo la representación perfecta de algún ser real, y en el fondo de la taza, una mujer rubia y pálida, se dibuja como evocada por los maravillosos genios de «Las mil y una noches.» Mira con fulgores de idea y en sus pupilas revela ansias supremas de lo Incognoscible. Multitud de palabras dulces, sin voz, hacen esfuerzos heroicos en sus labios por palpitar vivientes. Después cruza sobre el pecho las manos donde duermen ademanes increados, que, manifestándose al contacto del marfil de las teclas, se traducirían en una sonata de Beethoven. Y mi alma se dirige á la virgen pálida: Yo puedo hacer flotar ante tus ojos clara y distinta la visión de lo Infinito. ¿Me aceptas por esposo?

La bella palidece más aún, pero sonriendo responde: «¿Te atreverías á enseñarme tu Misterio y el secreto de la Vida?

Me arrepiento de haber iniciado semejante conversación con quien quiere mirar las desnudeces de mi alma, pero sacudiendo mi turbación, continuo: Mi Misterio ante tus ojos es impenetrable... mas, puedo enseñarte el oculto secreto del sér y calmar tus ansias de Infinito. Yo mitigaría tu sed de lo Ignoto con una sola de mis palabras, porque he comprendido, antes de hablarte, la complicada trama de tus deseos, pero no consentiré jamás en revelarte mi Enigma. Difícilmente podremos ser amigos: apenas te conozco y ya exiges de mí el más espantoso de los sacrificios.

La virgen desaparece un instante de su imposible mansión, pero después, tomando formas mucho más reales, que casi podrían ser corpóreas, viene de nuevo á ocupar su sitio. Ahora lleva sobre sus bucles una guirnalda de camelias rojas como cuajarones de sangre. Pienso en la fantasía de enrojecer aún más esas flores con la savia de las venas de un Petronio, pero comprendo con disgusto la absoluta imposibilidad de mi quimera.

La bella, con mayor insistencia esta vez, interroga mi Misterio, y el alma, desconfiando de mí, se repliega temerosa en el más recóndito átomo de sí misma. Cree verse desnuda ante las miradas brutales de un sér desconocido, y como lo haría una colegiala casi núbil en idéntico caso, me dice á gritos: «Protégeme; una mirada es suficiente para extinguir mi aliento.»

Resuelvo entonces rechazar con energía las indiscretas preguntas de la virgen, aunque ello exija de mi voluntad un esfuerzo suprahumano, y á una nueva interrogación contesto bruscamente: El misterio de mi alma será para ti más incomprensible que la idea de la divinidad, porque en el fondo de mi sér, su esencia tiene ocultas afinidades con el Dios Unico. No lo sabrás nunca.

—«Tu me has prometido el secreto de la Vida y ahora exijo el cumplimiento de tu promesa; háblame.»

El rostro de la bella, adquiriendo el gesto indefinible de la hermosura ideal, surge de relieve en el plano de la taza bajo la transparente coloración del te. Me causa frío el sentir sobre las arrugas de mi frente la caricia de sus miradas anhelantes, y apenas puedo articular una palabra:

—Ama!

Entre las contracciones nerviosas de una sonrisa sarcástica murmura la desconocida: «Bello ejemplar de tu raza, hombre pigmeo! Quieres dar una explicación sensata de esta existencia cuyo misterio ignoras en absoluto y dices más estupideces que verdades...¿Y la fe y la caridad y la contemplación y el ascetismo? ¿Sólo el amor es Vida?»

Quédome absorto ante semejante contestación schopenhaueriana, y balbuceo entre dientes: Perdóname, señora.

Comprendo que aquella mujer, alguna vez, ha amado con vehemencia, y aún guarda el mortificante recuerdo de su felicidad en ruinas. Medito largo rato, sobre la dolorosa sensación producida por las evocaciones indiscretas de los cariños muertos, y, pensando con horror en mi propio pasado, casi teniéndome lástima á mí mismo, bebo de un solo sorbo todo el contenido, ya frío, de la taza de te.

LUIS MARÍA JORDAN.

DE «ALMA DE AMERICA»

—

OLLANTA

—

Contra Zupanqui un día su ejército levanta
afila en los peñascos su acero y su rencor;
el ruido de un sollozo retuerce en la garganta;
y jura en un gran charco de sangre hundir su amor.

Huye, de risco en risco, con trepadora planta;
impone en una cumbre su nido de condor;
y entre una fortaleza tres años lucha Ollanta,
que son para su *ñusta* tres siglos de dolor. . . . .

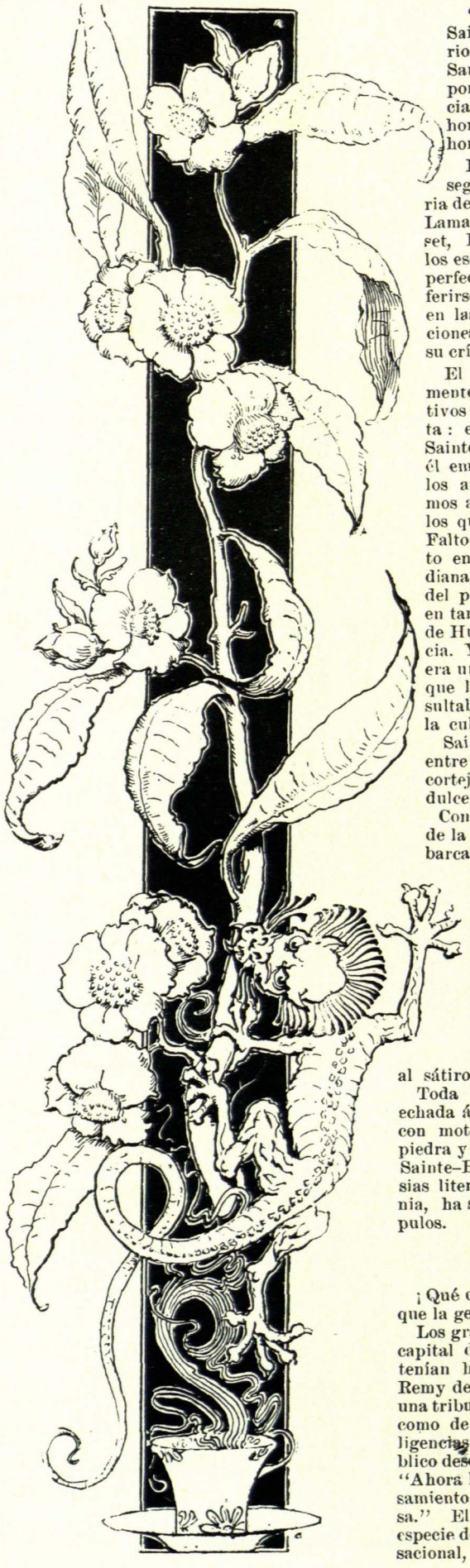
Amó á la hija sacra del Inca, en el misterio:
cuando el Señor lo supo, se estremeció el Imperio,
rodó la *ñusta* al suelo é irguióse el paladín. . . .

Después, vino otro Inca que le llamó su hermano;
y tras de tanta sangre, no derramada en vano,
sólo quedó la nieve manchada de carmín. . . . .

JOSÉ S. CHOCANO.

1904.

GUERRA RUSO-JAPONESA:
Ataque de los japoneses á Lin-Shin-Pu, durante la batalla de Sha-Ho



LA VIDA LITERARIA

"Todo el mundo" escribe acerca de Sainte-Beuve con motivo de su centenario. Santo lo llamó Anatole France, el Santo Tomás de Aquino del Siglo XIX por su labor benedictina y por su ciencia; pero en realidad fue sólo un grande hombre con todos los defectos de un hombre cualquiera.

Exaltó á los mediocres de su época, según se ha dicho para amenguar la gloria de sus contemporáneos: Víctor Hugo, Lamartine, Chateaubriand, Vigny, Musset, Balzac, Michelet. Ante las obras de los escritores del pasado conservaba una perfecta ecuanimidad, mas al tener que referirse á aquéllos con quienes se codeaba en las tertulias literarias y en las redacciones de los periódicos, la balanza de su crítica perdía el equilibrio.

El fenómeno ha sido atribuido únicamente á la envidia, pero quizás otros motivos menos viles hay que tomar en cuenta: el agudo espíritu de observación de Sainte-Beuve y el método de trabajo por él empleado é iniciado. La corriente de los años lava las manchas de los que vemos al través del tiempo, muy visibles en los que viven al alcance de nuestros ojos. Falto de documentos para seguir á Teócrito en la atmósfera de su existencia cuotidiana el autor de los *Lunes*, no percibe del poeta sino el aroma de sus bucólicas, en tanto conoce las olímpicas debilidades de Hugo en cuya casa comía con frecuencia. Y como para Sainte-Beuve el libro era un pretexto para estudiar al hombre que lo había producido, muchas veces resultaba éste inferior á aquél. ¿Quién tiene la culpa?

Sainte-Beuve era mal amigo; dígalo, entre otros, el mismo Hugo, cuya mujer cortejó mientras el Genio se entretenía dulcemente en los brazos de Julieta Drouet.

Como don Juan, amó Sainte-Beuve "desde la princesa altiva á la que pesca en ruin barca"; pero el pobre no tenía la belleza del burlador de Sevilla; cabeza demasiado grande para su cuerpo, rasgos irregulares, nariz burda y contrahecha, tez biliosa, ojos de un azul verdoso, bajo erizadas cejas, pelo rojo y escaso. Su fealdad debió causar irritación perpetua al viejo senador, que apenas salía del palacio de la Princesa Matilde, seguía por las calles el paso menudo de las chiquillas. Sólo el olor de los libros hacía olvidar al sátiro el olor de las faldas.

Toda la vida secreta del crítico ha sido echada á los cuatro vientos de la publicidad con motivo del centenario. Dios castiga sin piedra y sin palo, dice un antiguo adagio. Sainte-Beuve, que en sus disecciones y autopsias literarias aprovechaba hasta la calumnia, ha sido puesto en berlina por sus discípulos.

*

¡Qué consuelo! También en París parece que la gente está aburrida de la literatura.

Los grandes diarios de la ciudad-luz, de la capital del mundo, de la Atenas moderna, tenían hasta no hace mucho, según escribe Remy de Gourmont, la originalidad de ser una tribuna, tanto de las letras y la filosofía, como de la política. Las más nobles inteligencias de Francia venían á hablar al público desde las columnas de los periódicos. "Ahora las bellas páginas de estilo y de pensamiento son infinitamente raras en la prensa." El estómago del público solicita otra especie de alimentos en la información sensacional, en el artículo superficial, en los chismes internacionales. "Puede decirse que en principio, fuera de la política y la anécdota, la humanidad media no se interesa en nada que no sea su bienestar".....

Y agrega el terrible Gourmont: "Es con el nacimiento de la atención, que puede fijarse el origen de los progresos que han elevado algunas especies humanas. Si su poder no aumenta habrá decadencia, pues un estado estacionario es imposible. Es el gusto apasionado por la ciencia, las artes y las letras, lo que ha hecho de la humanidad lo que es. La posesión de un camino de hierro no elevará la mentalidad de una tribu. Toda la nobleza de la humanidad consiste en la atención de que es capaz, en el sentido de mantener el decoro del pensamiento y la belleza, que constituyen la civilización. La indiferencia del público en materia literaria es, pues, un mal signo.....»

¡Qué consuelo! También en París parece que la gente está aburrida de la literatura.

*

¿Recordáis el verso de la deliciosa *Explicación* de Rufino Blanco Fombona, en su *Pequeña Opera Lírica*?

¡Qué alegre es la casa del titiritero!
La casa que pasa por todo sendero
y exhibe á los bordes de tantos poblachos
sus damas, sus hércules y sus mamarrachos.

Desgraciadamente todo en el mundo tiene su reverso. Escuchad lo que en una carta, hasta ahora inédita, de Alberto Glatigni á Feliciano Rops, escribía el errante cómico, poeta y bohemio, al raro dibujante á quien el arte debe tanta obra extranatural:

"¡Oh Rops!

Se me dice que ya estás de regreso á Bélgica. Pensaba ir á estrecharte la mano cuando los malos negocios obligaran á mi director á la próxima suspensión de sus pagos, y hé aquí que partes. Llevo una vida dolorosa. Es necesario pasar la noche en no sé qué vehículos descubiertos que nos conducen á quiméricos teatros. Con viento y lluvia tenemos que ir adelante, muy felices cuando para hacernos descansar de nuestras fatigas, el director consiente en darnos uno, á cuenta de los treinta centavos. Hoy se nos obliga á raparnos el rostro. No sé cómo he vivido desde hace un mes; quiero ahorcarme. En medio de esta existencia ambulante conduzco á su fin, las obras con las cuales cuento para ser miembro de la Academia. Las fotografías de Léonie Leblanc, empleadas en tapar los agujeros de los zapatos, no son sino un débil preservativo contra el lodo de los caminos. Creo haber perdido la escasa salud que me conociste. Como nuestro director, hacia fines de julio, va á abandonarnos á nuestra mala suerte, trata de conseguirme algo qué hacer en Bélgica, sea en un teatro ó en un periódico donde tronaré contra las iniquidades del siglo que me rehusa los buenos vinos y las hermosas muchachas. Ahora, si puedes encontrar el medio de enviarme inmediatamente, pero lo que se llama inmediatamente, algunos centavos, me harás creer en la existencia de los hermanos Péreire. Me enriquecerías mandándome siquiera veinte céntimos. Juzga á qué grado de miseria exorbitante habré llegado. Eso no impide que aparezcan *La Comedia errante* y la segunda edición de la *Viñas locas*. Entre tanto no olvides mi plegaria y si has publicado uno ó dos dibujos envíamelos."

¡Qué alegre es la casa del titiritero!

A. R. LEQUIN.

EL QUE NO COMPRENDE

Elle dira, lisant ces vers tout remplis d'elle: —¿Quelle est donc cette femme? Et ne comprendra pas.

D'ARVERS.

De todos los placeres que puede procurarnos la Literatura, el más delicado es ciertamente éste: "No ser comprendidos." Esto nos vuelve á nuestro puésto, al delicioso aislamiento de que inútil actividad nos había hecho salir; nos confina en nuestra casa y nos obliga á tocar el violín sólo para las arañas, que ellas sí son sensibles á la música.

El que no comprende no es sensible ni á la música ni á la lógica. Es sordo pero no es mudo, y va gritando por todas partes: *Yo no comprendo.* Está orgulloso por su falta de inteligencia y con esas palabras haraposas que visten su desnudez intelectual, como otros lo están con su talento y con sus ideas. Se exhibe, se cree invencible y tan pronto como siente alabada por sus ignales la vanidad de no comprender, le brota por detrás un abanico de plumas de pavo real, cada una de las cuales luce á guisa de oro un redondel en que está escrito: *yo no comprendo.*

Esta facultad lo hace estimable para aquéllos que tampoco comprenden, pero que no se atreven á decirlo porque les da vergüenza. Lo buscan, su aplomo les da valor, y tan pronto como lo oyen se dicen unos á otros: «*Este tampoco comprende* y, sin embargo, no se avergüenza de ello.»

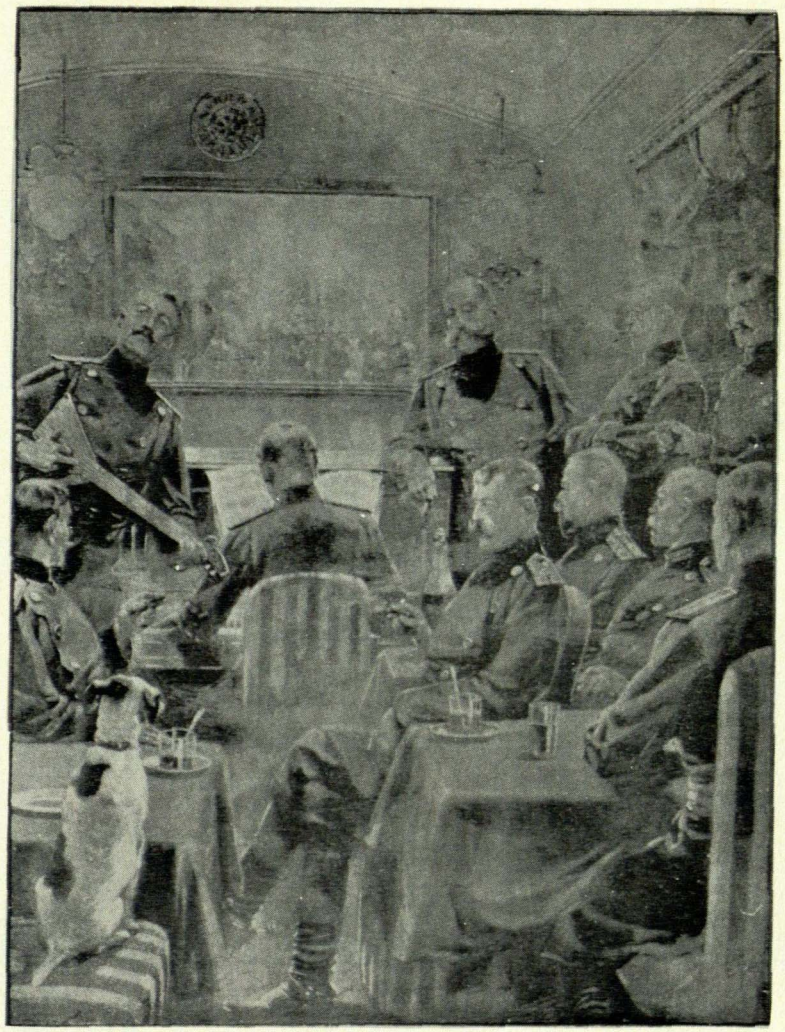
Al contrario, conoce su valor y se complace en lucirlo: su cola de pavo real, con sus preciosos redondeles, es un estandarte cómodo y muy visible, aun á larga distancia.

No lo recogió en ningún campo de batalla, pero tampoco se lo ha robado: le brotó atrás espontáneamente, le pertenece, y es claro que no lo despliega para conducir sombras al asalto de vanos ideales.

El que no comprende es, en efecto, un hombre práctico, que explota eficazmente la virtud de *no comprender* y saca provecho de ella. Todos los periódicos le brindan sus columnas y gana cuanto quiere con sólo escribir, envuelto en finas sobreentendidas, su inmortal: *yo no comprendo.*

Si no le abren alguna puerta, la golpea con su espléndida cola, y en el acto cede á su esfuerzo. Es un *acaparador*: la prensa grande y respetable, no le basta: delega sus tenientes á la prensa menuda y la llena toda en su provecho, aun cuando á veces sus tenientes exageran la medida y lucen una estupidez que desacredita sus funciones, por cierto honorables y lucrativas.

Vivo contento: todos los días encuentro á *los que no comprenden*, y, gozo con su ignorancia franca é inocente. Los quiero porque me inducen á seguir mi verdadera vocación: el silencio.



HACIA EL CAMPAMENTO RUSO. ESCENA EN EL FERROCARRIL TRANSIBERIANO

***

Como no soy ni inspirado ni visionario, debe suponerse que la idea de *el que no comprende* me fué sugerida por algún bebedizo que me dieron para perjudicarme.....No me quejo de esto, y antes lo cuento por si logro distraer á los aficionados. Sí, señores, diviértanse ustedes, que jamás podrán divertirse conmigo tanto como me divierto yo con *el que no comprende.*

En ocasiones anteriores he expuesto mis ideas ó fantasmas de ideas—luminosas como todo fantasma y de evidencia fosforescente—sobre estas sencillísimas puntas:

1ª La libertad en el Arte ó como deseo el arte libre;

2ª La renovación de la palabra *Simbolismo*, para que sirva de denominación común, entre el público lector, á una decena de escritores, menores de treinta y cinco años, unidos en idéntica aspiración; y

3ª La verdadera significación de la palabra *Idealismo*, que intentaba fijar, no sin algo de presunción de mi parte.

Pues bien, este modesto clamor de mi parte, en tres notas, esta primitiva melodía, tan sencilla que se la asimila en el acto todo escolar que la oiga, llegó al oído de *el que no comprende*—aquél que es sordo pero no es mudo—y sólo percibió un vago ruido, semejante al quejido de los álamos, que lo hizo gritar victorioso: *yo no comprendo!*

Estas sílabas, complaciente y vanidosamente repetidas, y la actitud, la marcha, la frente y el ojo de *el que no comprende*, muestran claro—¿por qué no atreverme á decirlo?—su esencial falta de inteligencia. Se le ve, sí, se le ve sin necesidad de que marche inflado, ni de que luzca su geroglífica cola, ni aun siquiera de que escriba.

Pero seamos indulgentes y no olvidemos de que *el que no comprende* marcha, se pavonea y escribe para una clientela de ineptos *snobs*, incapaces de alcanzar el grado eminente de su imbecilidad. Además, y esta es repetición, su labor es fructuosa.

Otra cosa. ¿*El que no comprende* es un hombre malo? ¿Es un envidioso? Como todos los necios es malo y envidioso, pero accesoriamente: su maldad es infinitesimal, su envidia es mezquina. Cuando cree matar, pica como pulga. Esto no hace sufrir, ni provoca cólera, ni incita á la venganza; hostiga y nada más, pero no puede evitarse. El ómnibus literario está, como todo, lleno de parásitas.

Así, pues, *el que no comprende* es inofensivo: su picadura apenas causa cosquillas que hacen reir y descongestionan el cerebro: son saludables. Uno puede hasta despancijar el bicho, pero lo despancija con lástima.

El que no comprende—límite fijo, adoquín inconmovible—es, además pasivo y negativo. Pasivo, su facultad de incomprensión es ilimitada y siempre igual á sí misma; negativo, esta facultad se modela como cera sobre el sujeto que *no debe* ser comprendido, y se sobrepuja á sí misma en las cuestiones abstractas. Pasa casi, como con los guardias de la canción:

Ils nous parlent de la gloire,
Nous qui n'y comprenons rien;
Mais s'ils nous parlaient de boire
Tous les gardes ils le savent bien.

No comprender la idea pura y *no comprender* la idea desinteresada, inamonedable, invendible, es el triunfo del hombre de la cola de pavo real. Para él y para todos los intelectos rudimentarios, no hay sino ideas concretas: la literatura es una pluma de ganso; el genio Emilio Zolá; la poesía una estampi-

lla de cincuenta centavos ; el simbolismo un palekaro de majestuosos bigotes ; la música un pianista, etc., etc.

Deles usted explicaciones, dígales que la literatura es un modo de actividad ; que el génio es una realización ; que la poesía es una florescencia del alma ; que el simbolismo es la expresión estética del idealismo ; que la música es el lenguaje de lo inconsciente y lo desconocido, etc., etc., dígales usted todo esto, y por claro que se lo diga, ellos no percibirán sino ruidos vagos, como de quejas de alerces piramidales, y le responderán :

—Sí, señor, estamos de acuerdo, pluma de ganso, Zolá, estampilla, palikaro, pianista...

Hé aquí la razón por la cual, *el que no comprende* desarrolla á su alrededor y hasta los confines del mundo conocido, una vanidosa atmósfera de jovialidad, surcada por rayos de ingenio, *chispazos* á su manera.....Inocentes distracciones, placeres cuasi campestres entre lo más delicado que puede dar la literatura.

¡ No ser comprendidos ! Esto nos vuelve á nuestro puésto, nos confina en nuestra casa y nos obliga á tocar el violín sólo para las arañas !

En cuanto á mí, vuelvo á mi verdadera vocación : el silencio.

REMY DE GOURMONT.

PEREZ TRIANA ESCRITOR INGLES

—

«¿ Ha entendido algún erudito moderno tan bien el latín como entendía el francés Federico el Grande? Es notorio, sin embargo, que Federico el Grande, después de leer, hablar, escribir francés y solamente francés, durante más de medio siglo, después de haber desaprendido su lengua madre para aprender francés, después de vivir familiarmente con franceses durante muchos años, no pudo al fin componer en francés sin inminente riesgo de cometer algún error que moviese á risa en los círculos literarios de París.» Con este y otros varios ejemplos, como era uso en la pompa ilustrativa de Macaulay, apuntala el crítico inagotable su probanza relativa á la tesis de que no puede uno escribir con decoro sino en su propia lengua. El latín de Bacon, los sonetos italianos de Milton, se le escaparon en aquella vez á Sir Thomas. Las supercherías de que se valió H. Heine para hacerse pasar por escritor francés de primer orden, descubiertas hace poco por su colaborador en todas ellas, iban en favor de aquel sentir de Macaulay. Pero no faltan ejemplos que dejen malsano su argumento. Morelli, para buscarse un círculo más extenso de lectores, ó como dicen otros, para probarles á los alemanes que en materia de artes ni siquiera conocían la lengua alemana, se puso á aprender este idioma para decir en él cuanto sabía de la historia de la pintura y de la filosofía del arte. Brandes no es el único dinamarqués á quien le ha ocurrido la idea de escribir en alemán para darles mayor alcance á sus ideas y es de los que fascinan por el uso que saben hacer de tan maravilloso instrumento. El contacto de pueblos y razas es tan inmediato y constante que se va haciendo ocurrencia frecuente lo que en tiempo de Macaulay parecía fuera de lo posible. Hay un colombiano que ha puesto su nombre en la historia de la literatura inglesa.

Sea por el deseo de dirigirse á un auditorio más selecto y más numeroso, cosa muy natural en narrador de tamañas dotes, sea porque ha venido á descubrir, en tiempo que todavía es oportuno, cómo el genio de la lengua inglesa está más en armonía con su temperamento de escritor, S. Pérez Triana deja por momentos la lengua castellana y toma la otra para deleite de quienes la entienden. Suyo es un libro que aparecerá pronto en inglés y que contiene narraciones y bocetos sudamericanos. Algunos de estos bocetos han sido ya publicados en revistas inglesas y de ellos conocemos el *Don Marcelino* que nuestros lectores habrán gustado en español en el número de Enero de *Helios*.

Pérez Triana que tiene tan graciosas y justas opiniones con respecto á los héroes, no sabe que para algunas personas eso que él ha logrado asume caracteres de acción heroica. Con ser él un escritor castellano de altas y generosas prendas, nos resulta como si este género que cultiva estuviera más de acuerdo con el genio primordial de la lengua inglesa. Sus bocetos en esta lengua se nos antoja que sobrepasan á sus narraciones escritas en la española por la riqueza, por la propiedad del vocablo, por el donaire de la frase.

La literatura norteamericana, si le ha añadido alguna nota característica á la de la madre patria, ha sido, sin duda, cierto matiz del humor que representan á las mil maravillas O. Wendel Holmes, Russell Lowell y algunos periodistas del día, entre los cuales ese que firma Mr. Dooley tiene derecho á que se detengan en llegando á él los que leen periódicos de prisa. Hay allí más sustancia de la que hacen presumir la vileza del *slang* y la ordinaria ideología del *daily paper*. Pérez Triana con su larga residencia en los Estados Unidos se asimiló esas formas del pensamiento, y la ironía de su decir no es, como la del Dean Swift, por ejemplo, acerba y brutal, ni estrepitosa ó bajamente callejera como la de la mayor parte de los escritores castellanos que han cultivado el género. No. Hay una infeliz disposición en el carácter literario de Pérez Triana que le hace ver las flaquezas del linaje redimido por Jesús en toda su aparatosa desnudez y hablar de ellas con un sentimiento que á veces parece ternura y á ratos evangélica y graciosa amonestación, sin pecar de amargo y sin dar en el prurito de moralizar en el vacío, escollo del género que no siempre evadieron sus felices cultivadores. Se necesitarían páginas enteras para definir con alguna propiedad lo que hay verdaderamente personal en la ironía de Pérez Triana y tal vez así lográramos comprender por qué su ingenio se mueve con tanta elegancia y desembarazo entre los moldes de la frase inglesa.

En el boceto que acabamos de nombrar cumple que comparemos las dos lenguas en las frases que representan al buey de carga, su andar, su mirada y su actitud en presencia de la naturaleza y de ese pobre elemento decorativo que en ella puso el Creador cuando resolvió formar la pareja humana. Tienen, sin duda, un valor evocativo más hondo las palabras inglesas y hacen sentir mejor la vanidad de nuestra posición en presencia de las otras bestias.

Hay medula en lo que dice sobre el influjo del comercio en la moral humana y es menester que no riamos cuando se hable del mérito que tuvo el mostrador como elemento de cultura. La severidad está aquí templada por la persuasión de que las operaciones mercantiles no podían tener sobre los sentimientos influjo distinto del que han tenido. En este punto Pérez Triana nos hace pensar en el modo de Cunninghame Graham, con quien tiene amistad de larga data y afinidades intelectuales fácilmente perceptibles. Pero la ironía del escritor escocés, por cuyos libros deberíamos trasegar un poco más los suramericanos, es todavía demasiado acre en presencia de las formas morigeradas conque viste su pensamiento el autor de *Don Marcelino*. Los que hayan leído las páginas en que Cunninghame Graham se duele de la muerte de William Morris y moraliza sobre la actitud que asume la vieja Inglaterra en presencia de los genios que suele brotar ese suelo, podrán percibir la diferencia entre la ironía de los dos escritores. El escocés fustiga, se exalta á medida que usa de las disciplinas y parece como si tuviera fe en la eficacia del castigo. Se oscurece el perfil del escritor entre la gesticulación inarmoniosa del apóstol. Pérez Triana, en presencia del mercader israelita, sonríe amablemente, como para decirnos que si es el comercio una necesidad, hay que mirar con cierta benevolencia las cualidades que va desarrollando con el tiempo en los individuos, hasta modificar el aspecto de ellos y señalarles nuevos rumbos á las razas.

¿O depende la admiración que nos inspiran las obras en inglés de Pérez Triana del placer que uno experimenta cuando cree haber entendido cabalmente lo que viene envuelto entre el ropaje de una lengua extraña? ¿Predomina sobre la pura sensación de arte la voluptuosidad del comprender? ¿Se antepone nuestra vanidad á nuestro criterio? ¡Qué rica serie de hipótesis para que sobre ellas se cerniese ligera y sonriente la inteligencia desengañada de un ironista como él!

B. SANIN CANO.

UNA MUSICA DE ORO

—

Y siguió dócil la ruta,
sin hacer caso del dicho
conque soñaba el capricho
de formarle una disputa.

—

Su tacón alto y sonoro
sobre el duro pavimento,
iba dejando en el viento
una música de oro.

—

Una esquina y otra esquina
cruzó rauda y desdeñosa;
alzando la vaporosa
falda gris de muselina.

—

Luego, perdida en la sombra,
en una calle desierta;
sentí crujir una puerta
y sacudir una alfombra.

R. BENAVIDES PONCE.

1905.

"HOSPITAL VARGAS"

DOCTOR DAGNINO
Jefe de Servicio

DOCTOR ACOSTA ORTIZ
Director

DOCTOR ACOSTA DELGADO
Inspector General

GRUPO DE INTERNOS Y PRACTICANTES

LA HISTORIA DEL INVÁLIDO

(Entre los pasajeros del vapor que nos llevaba á Nueva York, de regreso de un viaje de recreo á las islas Bermudas, había un inválido en extremo flaco y demacrado y desvalido, cuyo aspecto consumido y cuyos ojos pacientes y semblante angustiado, despertaban un interés benévolo y excitaban la compasión de todo el mundo. Cuando hablaba, lo que hacía raras veces, había en su tono una dulzura que le ganaba un amigo en cada oyente. La segunda noche de viaje, estando todos en el salón de fumar, el inválido iba introduciéndose poco á poco en la conversación general. Una cosa trajo la otra, y sucedió que, á su tiempo, el hombre acertó á caer en la vena autobiográfica, y el resultado de eso fué la la siguiente narración extraña).

Cualquiera diría que yo tengo sesenta años y que soy casado; pero no tengo más que cuarenta y uno y soy soltero; esa impresión la causan mi estado actual y mis padecimientos. Les parecerá á ustedes mentira que yo, que no soy ahora más que una sombra, era, hace apenas dos años, un hombre robusto y vigoroso, un organismo de acero, un verdadero atleta... sin embargo, esa es la verdad pura y sencilla. Pero, más extraño aún que este hecho, es el modo cómo llegué á perder la salud. La perdí ayudando á cuidar un cajón de fusiles en un viaje de doscientas millas, en tren, una noche de invierno. Esta es la verdad positiva, y voy á contar á ustedes cómo pasaron las cosas.

Yo soy de Cleveland (Ohío). Una noche de invierno, hace dos años, al volver á casa poco después de obscurecer, en medio de una violenta nevasca, lo primero que supe fué que mi querido amigo de la niñez y condiscípulo, John B. Hackett, había muerto el día antes, y que, en sus últimas palabras, había expresado el deseo de que yo me hiciera cargo de sus restos y los llevara á casa de sus ancianos padres, en Wisconsin.

El hecho me impresionó y me afligió sobremanera; pero no podía perder tiempo en lamentaciones, tenía que ponerme en viaje en seguida. Tomé la cartulina, rotulada «Diácono Levi Hackett, Béthlehem, Wisconsin,» y corrí, desafiando el vendabal, á la estación del ferrocarril. Encontré allí el cajón de pino blanco alargado que me habían descrito, clavé en él la cartulina con tachuelas, cuidé de que lo subieran con cuidado al furgón de encomiendas, y me metí en seguida en el buffet para proveerme de un sandwich y de cigarros.

Al volver al andén, un instante después, vi que, al parecer, habían vuelto á bajar el féretro, y que un joven estaba examinándolo, con una cartulina en la mano, unas cuantas tachuelas y un martillo..... Me quedé sorprendido y perplejo. El joven se puso á clavar su rótulo, y yo corrí entonces al furgón de encomiendas, bastante sobresaltado, para pedir una explicación. Pero no..... Allí estaba mi ataúd, en debida forma, en el furgón de encomiendas; nadie lo había tocado. (La verdad es que, sin que yo pudiera imaginármelo, se había producido una equivocación extraordinaria: lo que yo iba á acompañar en ese viaje no era el cadáver de mi amigo, sino un cajón de fusiles que ese joven había hecho llevar á la estación para remitirlo á una compañía de fusileros de Peoria, Illinois, la que, por su parte, en vez de las armas, iba á recibir el cadáver de un desconocido.)

En ese momento el guardia gritó: «¡Viajeros, al tren!» y yo salté dentro del furgón y me senté cómodamente sobre una pila de baldes. Allí estaba ya el furgonero, atareado con su trabajo; era un buen hombre, de unos cincuenta años, de expresión sencilla, honrada, bondadosa, y cuya figura respiraba toda una animación vivaz, decidida. Cuando el tren había ya echado á andar, trepó al furgón un individuo que fué á colocar sobre uno de los extremos de mi ataúd—esto es, de mi cajón de fusiles—un paquete de queso Límburger, particularmente maduro y fuerte. (Es decir, ahora sé que ese paquete era de queso Límburger; pero entonces no sabía lo que era; nunca había oído hablar, en mi vida, de ese artículo, y, por supuesto, ignoraba en absoluto su característica).

Bueno; corríamos en medio de aquella noche horrible, la furiosa tormenta seguía desencadenada, y, entretanto, una aflicción angustiosa iba apoderándose de mí y mi ánimo decaía, decaía y decaía, cada vez más profundamente. El viejo furgonero hizo una que otra observación jovial sobre la tormenta y el frío polar reinante, cerró de golpe sus puertas corredizas, echándoles el cerrojo, bajó el vidrio de su ventanilla, y luego se puso á revolver las cosas, aquí, allá y acullá, poniendo todo en su sitio, y tarareando, siempre en voz baja, satisfecho, una canción popular, de una manera bastante desafinada.

De allí á poco empecé á percibir un hedor de lo más fétido y penetrante, que iba esparciéndose por el aire helado. Esto abatió más aún mi ánimo, porque, como era natural, lo atribuí á mi pobre amigo desaparecido. Había cierta cosa infinitamente entristecedora en esa manera suya, muda y patética, de presentarse á mi memoria, á tal punto que me era difícil contener las lágrimas. Además, me afligía también á causa del viejo furgonero, pues temía que éste llegara á notar la cosa. Pero el furgonero seguía tarareando tranquilamente, sin dar señales de nada; y esto me llenó de satisfacción.

Me sentía satisfecho, sí, pero siempre inquieto; y pronto empezó á hacerse esta inquietud más y más intensa, porque, á medida que pasaban los minutos, ese olor iba tomando cada vez más consistencia, haciéndose cada vez más tenaz é inaguantable. Ahora bien: después de haber arreglado las cosas á su gusto, el furgonero juntó un poco de leña é hizo con ella una tremenda fogata en su estufa. Esto me sumió en una angustia que no podría describir, porque me dí cuenta exacta de que el hombre cometía un grave error. Estaba seguro de que el calor de esa fogata tendría un efecto deletéreo para mi pobre amigo desaparecido.

Thompson—porque el furgonero se llamaba Thompson, según llegué á saberlo en el curso de aquella noche—se puso luego á registrar todo el furgón, recogiendo cuanta astilla perdida llegaba á encontrar, y declarando que no le importaba nada la clase de noche que hacía entonces afuera, que él se había propuesto hacerla agradable para nosotros allí adentro. Yo no dije nada; pero, á mi juicio, él no había elegido precisamente el mejor medio de llegar á ese fin. Entretanto, el hombre seguía tarareando como si nada hubiera; y, entretanto también, la estufa iba poniéndose cada vez más caliente y el aire cada vez más sofocante. Sentía que yo también iba poniéndome cada vez más pálido y descompuesto; pero sufría resignado y no decía nada.

En breve advertí que el tarareo de Thompson empezaba á apagarse gradualmente; de pronto, cesó por completo, y se produjo un silencio ominoso. Al cabo de un momento, Thompson dijo:

—¡Puf! ¡Confieso que no es con romero con lo que he cargado esta estufa!

Aspiró ávidamente el aire un par de veces, y luego se dirigió hacia el ata.....hacia el cajón de fusiles, se quedó parado por un brevísimo instante junto al queso Límburger, y después volvió y se sentó á mi lado, bastante impresionado al parecer. Por un momento estuvo abstraído, y después dijo, indicándome el cajón con un ademán:

—¿Algún amigo suyo?

—Sí—respondí con un suspiro.

—Está bastante pasado, ¿no es cierto?

Nada más se dijo durante unos dos minutos quizá, absorto cada cual en sus propios pensamientos. Luego, Thompson agregó en voz baja, medrosa:

—A veces no se puede asegurar si están realmente muertos, ó no.....Parecen muertos, ¿sabe usted?.....Pero el cuerpo está caliente, las coyunturas blandas, y, aunque uno piensa que están muertos, no lo sabe á ciencia cierta. He tenido casos de estos aquí, en mi furgón. La cosa es verdaderamente horrible, porque á cada momento uno está esperando ver que se levantan y que le clavan á uno los ojos.

Hizo una pausa, y alzando ligeramente el codo hacia el cajón, agregó:

—¡Pero su amigo no está en síncope! ¡no, señor! ¡respondo de eso!

Seguimos sentados por un tiempo, en silencio meditativo, escuchando los silbidos del viento y el rugido del tren. Luego, dijo Thompson, con bastante sentimiento:

—Bueno; todos tenemos que morir, la cosa no tiene vuelta. El hombre nacido de mujer es para pocos días y no muy distantes uno de otro, como dice la Biblia. Sí; de cualquier lado que uno quiera mirarlo, eso es tremendamente serio y curioso: nadie puede sacarle el cuerpo, todos tienen que morir, absolutamente todos. Un día está uno sano y fuerte...

Aquí, el hombre se levantó penosamente, fué á romper el vidrio de la ventanilla, y, metiendo la nariz en el boquete, respiró el aire exterior durante uno ó dos segundos. Luego, vino á sentarse otra vez, mientras yo me levantaba á mi turno con trabajo é iba á meter mi nariz en el mismo sitio, operación que estuvimos repitiendo después los dos, de tiempo en tiempo, alternativamente.

—.....Un día—prosiguió Thompson—uno está sano y fuerte, y al día siguiente lo cortan de raíz, como si fuera alfalfa, y los lugares que lo conocieron no lo conocen ya nunca más, como dice la Biblia. Sí, por cierto; eso es tremendamente serio y curioso; pero todos tenemos que morir, un día ú otro, la cosa no tiene vuelta.

Hubo otra larga pausa, y al cabo de ella Thompson preguntó:

—¿Y de qué murió?

Dije que no sabía.

—¿Y desde cuándo está muerto?

Me pareció conveniente exagerar los hechos para no chocar con las apariencias; de modo que respondí:

—Desde hace dos ó tres días.

Pero esto no arregló las cosas; porque Thompson recibió la declaración con una expresión ofendida que decía claramente: «Dos ó tres años habrá querido usted decir.» Y el hombre siguió adelante, haciendo tranquilamente á un lado mi afirmación, y manifestó con gran amplitud sus opiniones con respecto á la imprudencia de retardar tanto tiempo los entierros. Después se acercó, dando rodeos, al cajón, se detuvo junto á él por un instante, y en seguida salió de allí al trote apresurado para ir á visitar una vez más el vidrio roto, diciendo:

—Muchísimo mejor habría sido, al fin y al cabo, que lo hubieran enterrado el verano último.

El hombre vino á sentarse y hundió la cara en el pañuelo de seda colorado, y empezó á balancear lentamente el cuerpo como quien está haciendo todo lo que puede para soportar lo que es casi insoportable.

En aquellos momentos, la fragancia, si se puede llamar fragancia á eso, era precisamente de lo más sofocante que pueden imaginarse ustedes. La cara de Thompson estaba poniéndose gris; conocí que la mía había perdido por completo todo color. De allí á poco, Thompson apoyó la frente en su mano izquierda, con el codo sobre la rodilla, y como si despidiera al cajón con el pañuelo que agitaba en la otra mano, dijo:

—He tenido ocasión de transportar muchos así, varios de ellos considerablemente pesados, es cierto; pero ¡Santo Dios! éste da quince y raya á todos ellos, y lo hace por debajo de la pierna. Capitán, aquéllos eran heliotropos al lado de éste.

Esta declaración en favor de mi pobre amigo desaparecido me llenó de satisfacción, á pesar de lo triste de las circunstancias, porque sonaba mucho á cumplimiento.

Muy pronto se echó de ver que había necesidad de hacer algo. Propuse que fumáramos. Thompson encontró buena la idea. Dijo:

—Probablemente, eso suavizará un poco al muerto.

Estuvimos chupando desganadamente nuestros cigarros por un tiempo, y haciendo todo lo posible por imaginarnos que las cosas mejoraban. Pero fué inútil. Antes de mucho, y sin que nos pusiéramos de acuerdo, los dos dejamos caer tranquilamente á un tiempo los cigarros de nuestros dedos enervados. Thompson dijo, exhalando un suspiro:

—No, capitán; esto no lo suaviza ni una pizca. Por el contrario, lo empeora, porque parece excitar su emulación. ¿Qué cree usted que podríamos hacer, más bien?

Yo no estaba en condiciones de aconsejar nada; á la verdad, tenía que estar tragando y tragando sin parar un momento, y no quería arriesgarme á hablar.

Thompson se puso entonces á refunfuñar, de una manera inconexa y desanimada, sobre los desgraciados sucesos de esa noche; al referirse á mi pobre amigo desaparecido, le acordaba siempre diversos títulos, unas veces militares, otras civiles; y noté que, á medida que mi amigo se hacía sentir más y más decididamente, Tompson iba ascendiéndolo al mismo tiempo en graduación, dándole un título cada vez más alto. Al fin, dijo:

—Se me ocurre una idea. ¿Qué le parece á usted? Nos acercamos resueltamente al cajón, y le damos al coronel un empujoncito hacia el otro extremo del furgón..... unas tres varas, por ejemplo. Una vez allí, no tendría tanta influencia, ¿no cree usted?

Dije que el proyecto me parecía bueno. De modo que fuimos á aspirar una buena bocanada de aire fresco por el vidrio roto, calculando retenerla hasta que la cosa concluyera, y de allí nos dirigimos al cajón, y nos inclinamos sobre aquel queso mortífero, y asimos el bulto. Thompson hizo con la cabeza la señal de que todo estaba pronto, y entonces nos echamos para adelante con todas nuestras fuerzas; pero Thompson resbaló y se cayó largo á largo de narices sobre el queso, y se le cortó el aliento.

El hombre hizo arcadas y quiso tragar el aire, y manoteó y pataleó hasta que se puso en pie, y corrió entonces atropelladamente hacia la puerta de la plataforma, dando zarpazos al aire y gritando con voz ronca:

—¡No se me pongan delante! ¡dénme paso!..... ¡Me muero! ¡dénme paso!

Allí, en la plataforma helada, me senté en el suelo y le sostuve á Thompson la cabeza un rato, hasta que revivió. Y en seguida me preguntó:

—¿Cree usted que hayamos apartado un poco al general?

Le dije que no; que ni siquiera lo habíamos movido.

—Bueno; hay que abandonar esa idea. Tenemos que discurrir alguna otra cosa. Pienso ahora que él se encuentra bien en el sitio donde está; y si él piensa del mismo modo, y si se le ha metido en la cabeza no dejarse incomodar, confesará usted que acabaría siempre por salirse con la suya en este asunto. Sí, vale más dejarlo tranquilo donde está, hasta que él quiera; porque el hombre tiene todos los triunfos en la mano, ¿sabe?, y salta á la vista que todo el que se propusiera contrariar sus planes saldría perdiendo.

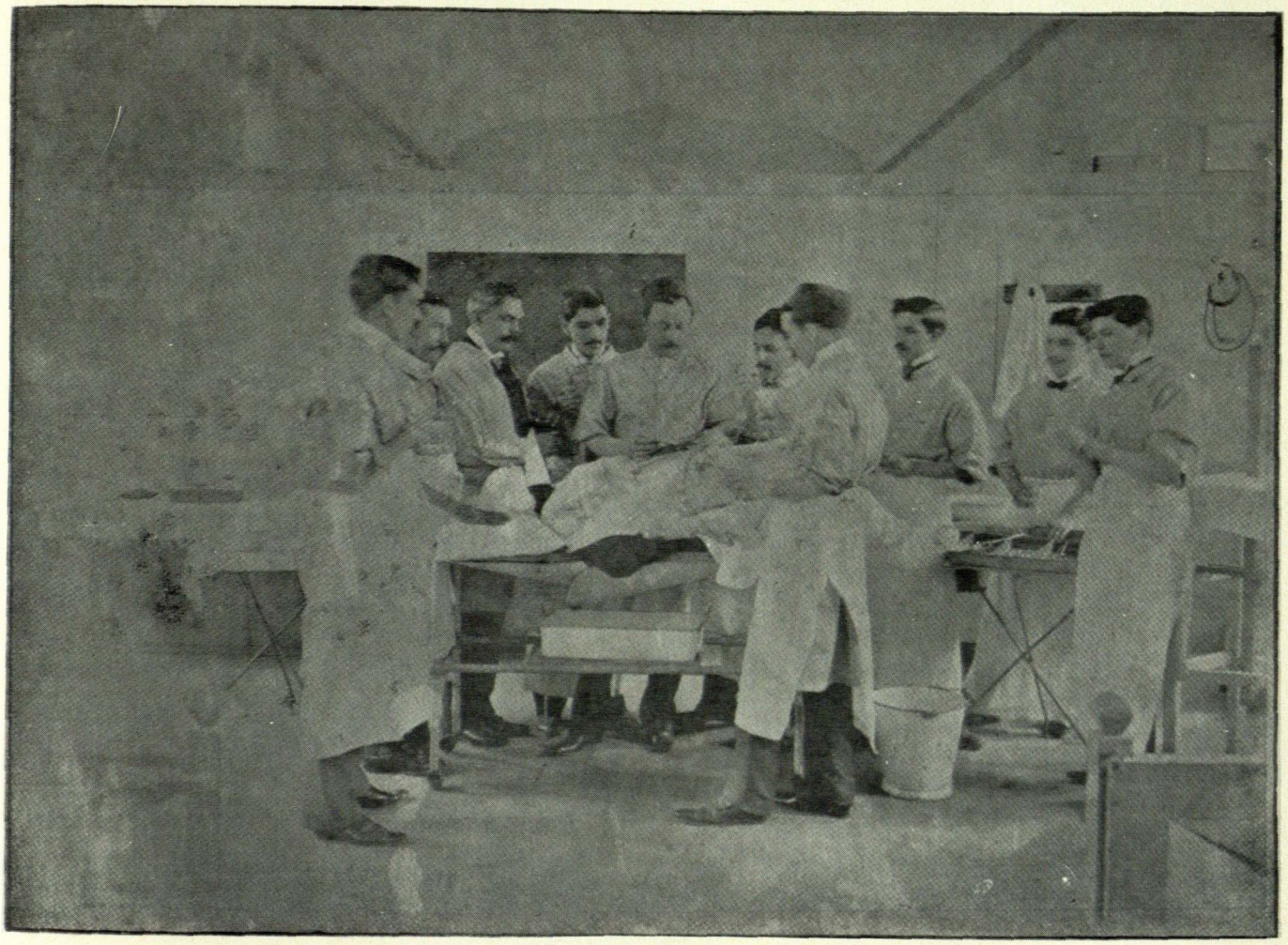
Pero no podíamos dejarnos estar allí afuera, en medio de esa tormenta furibunda; habríamos acabado por morir helados. De modo que volvimos á entrar y cerramos la puerta, y empezamos á padecer otra vez y á turnarnos en el boquete del vidrio. Poco después, al salir de una estación en la que el tren se había detenido un momento, Thompson entró alborozadamente en el furgón, haciendo cabriolas y exclamando:

—¡Ahora estamos salvados! ¡Me parece que esta vez el comodoro es nuestro! ¡Como que he conseguido aquí lo que va á cortarle el resuello!

Era ácido fénico. Una damajuana llena. Lo desparramó profusamente por todas partes; puede decirse que bañó con él todas las cosas: el cajón de fusiles, el queso y cuanto había allí. Y después nos sentamos, llenos de esperanza.

Pero no hubo para mucho tiempo. Como ustedes comprenderán, los dos perfumes empezaron á mezclarse, y entonces..... bueno, muy pronto tuvimos que precipitarnos hacia la puerta; y, una vez allí, Thompson se frotó la cara con su pañuelo de seda, y dijo con tono descorazonado:

—Es inútil. No podemos contra él. El aprovecha precisamente cuanto recurso empleamos para suavizarlo, le da su propio aro-



"HOSPITAL VARGAS"

Anfiteatro de operaciones ginecológicas—Servicio del doctor Acosta Ortiz

ma, y entonces nos lo devuelve. ¿Sabe una cosa, capitán?..... ahora, aquello, allí adentro, es cien veces peor de lo que era cuando el hombre empezó. Nunca he visto á ninguno de ellos entusiasmarse tanto con su obra, y tomarse tan maldito interés por ella. No, señor, nunca lo he visto, en todo el tiempo que hace desde que soy furgonero; y he transportado á muchos de ellos, como he dicho ya á usted.

Entramos otra vez, después que nos hubimos puesto duros de frío: pero, ¡Dios bendito! ya no podíamos estar ni un momento adentro. De suerte que empezamos á bailar una especie de valse del furgón á la plataforma y de la plataforma al furgón, helándonos, y deshelándonos, y sofocándonos, alternativamente. Como á la hora de esto nos detuvimos en otra estación; y, al salir de ella, entró Thompson con una valija, diciendo:

—Capitán, voy á probar la suerte una vez más, esta vez y nada más; y, si esta vez no lo vencemos, lo que tendremos que hacer será tirar la esponja y retirarnos del *ring*. Esto es lo que yo creo que habrá que hacer.

El hombre había traído consigo un montón de plumas de gallinas y de manzanas secas y de hojas de tabaco y de inmundos andrajos y de botines viejos y de azufre y de asafétida, y no sé qué otras cosas; y las amontonó todas sobre una chapa de hierro en medio del piso, y les prendió fuego.

Cuando la fogata estuvo bien prendida, me pareció á mí que ni el mismo cadáver podría soportar aquello. Todo lo de antes había sido simple poesía en comparación con ese olor!... porque deben tener ustedes en cuenta que el hedor primitivo surgió en medio de aquel ambiente tan sublime como siempre.....en verdad, parecía que esas otras hediondeces le daban precisamente mejor asidero; y ¡Dios bendito! ¡cuán penetrante era! Yo no hice estas reflexiones allí, no tuve tiempo; las hice en la plataforma; y, al precipitarse también hacia la plataforma, Thompson se asfixió y cayó al suelo; y, antes de que pudiera yo sacarlo de allí á la rastra, lo que hice tomándolo por el cuello, casi me desvanecí también. Al volver á nuestros sentidos, Thompson dijo desesperadamente:

—Tenemos que quedarnos aquí, capitán. Tenemos que quedarnos aquí. No hay más remedio. El gobernador quiere viajar solo; se ha propuesto eso, y puede más que nosotros.

Y agregó en seguida:

—¿Y sabe usted una cosa?.....¡estamos envenenados! Este es nuestro último viaje; téngalo usted por seguro. El tifus es lo que vamos á sacar de todo esto. Lo siento llegar ya, precisamente. Sí, señor; estamos condenados, tan cierto como que estamos vivos.

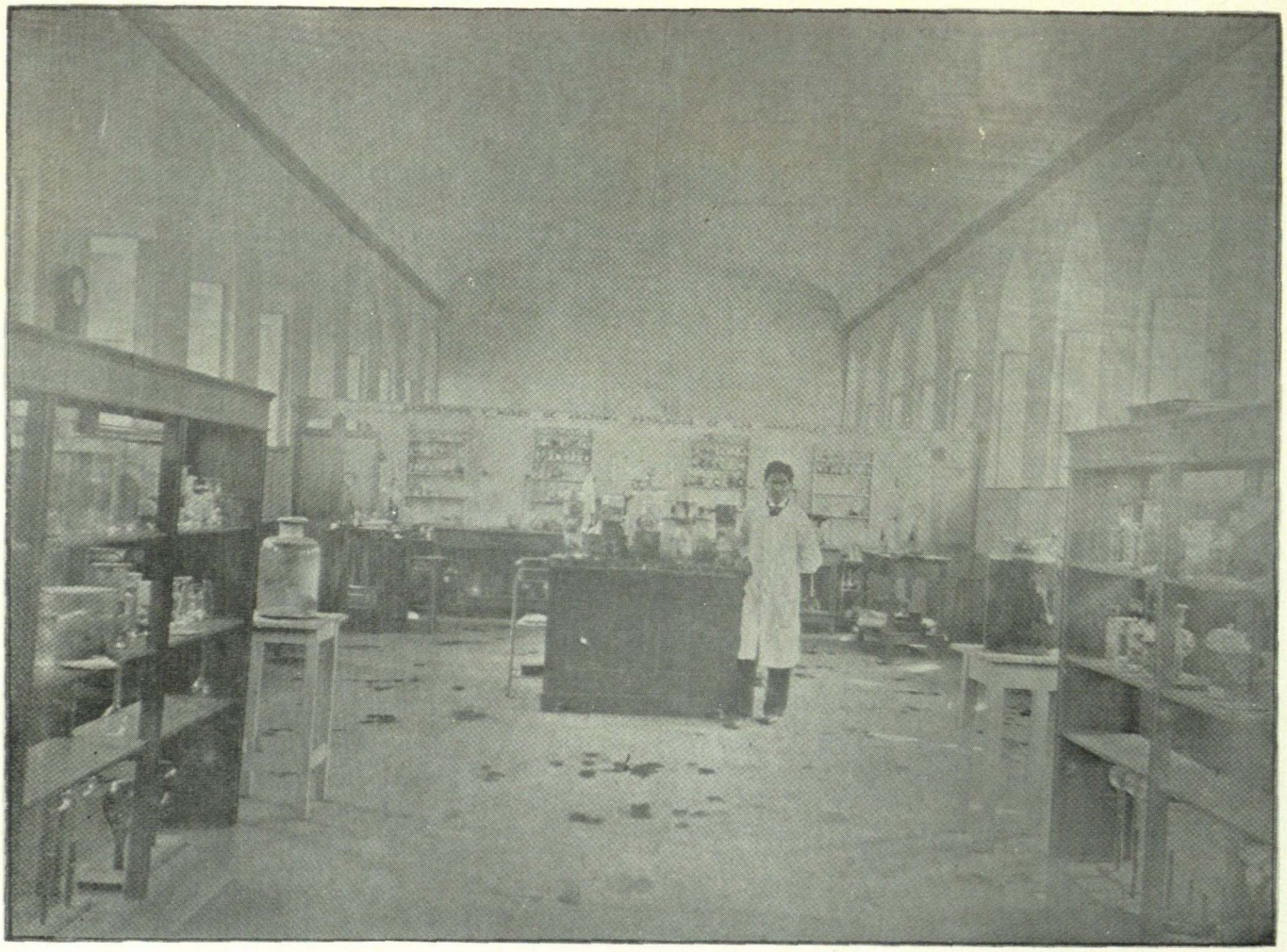
Nos retiraron de la plataforma una hora después, helados é inanimados, en la estación próxima, y yo caí inmediatamente, presa de una fiebre infecciosa, y por tres semanas enteras no recobré el conocimiento. Sólo al cabo de este tiempo supe que había pasado esa terrible noche con un inofensivo cajón de fusiles y un paquete de inocente queso. Pero esta noticia llegaba demasiado tarde para salvarme; la imaginación había hecho ya su obra, y mi salud estaba perdida para siempre. Ni las islas Bermudas, ni ninguna otra tierra podrá nunca devolvérmela. Este es, señores, mi último viaje; vuelvo ahora á mi país para morir, para morir sin remedio.

MARK TWAIN.

«SAD SONG»

.....¡Oh qué triste callejón
el callejón del «Santero»!
sólo da en él su canción
el ave de mal agüero.....
¡Ay! su empedrado, su alero,
sus casucas.....todo entero
abate mi corazón.....
.....¡No pases por él, viajero!
el callejón del «Santero»
es un triste callejón:
allí vive el carpintero
que hizo, á mi amado, el cajón.....

MARÍA ENRIQUETA.



"HOSPITAL VARGAS"
Laboratorio y Museo de Anatomía Patológica

EL ALMA DE LAS COSAS

I

Blanca me llamó desde Gervilli, para que la acompañara algunas semanas, pues su marido tenía que emprender un largo viaje. Demás está decir que acudí en seguida, huyendo del verano abrasador de París. El día de la llegada, poco antes de comer, el señor Dautrex, esposo de Blanca, me presentó al doctor Arton, su antiguo amigo, establecido en una aldea cercana y que era la Providencia de la comarca. La figura del médico no me fué simpática: era un hombre alto y extraordinariamente flaco; sus manos, largas y velludas, daban la impresión de garras de ave de rapiña. Iba á despedirse de Pedro, que se marchaba esa misma noche. Pero, á pesar del viaje, este último quiso hacerme los honores de «su castillo», como él lo llamaba.

—Ya verá usted, señora—me dijo—que no somos unos salvajes, y que hasta aquí han llegado los adelantos de la ciencia. En todas partes hay campanillas eléctricas, y nuestro cuarto de baño no deja nada que desear.

Confesé que la instalación me parecía admirable.

—Todavía no ha visto usted nada, señora—repuso Dautrex—reservo mi cuarto para lo último.

—¡Pero si no tiene nada de particular!—exclamó Blanca.—¿Cómo quieres que Edith se embobe ante tus cajas de minerales y tus avechuchos embalsamados?

—¡Tienes razón! Pero, de todos modos, vamos, mientras sirven la comida.

Como decía mi amiga, el cuarto de Pedro Dautrex no tenía nada de particular, pero dejaba, sin embargo, una impresión profunda de calma y comodidad.

—Hé aquí mi santuario—dijo Dautrex abriendo la puerta—mi *home*, y lo quiero como á un viejo amigo. Aquí está mi camita, la misma en que dormía cuando muchacho en casa de mis padres; aquí mi mesa de trabajo, mis colecciones, mis herramientas y mis libros. Aquí todo me es familiar, hasta los pliegues de las cortinas y las grietas del cielo raso. En cuanto salgo de este cuarto, me parece que me despido del genio del lugar, que éste lamenta mi partida, y que me sigue y me acompaña en mis peregrinaciones.

—¡Siempre poeta, mi querido Dautrex!—interrumpió el doctor Arton, golpeándole el hombro.—Has errado tu vocación.....has perdido el rumbo..... ¡Pero no pierdas el tren, y vamos á comer!

—¡Por más que diga Arton, soy un hombre muy práctico!—exclamó Pedro Dautrex.—Lo demostraría, sin ir más lejos, este tablero del vestíbulo, que indica á los sirvientes desde qué cuarto los llaman.

—¡Pero, querido! ¡si los hay iguales en cualquier hotel!—replicó el doctor.—Y para adoptarlo has tenido que condenarte á poner número á todas tus habitaciones, como en una cárcel.....¡Tú tienes el número 3, la señora Edith es el número 5!.....¡Encantador! ¡completamente encantador!.....

Y esto diciendo, me ofreció el brazo para acompañarme á la mesa.

II

A las ocho de la noche, Pedro Dautrex se despedía apresuradamente de nosotros, y subía al carruaje que aguardaba á la puerta.

—Les dejo á Arton para que las consuele. Pero ¡por favor, querido! no desvanezcas todas las ilusiones de estas señoras con tu horrible escepticismo.

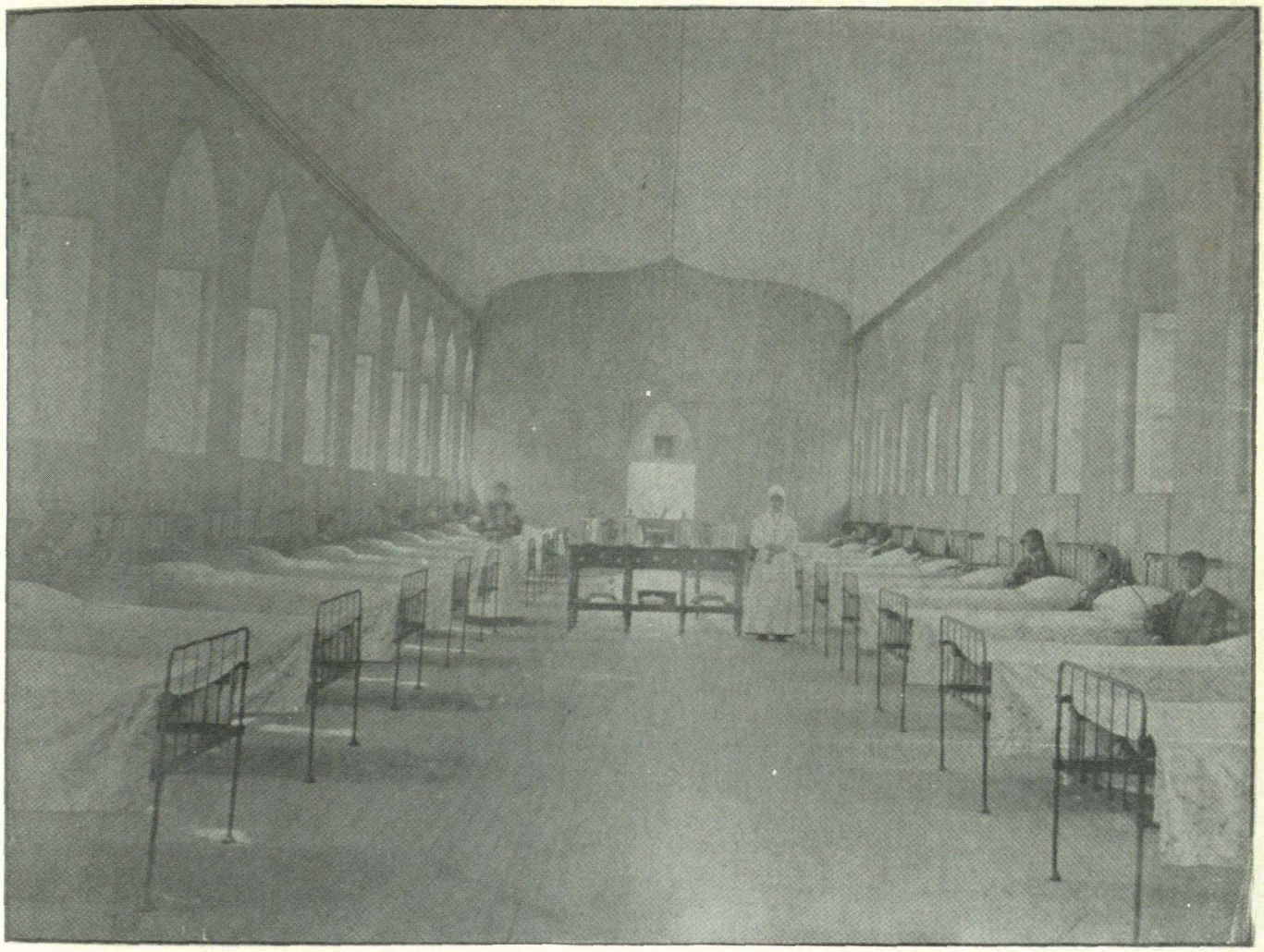
Largo rato permanecimos en el jardín. El doctor fumaba y se burlaba de los sueños de Pedro Dautrex, hamacándose en su sillón.

—No puede negarse—decía—que las cosas parecen, en ocasiones, asociarse á nuestra vida. Pero, en el fondo, no se trata sino de fantasía pura, del producto de una imaginación enfermiza.....Sin embargo, estos sueños suelen presentarse en forma tal, que uno se ve tentado á decir que las cosas tienen alma.....Así, por ejemplo, una aventura á la que me he visto mezclado.....

—¡Cuente! ¡cuente, doctor!—exclamaron ambas.

—Si ustedes lo desean, con muchísimo gusto, y tanto más cuanto que las narraciones fantásticas requieren un marco fantástico y.....estamos servidos á pedir de boca: reina la obscuridad, el bosque se estremece, y una nada basta para hacer palpitar violentamente los corazones.....

Y el doctor Arton, nos relató lo siguiente:



"HOSPITAL VARGAS"

Servicio de clínica quirúrgica—Profesor: doctor Acosta Ortiz—[Sala número 15]

III

Mi madre era una excelente mujer, de alma sencilla é ingenua, que sólo tenía una ocupación en el mundo: adorar á mi hermano y á mí.

Mi hermano, dos años mayor que yo, se fué á hacer su servicio militar, y yo me quedé solo en la casa entristecida. Cerróse la habitación del ausente, pero todo quedó en ella tal como lo había dejado—y yo abrigaba mis sospechas de que nuestra bondadosa madre la visitaba á menudo, para llorar y rezar en silencio.

Tiempo hacía que no teníamos noticias del soldado, entonces de guarnición en Nantes, y estábamos ansiosos. Los días pasaban sin traer contestación á nuestras apremiantes cartas, y las visitas de mi madre al cuarto solitario se hacían cada vez más largas y frecuentes.....

Una tarde, de pronto, oí un gran grito que partía de dicho cuarto.....Corrí precipitadamente á él y encontré á mi madre desmayada en un sillón, ante el escritorio de mi hermano.....

No tardó en volver en sí; pero, para caer en una desesperación tal que temí se hubiese vuelto loca.

—¿Qué pasa? ¿Qué te ha sucedido? ¡por favor!, ¡contéstame, mamá!

—¡Tu hermano, mi hijo, mi hijo querido, ha muerto, ha muerto!.....Hace un momento estaba sentada aquí, pensando en él.....alcé los ojos, y en ese espejo en que se ha mirado tantas veces, lo vi, sí, lo vi, pálido, sin expresión, sin vida!...¡Ha muerto! ¡estoy segura de que ha muerto!

Nada pudo hacerla cambiar de idea. Quiso salir inmediatamente para Nantes. No pude impedirlo y la acompañé.....¡Ah! ¡no se había equivocado!.....mi hermano acababa de morir de fiebre tifoidea en el hospital, y ¡cosa extraña! «¡el mismo día y á la misma hora» que mi madre lo vió en el espejo!.....

IV

Aunque se las echase de escéptico, el doctor Arton tenía la voz algo trémula, al terminar su relato.

—Pues bien—continuó—creo que mi madre fué juguete de una alucinación producida por su preocupación constante y su inquietud respecto de mi hermano. Pero si Dautrex estuviera aquí, declararía con la mayor seriedad que «hay entre las personas y las cosas que les son familiares, lazos íntimos y misteriosos que se manifiestan exteriormente bajo el influjo de circunstancias especiales». Esto es algo embrollado, pero pasablemente filosófico.

La noche refrescaba y abandonamos el jardín. La conversación fué languideciendo insensiblemente y poco después el doctor se despidió y se fué.

V

Confieso que á la salida del doctor Arton siguió un largo suspiro de alivio. Su relato nos había impresionado de una manera penosa, y por otra parte deseábamos entregarnos á nuestras acostumbradas charlas íntimas.

Una lámpara iluminaba la mesa en que la tetera hacía oír su canción. Estábamos bien en «nuestra casa», confortablemente instaladas. Blanca y yo resolvimos despedir á los criados, para prolongar la velada cuanto quisiéramos.....

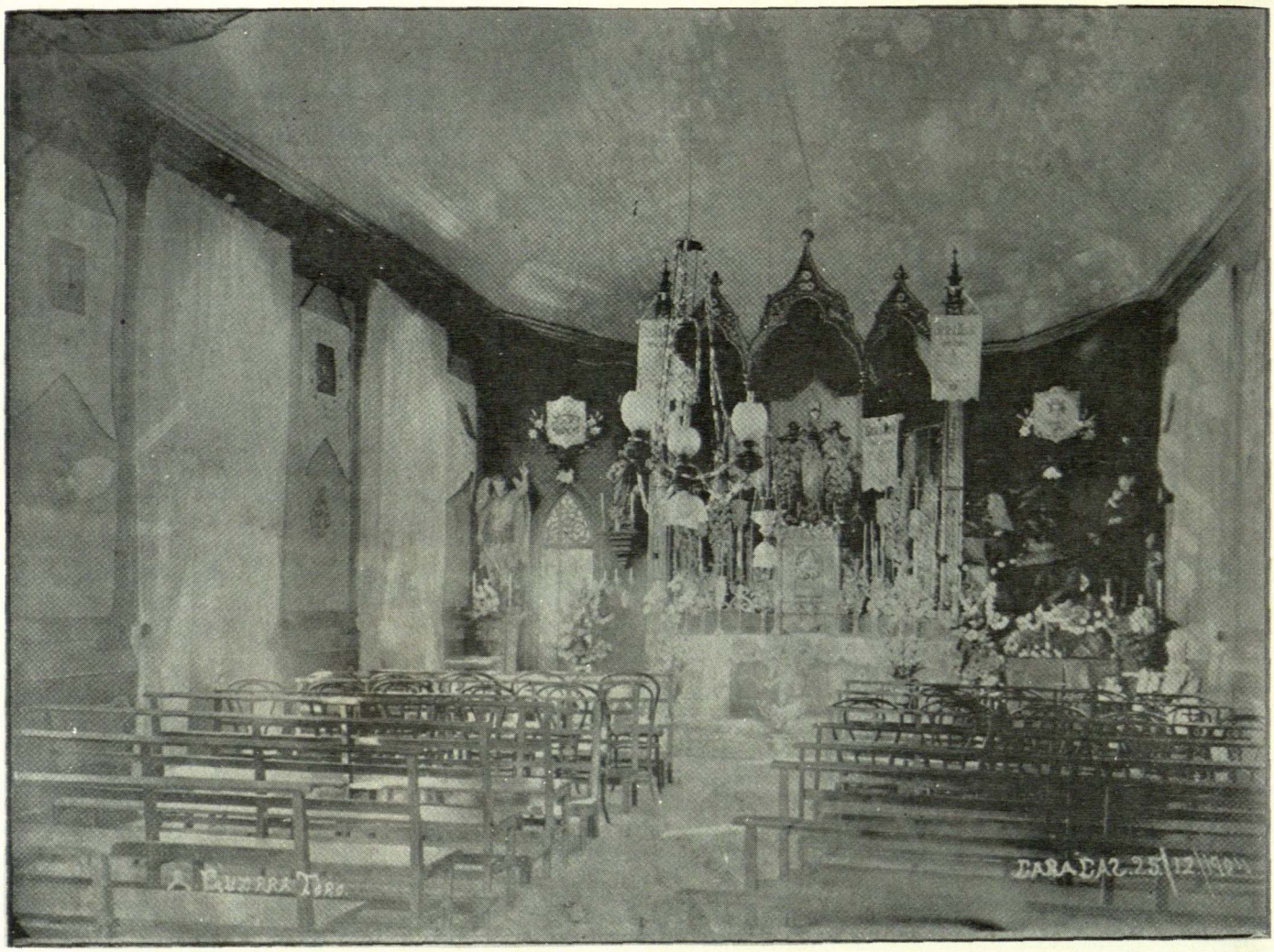
Afuera, el viento soplaba con furia; oíasele gemir en los corredores del castillo, y por las rendijas de los postigos vislumbrábase á veces el fulgor de los relámpagos. La lluvia caía á torrentes y en aquella sala apacible experimentábamos la impresión de contento y de calma de que hablaba Lucrecio, contemplando desde la playa los horrores de la tempestad.

Hacía largo rato que habían dado las doce, y no pensábamos en las horas fugaces, cuando un extraño ruido nos hizo dar un salto en nuestros sillones.

En medio de la noche, cuando todo descansaba en la casa, la campanilla eléctrica comenzó á repicar estrepitosamente en el vestíbulo. Nos lanzamos como un rayo hacia el tablero, para ver quién pedía socorro de esa manera... El repique continuaba, y ambas palidecíamos al ver que partía del cuarto de Pedro Dautrex, del número 8, desocupado entonces.....

Los criados, despertados por la campanilla, acudían á reunírsenos. Pero el repique había cesado. Subimos al cuarto: estaba completamente vacío.

Aquello era inexplicable, y lo no explicable asusta siempre. Pensé para mí que la electricidad de la atmósfera y la tormenta podían haber producido aquello, pero recordé involunta-



"HOSPITAL VARGAS"
La Capilla

riamente las teorias de Pedro Dautrex, y me estremecí:

Al mirar á Blanca, vi que ella también pensaba en su marido: la angustia pintábase en su rostro.

—¡Vaya, querida!—exclamé.—No nos entreguemos á ridículas preocupaciones. El buen doctor Arton nos ha contado un cuento á lo Edgar Pöe, que nos tiene nerviosas. Vamos á acostarnos.

—¡Con tal que no le haya sucedido nada á Pedro!—suspiró Blanca.

VI

A la mañana siguiente, riendo de mis temores infantiles, entré en el cuarto de Blanca. La hallé vestida, y á punto de dirigirse á la estación del ferrocarril.

—No me tranquilizaré—me dijo—mientras no tenga noticias de Pedro. Hoy debe llegar á París. Allí encontrará un telegrama que le he dirigido, y me contestará.

Hasta las dos de la tarde aún no había llegado noticia alguna. A pesar de sus esfuerzos por parecer tranquila, Blanca no podía disimular su inquietud. Por fin, á las cinco, un chiquillo se presentó con el telegrama siguiente:

«Retraso de tres horas. Vía obstruida por tempestad; descarrilaron dos vagones. Ligera contusión rodilla, nada serio. Escribo detalles.»

Blanca y yo nos miramos. No sentíamos la menor sorpresa, como si ya supiéramos lo sucedido.....

Por la noche apareció el doctor Arton: no le hablamos de la campanilla, para evitar sus bromas. Por otra parte, aquello era evidentemente una simple coincidencia, que no nos hubiera llamado la atención si los relatos fantásticos de la noche antes no hubiesen sobreexcitado nuestra imaginación.

Al día siguiente llegó la carta de Pedro Dautrex.

Contaba que no lejos de Culoz, un desmoronamiento causado por la tempestad, había cubierto los rieles con una espesa capa de tierra y piedras. La locomotora, lanzada á todo vapor, transpuso el obstáculo, pero los vagones no pudieron seguirla, las cadenas se rompieron con espantosa sacudida, y el tren se detuvo.....

«Yo estaba profundamente dormido, agregaba Dautrex, cuando fuí lanzado por un choque violento contra el tabique opuesto del vagón. Por fortuna no me hice daño en la cabeza sino en la rodilla. Te darás cuenta del estado de sopor en que me hallaba, cuando sepas que me creí en mi cama, presa de alguna pesadilla, y «extendí maquinalmente la mano para apretar el botón de la campanilla eléctrica.....»

Blanca se interrumpió palpitante y me dijo, con risa forzada:

—¡Cómo se burlaría de nosotras el doctor Arton, si estuviera aquí! ¡Decididamente! ¡hay que creer en las secretas afinidades de los hombres y las cosas!

Y, como los hechos eran tan extraños, no supe, de veras, qué contestar.....

A. BLONDEL.

SÉ TRISTE

Sé triste. Es una cumbre la tristeza.
Cumbre que no escaló la burguesía.
Haz de cada tristeza una belleza
Y de cada dolor una ironía.

Eres como mi espíritu gemelo,
Pobrecita alma frágil y abatida:
Crucificas incólume tu anhelo
Ante el adusto enigma de la Vida.

Y cruzas por el mundo como un ruego,
En tu blancura sideral opresa,
Fijos los ojos en el lento fuego
De la bíblica zarza que arde ilesa.

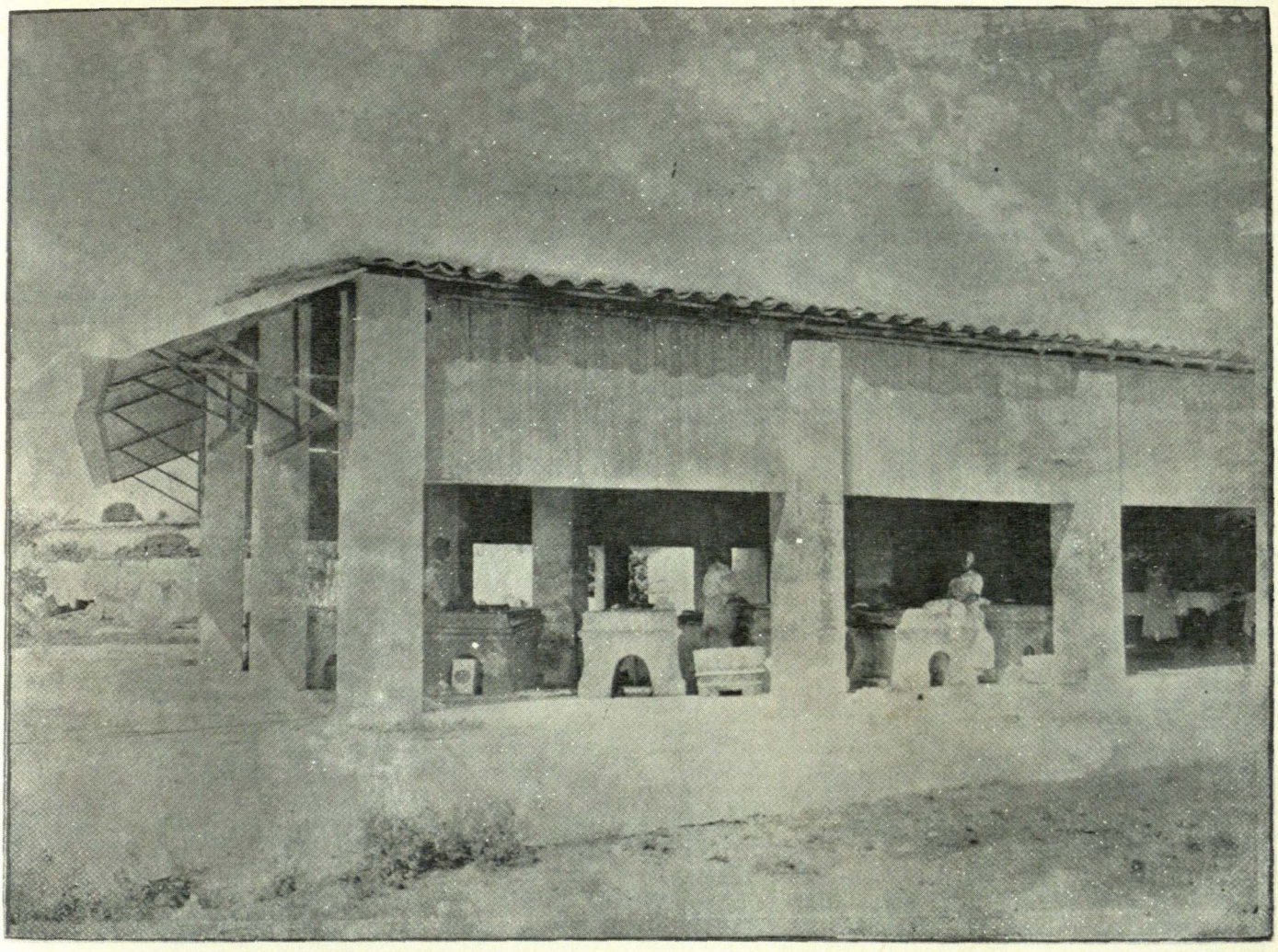
Te amo porque reflejas la infinita
Tristeza de vivir, porque tú finges
Una Desolación que llora y grita
Entre un bosque de inmóviles Esfinges.

Porque eres rara flor cuya corola
Lívida, surge en un estanque yerto,
Y simbolizas, inviolada y sola,
El alma blanca de un Ensueño muerto.

Y porque vas, con alba vestidura
Cual la avecilla mística del Arca,
Ostentando tu cándida blancura
Por cima de las fauces de la charca.

Sé triste. Es una cumbre la tristeza.
Cumbre que no escaló la burguesía.
Haz de cada tristeza una belleza,
Y de cada dolor una ironía.

RICARDO TIRADO MACIAS.



"HOSPITAL VARGAS"

El Lavandero—[En gran parte destruido por el terremoto y últimamente reconstruido]

ÉXODO RURAL Y TUBERCULOSIS

—

Desde el siglo XVIII, un Ministro de Luis XV, d' Argenson, se espantaba de ver á París crecer desmesuradamente, á expensas de la provincia; y á la Francia parecerse á una « araña de gran cabeza y de largos brazos flácidos.»

El mal ha empeorado, y las capitales de nuestros días, las « ciudades tentaculares» de los economistas, erizadas de casas enormes, proyectando á lo lejos, como tentáculos, la red de sus vías férreas, parecen más y más querer aspirar la vida de los campos, para nutrir su hipertrofia monstruosa.

En todo tiempo, los filósofos y los higienistas han proclamado que las ciudades son el sumidero de la especie humana; y más que en cualquiera otro país, á la hora actual, la despoblación de los campos y los peligros de la aglomeración urbana, se presentan en la Francia con una gravedad excepcional.

Dos publicaciones recientes, puesto que datan apenas de algunos meses, merecen llamar la atención de todos aquéllos que, por cualquier motivo, tengan á su cargo el cuidado de la salud pública. Esas publicaciones complementan, sobre todo desde el punto de vista higiénico, el admirable libro de Vandervelde, y nos hacen conocer detalladamente esa corriente ciega que arrastra la vida rural hacia el sumidero parisiense. París importa vivientes para fabricar muertos....

El libro del doctor Plicque estudia el mal desde su origen. Las observaciones hechas en un cantón de Seine-et-Mame precisan las causas locales del éxodo; el autor ha analizado y puesto en evidencia, los prejuicios, las codicias, los errores, las crisis que arrancan á los aldeanos de sus tierras. Y lo que ha observado en un rincón de la Isla de Francia, se cumple y se repite en todo el país, constituyendo los arroyuelos de los campos, que forman el río enorme y turbio de que se alimenta París.

El otro libro, una tesis de doctorado, nos muestra lo que esas existencias desarraigadas vienen á ser en el gran torbellino: *Exodo rural y Tuberculosis*. Está firmado por el hijo de un estadista eminente, que ha sido siempre fiel á su ideal de « solidaridad.» El deseo de hacer obra útil anima los áridos cuadros estadísticos y pueden leerse entre líneas los nobles sentimientos de piedad humana que han aconsejado al joven doctor, para aportar su contribución personal á la lucha emprendida en todas partes contra el terrible bacilo.

M. Georges Bourgeois ha seguido paso á paso el destino de esos provinciales parisienses; los ha visto llenar los hospitales, alimentar los cementerios, y proveer la mayor parte de la mortalidad parisiense por tuberculosis. Ha sacado de los archivos de los hospitales, de la Asistencia Pública y de la Municipalidad de París, cifras que tienen su dolorosa elocuencia; y tras tantos otros, lanza el grito de alarma, predica el retorno al aire libre, á la luz, á la salud, á la vida.

Se abandona la provincia porque el campo ó la vid ya no dan resultado; la pequeña propiedad despedazada cuesta caro para cultivar y no alimenta al propietario; se oye hablar de los grandes salarios parisienses; se repite en la aldea el nombre de Fulano, « el parisiense,» que partió un día sin un cuarto, llevando al hombro, en el extremo de un bastón, dos zapatos anudados en un pañuelo, y regresó rentista, y burgués, y «señor,»—é hizo construir la más bella mansión del lugar. Los hijos se marchan, á ser aprendices, palafreneros, empleados, cocheros ó comerciantes de vinos; las hijas serán sirvientes ó nodrizas ó criadas; esto, cuando no es toda la casa la que vuela y va á caer sobre la Colina encantada, contando utilizar todas las aptitudes de la familia, para recoger algunas migajas de los festines de la capital.

El servicio militar, sobre todo, provee de desarraigados. El cuartel hace olvidar el arado; las ordenanzas contienen en germen los futuros criados; la oficina del «Jefe» prepara

perfectos *roud de cuir* y las visitas á la cantina inician á los reclutas en el oficio fácil y lucrativo del comerciante de vinos.

Tenemos los inmigrantes tradicionales: el panadero alsaciano, el carbonero auvernés, el albañil de Creuzot, la nodriza bourguiñova, la cocinera bordelesa.... y todos los que vienen sin saber por qué, como los corchos que flotan sobre el agua y que se detienen á lo largo de los muelles; las futuras escarpas de los ribazos del Sena ó de los fosos de las fortificaciones.

Las profesiones liberales fijan también una mayoría de provinciales: los parisienses de mañana. Artistas, abogados, médicos, periodistas, profesores: París lo llena todo, atrae todas las fuerzas vivas de la nación, y de un extremo á otro de la Francia, la guerra, la marina, el comercio, etc., arrancan poco á poco los hijos de los labriegos á las cabañas que los han visto nacer.

Se trata de un fenómeno general y que por el momento va acentuándose por dondequiera. Es el movimiento económico actual lo que en todos los países del orbe determina el éxodo rural. En Inglaterra, la mitad de la población habita en las ciudades, la «praticultura,» la cría de ganados ha despoblado los campos. El aumento de 2.500.000 de habitantes, habido en Alemania durante el último período quinquenal, ha aprovechado exclusivamente á los centros urbanos á las aglomeraciones industriales. En Francia, en el intervalo de los dos últimos censos, la población urbana ha aumentado en 895.000 unidades y el censo de 1901, en París, da, para una población de 2.650.000 habitantes, 950.000 naturales de la ciudad, y 1.700.000 inmigrados.

El trabajo de M. Bourgeois nos muestra lo que llegan á ser esos inmigrados en París: carne de tuberculosis.

También hay, desgraciadamente, tuberculosis en la aldea; nuevos focos se crean diariamente, pero van de la ciudad, los que regresan á morir á su país, y quedan localizados en ciertas casas; diezman á ciertas familias, pero el medio no es propicio á la extensión del mal. Se conoce al enfermo, y en caso necesario puede evitársele. La vida tranquila y sana de los campos no prepara terreno al microbio. En ellos hay gran luz para destruir el bacilo. Una hora de sol vale una esterilización perfecta.

Cuán diferentes las condiciones de existencia en la ciudad y en París. Juan Jacobo Rousseau dijo alguna vez: «*Los hombres no están hechos para ser almacenados en hormigueros....*» Mientras más se reunen, más se corrompen. Las enfermedades del cuerpo como los vicios del alma son el efecto infalible de los concursos demasiado numerosos. El aliento del hombre es mortal á sus semejantes.

Juan Jacobo Rousseau preveía el bacilo y nuestros higienistas contemporáneos no dicen otra cosa, cuando se apoyan en los descubrimientos bacteriológicos para proclamar el peligro de las promiscuidades y la insalubridad de las casas parisienses, donde bullen familias enteras en reductos oscuros y sórdidos.

Nuestros inmigrados habitan rara vez en los Campos Elíseos ó en el Parque Monceau: es en Belleville, Batignolles, Croulebarbe, la Gare ó Plaisance, en donde caen los rurales de París; son los barrios negros de la estadística. Treinta y dos mil casas (sobre 80.000) son consideradas como insalubres por los higienistas, y diariamente, sobre los cartogramas del estado civil, nuevas manchas indican nuevas víctimas.

Cubicaje de aire insuficiente, humedad, ausencia de sol; hé ahí los factores principales del peligro de la habitación insalubre. Quién sabrá jamás la historia de esas casas asesinas y las miserias que abrigan! El peligro llega al máximun cuando en uno de esos cuartuchos en que «se hace todo,» agoniza durante meses un enfermo que tose y escupe. La mudanza, con todo su estrépito, no disminuye las causas de contagio, y cuando el transportador traslada en su carreta la cama, la mesa y los andrajos, deja á menudo detrás de sí un habitante invisible, pero fiel y tenaz: el bacilo de la tuberculosis.

Los inmigrados aislados no están en mejores condiciones que las familias; si á veces tienen más dinero y más aire, están moralmente más aislados. Nada los atrae, por las tardes, en su cuarto de hotel, frío y solitario; buscan, después del trabajo, la distracción en el alcohol y la intemperancia: la taberna es á menudo la antesala del hospital.

No se privan de aquélla y abusan de éste. Los inmigrados forman la contribución más fuerte de la clientela de la Asistencia Pública, y todos los médicos de los hospitales saben cuán raro es ver escrito en la hoja de entrada: «natural de París.» Todos, ó casi todos, son provincianos.

M. Bourgeois refiere que el hospital Tenon, desde 1879, época de su fundación, hasta 1903, ha visto morir 34.738 personas, de las cuales 16.224 por tuberculosis. De éstas 16.224, cuatro mil novecientos setenta y cuatro (4.974) eran de origen parisiense, y 11.250 eran inmigrados. En 1901, sobre los 49.970 fallecimientos ocurridos en París, la tuberculosis tuvo un activo de 12.419 ó sea una cuarta parte de la mortalidad total. De esta cifra, 7.483 eran de provincia.

¿Se tiene idea de lo que son en París, en un año doce mil muertos de tuberculosis? ¿Treinta y tres vidas humanas que se extinguen diariamente por causa del bacilo?

Hé ahí el balance, la suma de los contagios humanos, siempre en *crescendo:* contagio de la calle, en donde la ola matinal de los trabajadores y de los empleados, vacía sus bronquios al saltar del lecho; contagio de los ómnibus, de los tranvías, de los lugares públicos; contagio de las casas insalubres, sin contar los contagios directos, que seguramente son los más frecuentes.

Éxodo rural y Tuberculosis.... el asunto es de importancia y merece que se medite acerca de él. ¿Será preciso regresar á los campos? ¿Será preciso rehacer las ciudades? Hablaremos de ello otro día.

DOCTOR VIDI.

PROSA

¡Ya no hay condes altivos
como aquel Périgord
que á Hugo Capeto –¿Quién
te hizo rey? – preguntó!
Y es extraño..... Los condes
saben ya que de Dios
no dimana el poder:
muchos tienen valor
para alzar donde quiera,
en cualquier ocasión
y de quienquiera en contra
la destemplada voz;
otros, jamás ni á nadie
se doblegan; y al sol
esotros verterían
sangre regia..... Mas hoy
ningún conde repite
á su rey y señor
la altanera pregunta
que hizo el de Périgord.
¿Será esto consecuencia
de la cultura? ¿ó
bien será que no surgen
condes cual Périgord
sin reyes como Hugo?
¡Qué sé yo'.....¡Qué sé yo!.....

FRANCISCO DIAZ SILVEIRA.

Diciembre, 1904.

A DONDE?.....

A ALEJANDRO FERNÁNDEZ GARCÍA

Marchar? A dónde? En qué ribera extraña
no se ha de oir el oleaje impío,
de la ventura huraña
y del eterno hastío?

En qué raro planeta
ha de encontrarse el Todo?
dónde la musa blanca del poeta
algo verá sobre el humano lodo?

Tras el azul amado de una gruta,
sólo vieron mis ojos pensativos,
la sombra demoniaca de Geruta
y la angustia mortal de los Olivos.

Ante el Conquistador y el Nazareno
el espíritu es bíblico y es galo:
hay callados instintos de ser bueno
y vagas intenciones de ser malo.

A qué la nube infiel por quien yo lucho,
como Ixión, si el Azar me la ha vedado?
acaso Shopenhauer amó mucho
y Maquiavelo fué un desencantado.

La flor está invisible en el camino
para toda ansiedad del pecho humano.
Cuántas veces caiste ¡oh puritano!
ante el cetro feliz del libertino.

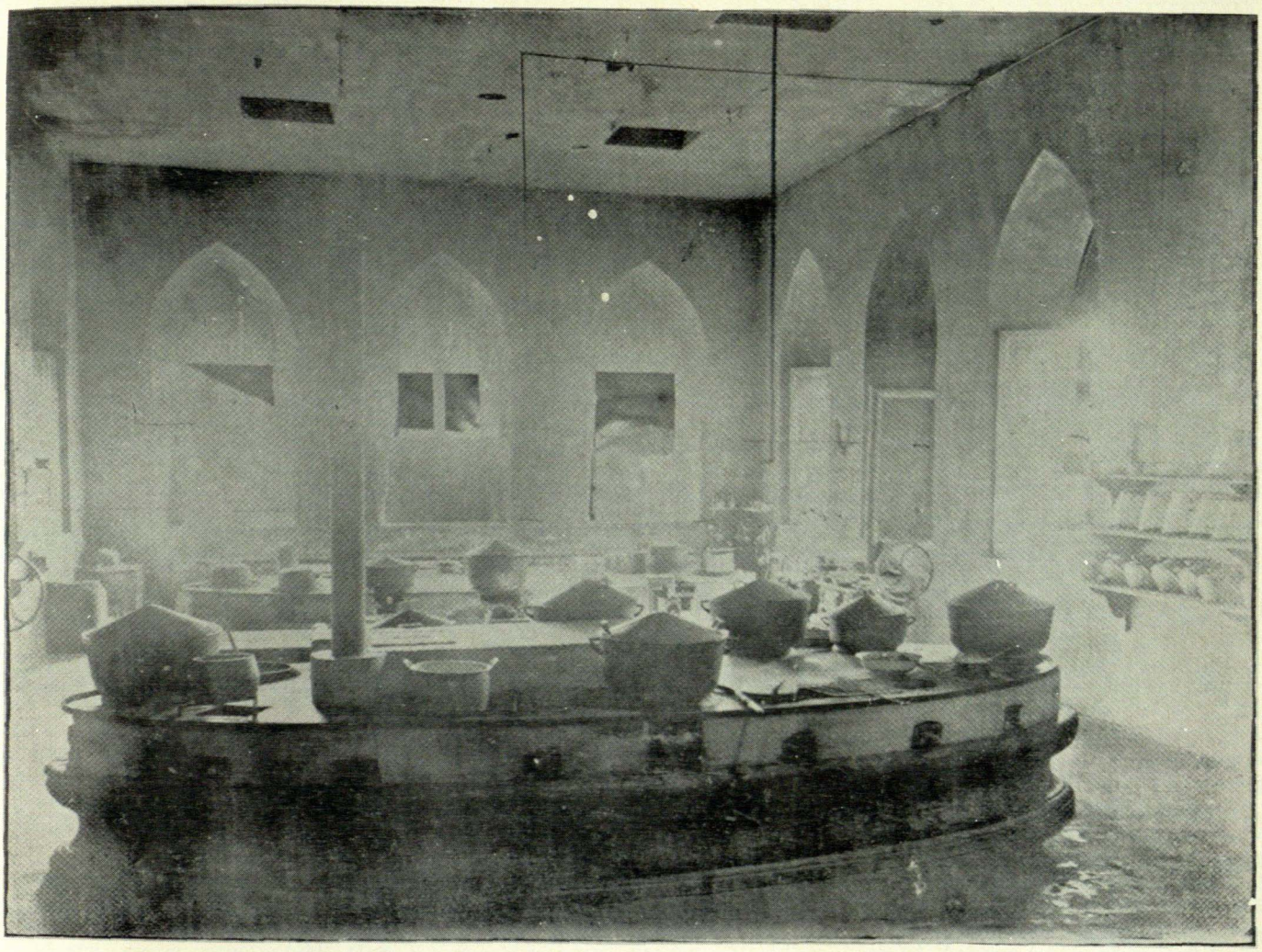
Responda ¡oh Genovés! tu visionario
esfuerzo, diga tu grillete sucio
y tus lindas penas de Calvario,
al clarín venturoso de Vespucio.

Carne triste que vas sobre la arena
con el anhelo y el fastidio eternos,
bajo el rencor de todos los inviernos,
con cantos de sirena,
y enconos de medusa,
¿qué ven tus ojos en la lid confusa?

La barbarie feral, ventruda y rica,
Paschino en gala y Arlequín de toga;
Darwin que clasifica,
y una cruz legendaria que suplica
sobre una esfinge grave que interroga.

EMILIANO HERNANDEZ.

México, 1904.



"HOSPITAL VARGAS"

La Cocina—[Recientemente se ha construido un gran depósito para agua caliente]

RIMAS DE ORO

LO QUE DICE LA MUSA

A Rufino Blanco-Fombona.

Canta al pié de las ojivas de las nobles castellanas
De las rubias, hermosísimas sultanas
De pupilas de myosotis—á esa hora como hecha de misterios y de ensueños en que va á morir el Sol—
Tus estrofas luminosas cual las tardes venecianas,
Tus estrofas sugestivas cual baladas alemanas.....
Tus estrofas que son magas cual las hadas adorables que figuran en los cuentos de Perrault .....

Si penetras en las frondas misteriosas, donde flores
De perfumes deleitables, turbadores,
Impalpablemente besan á las cándidas palomas que son albas, como flores de Ilusión,
Lanza al són de tu psalterio—desechando tus dolores—
Un excelso epitalamio, como aquel que recitaron los bohemios, los errantes, los gentiles trovadores
En las bodas esplendentes y magníficas de la humilde y hechicera Cendrillón.

Y recita tus hermosos y tus tiernos madrigales,
Apoyado en el respaldo de las cónsolas ducales,
Al oído de las damas de empolvadas cabelleras que sesguean á los lánguidos compases del minué.....
Y consagra tus rondeles y tus rimas y tus rítmicas canciones inmortales
A las manos diminutas de blancuras ideales;
A las piedras fulgurantes, y á los célebres amores del romántico Bearnés ....

Y desgrana tus brillantes, tus excelsas serenatas
Al pasar las relucientes, las suntuosas cabalgatas
Donde vibran las palabras y las risas armoniosas de la célebre y galante Montespan.....
Y celebra de D'Artágnan el heroico, las gascónicas bravatas.....
Los flotantes alquiceles, la bravura temeraria de los bárbaros croatas.....
Y las bellas y románticas leyendas de Villiers de L'Isle Adam.....

Canta siempre el porte altivo de los húngaros margraves;
Y la marcha silenciosa de las naves
Que gallardas surcan raudas—á la luz de las mañanas—el azul zafir del Mar.....
Los plumajes cual convulsos arco-iris, que las policromas aves
Cuando sale el sol agitan.....y á los niños soñadores de ademanes serios, graves
Les dirás de las extrañas, prodigiosas aventuras de Simbad.....

Y no olvides en tus rimas admirables las estériles ternuras,
Las tristezas, los delirios y las múltiples torturas
Del anciano monje austero, habitante de la ermita solitaria que domina el silente lago azul.
Que á las luces indecisas de la luna, encorvado lee, medita y comtempla las alburas
De los cisnes que dialogan con los cándidos nenúfares de azahúricas blancuras
Y se aduerme y se extasía con los besos murmurantes de las ondas que semejan arias mágicas de Gluck.

Y no olvides, oh poeta, los espléndidos torneos,
Donde apuestos paladines, esforzados cual Tirteos,
Conquistaban con los botes de sus lanzas la corona consagrada al más heroico y más galante campeón;
Los geranios entreabiertos; y los bellos, los radiosos centelleos
De los pálidos topacios, de los raros, esplendentes anaglifos y extraños camafeos;
Y á la anciana encantadora que le da vueltas al huso en el gótico y ruinoso torreón.....

Y tampoco olvides, bardo, las sesgueantes y volubles mariposas;
Y las notas armoniosas
De la música de Schubert; de los *lieders* que modulan hermosísimas ondinas en las márgenes del Rhin;
Y los suaves, relucientes terciopelos; y las gasas transparentes; y las formas victoriosas,
Y las curvas venusinas, y el encanto incomparable, y el ¡olé! de las altivas andaluzas voluptuosas
Que rasguean las románticas guitarras y arrancan mil nostálgicos arpegios del sonoro bandolín.....

JUAN MIGUEL ALARCON.

Cumaná: 25 de diciembre de 1904.

NOTICULAS DE SCHEVENINGUE

—

26 de agosto de 1903.

El calor me echa de Amsterdam. Vengo á pasar aquí un día y á bañarme en esta mar del Norte, cara á Enrique Heine, y que ha inspirado las marinas de Mesdag. Pero el tiempo ha corrido; me he dejado vivir y llevo en esta playa casi dos semanas. He tenido que aviarme de todo, pues no traje ni un pañuelo de repuesto. Estas horas de vida que le caen á uno como de sorpresa, ¿no son las mejores? Cuántas veces he llegado á una estación de ferrocarril y pedido billete para el tren más próximo á partir! Son las correrías más dulces esas escapadas al azar, y las que mejor amo! Al ver cajas de camisas y franelas recién compradas, en el desorden de este cuarto de hotel, comprendo que mi estada aquí es bien provisional y pienso en toda mi vida vivida á la carrera. ¿Adónde, Dios mío, adónde he echado raíces? ¿Tengo yo, por ventura, lo que tienen todos: un hogar, una familia, una patria, un plan de existencia, un rumbo sobre la tierra? Mi casa en Amsterdam, ¿no es provisoria? Mi vida en París, ¿no es de tránsito? Mi estancia en Caracas, ¿no es de paso? Mis viajes, ¿no son un vuelo?

¡Y pensar que bien pronto voy á cumplir treinta años, edad que me espanta, no sé por qué! Treinta años y no haber hecho nada! A los treinta años asiste uno al entierro de la primera, de la genuina juventud. Eso se va, se va; se va y no vuelve! La vida toma otro aspecto. Ya no es uno el mismo; es otro. Y á esa otra persona, que sin embargo, es uno mismo—cosa de pesadilla—sucederá á los 40, á los 45, á los 50 años nueva persona, otro sér distinto, un extranjero. Las ideas y los sentimientos de ese intruso, acaso difieran de los nuestros y vendrán á chocar con ellos. Y después lo terrible, lo ineludible: la muerte; la muerte, que siempre nos sorprende como si no la esperásemos... En realidad porque no la esperamos... todavía. Por cima de nuestras cabezas pasa volando, como en el fresco del Campo Santo de Pisa, la mujer de la guadaña! Cuánta prisa! Apenas se nos deja tiempo de nada! Y tánto sueño por soñar; y tánto ensueño por realizar!

No quisiera morirme sin haber hecho algo. Pero, Dios mío, ¿qué es lo que yo tengo de hacer?

27 de agosto.

El mar del Norte no es como aquel azul y risueño Mediterráneo que me recuerda mis mares del trópico. Desvaído, sucio, de estaño ó de plomo, carece de aquellas rumorosas crines de espuma y de aquel horizonte infinito. El aire—velo de Mab de las cosas—no es aquí transparente; y no presta su encantamiento al ópalo del cielo ni al zafiro del mar. Hoy, la mañana es opaca. Mirando al cielo he pasado un momento de angustia. Las nubes se arrastraban por los tejados. La bóveda celeste, incolora, pesada, abrumante, me parecía la tapa de una trampa, tapa que iba á caer sobre la ciudad. Sentí malestar físico; pensé que me asfixiaba, y empecé con la boca abierta á respirar todo el aire marino. Un golpecito en la espalda me hizo olvidar ese comienzo de pesadilla. Era una de mis amigas de Scheveningue, ó mejor dicho, de Amsterdam. Me encuentro aquí toda una camada de conocidas, muchas de las cuales no veo en Amsterdam sino de tarde en tarde. Aquí está la señorita Van den Bergh, alta, blanca, fría, á la que llamo Mademoiselle Iceberg; aquí está la v. d. Linden, rubia, enamorada y cantora, á quien llamo Elsa; aquí está, por último, Letta... Con Letta hice ayer un grupo, fotografiados ambos en traje de pescadores de Scheveningue, un traje bien ridículo por cierto:—la mujer peinada un poco á la Cleo de Mérode, un cachivache blanco en la cabeza, enormes zarcillos péndulos, y un complicado vestido negro de talle monstruoso; el hombre, también de negro: pantalones anchísimos, sin bragueta, camisa, blusa y gorra del mismo color de luto, zapatos de pana idem, una red á la izquierda, por el suelo, un canasto á la derecha y una caña en la mano. Lo malo fue que el imbécil de fotógrafo nos puso de fondo, en vez de un horizonte marino, la arquitectura de un palacio, en medio de un bosque. Nos reímos como unos locos de encontrarnos, sin quererlo, pescando en medio de una floresta, frente á un palacio.

Así van pasando los días.

¿Y las noches?—preguntará algún malicioso.

28 de agosto.

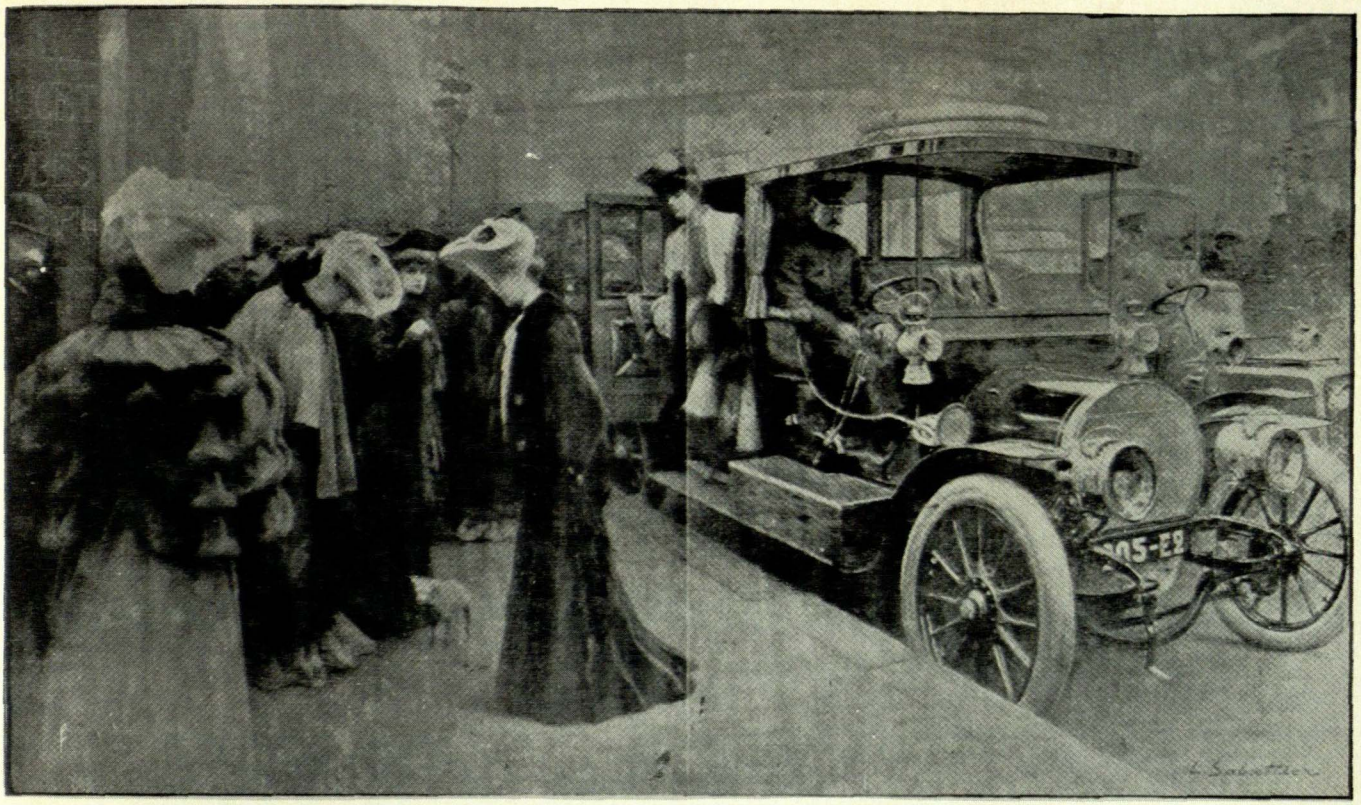
Scheveningue rebosa de judíos. En Holanda, en Amsterdam por lo menos, los judíos son quien sostiene teatros, cafés, cortesanas, etc. Scheveningue es una playa de Israel. El holandés ama el confort de su casa, donde permanece encerrado; no la ciudad, como los antiguos, ni siquiera el lujo de las Capitales, como los modernos. El clima ha hecho del holandés lo que la religión ha hecho del cuáquero: un ente sombrío, sentado á su escritorio, silencioso, frente al fuego. Las diversiones públicas no lo divierten; «the attractions» no lo atraen. Opera, carreras de caballos, carreras de automóviles, partidas de placer, cuanto constituye el encanto de las grandes ciudades, no existe para él. Los judíos, repito, sostienen el lujo de Amsterdam. Los «usureros» derrochan... sin perder la chaveta por supuesto. En cambio el hijo de Holanda es económico hasta la tacañería.

Adriano van Ostade, Jan Steen, muchos de los grandes maestros del siglo XVII holandés, han pintado al pueblo en el seguro de su interior, taciturno, jugando á las cartas, frente á la tetera humeante ó á la botella de schiedam; fumando sus pipas; zurciendo medias; guisando las golosinas conque va á regalar su voracidad;—ó bien en alguna de esas explosiones bárbaras de animalidad, en alguna orgía, á puerta cerrada, en la sordidez de infame tugurio. Dorad un poco más esos interiores: que las porcelanas de Maestrich sean más finas, que el paisaje de Wynants sea auténtico, que el ambiente sea menos ruin, que el tipo de las personas sea menos vulgar, y tendréis un interior de casa burguesa del día, interior que apenas difiere, según puede colegirse, de los interiores holandeses del tiempo y mundo de Rembrandt y van der Helst.

Se diría que el holandés pone por obra el verso del místico:

vivir quiero conmigo.

Este pueblo tiene muchas cosas en su carácter, en su historia y en su vida dignas de admiración y de respeto; pero la gran virtud por donde el mundo entero se descubre ante los bátavos es la gran virtud siempre allí patente é irrestañable de la tolerancia en materia de religión. Gracias á esta virtud nacional viven allí felices desde siglos atrás los hebreos que nuestros abuelos expulsaron de España y de Portugal. A cada paso encuentra uno en Holanda los nombres de Rodríguez, de Pereira, de Mezquita, de Lobo, de Jordán. No puedo negar que tengo simpatía, hasta cierto punto, por la raza hebrea. ¿Qué pueblo de Europa se ha conservado puro como el pueblo judío? Para él no ha habido ni conquistas, ni invasiones. Es hoy, dentro de lo posible, el mismo pueblo que en los tiempos bíblicos. ¿Cuántas gotas de sangre extraña hay en sus venas? Las persecuciones no han podido destruirlo. Dos mil años de patadas y de salivazos no han podido desfigurar los rasgos de su rostro. Sólo el medio físico, al que no puede sustraerse, imprime en él huellas. Por lo demás, supo vengarse é imponerse agarrando á la humanidad por el bolsillo, punto más sensible que el corazón ó el cerebro. Los que necesitan dinero á él van á pedírselo. Los mismos Reyes de Castilla se valían del talento financiero de estos súbditos réprobos para salvar la fortuna del Estado, perdida en las inútiles y santas manos del catolicismo. Si el hombre conociera el remordimiento colectivo, si no fuera el más cruel de los carniceros, se avergonzaría, se dolería de haber perseguido por espacio de veinte siglos á esta raza inteligente, activa, y diplomática,—que ha pasado por las tantas vicisitudes sin perecer. La recrudescencia del antisemitismo, sobre todo en Francia y en Rusia, por los días que corren, es uno de los mayores y más injustificables crímenes de esta vieja Eu-



L. SABATTIER: El automóvil reinando—(Quatre heures, rue de la Paix)

ropa, fanática y prostituta, vanidosa y agresiva, rapaz y cobarde.

Es hoy cuando los judíos debieran ser más honorados. Aparte las verdades científicas—que abren la inteligencia de las multitudes;—aparte las aplicaciones prácticas de la ciencia,—que suavizan las costumbres, haciendo más fáciles las relaciones entre los hombres; aparte el descreimiento en las religiones,—que es síntoma de un nuevo cambio de alma de la humanidad; aparte la sangre de bandidos coronados y blasonados,—felizmente vertida por las revoluciones,—es hoy cuando el mundo se ha convertido á la fe del centavo, á la religión del interés, al *judaísmo*, en el sentido malintencionado de la palabra, en el sentido que torcidamente le atribuyen los pueblos del Viejo Mundo. En tal sentido naciones de judíos son todas las de Europa y pueblo de judíos el de los yanquis. ¿Por qué, pues, perseguir á los que han enseñado á Europa que las ínfulas de caballería sin generosidad son grotescas; que el capital es trabajo acumulado y que debe por tanto producir?

El alma hebrea no es un alma sincera. La fisonomía moral de ese pueblo aparece con antifaz. Pero este fenómeno, que es una deformación, se debe á que el fanatismo de Europa ha hecho con el alma hebrea lo que los chinos con el pie: la encerraron en un borceguí de hierro, impidiéndole su libre expansión, su desarrollo natural. De ahí que los judíos sean como son. Yo no disculpo sus defectos, sino trato de explicármelos.

RUFINO BLANCO-FOMBONA.

ARABESCO NOCTURNO

—

Media noche.....: Un ciudadano pasa encendiendo las luces de gas: la mecha brilla dentro del tubo, como un colibrí de candela saltando en su jaula. Canta la torre su cuarteto monótono y luego da la hora; las campanadas vibran trémulas y largas, como notas de música proscritas de una orquesta. Inmediatamente el alumbrado eléctrico agoniza; las brasas de los carbones son amenazantes ojos de quimera entre la red de postes y alambres. Al pie de las colinas del Sur, veladas por la niebla en una fina tamización, irradian los serenísimos núcleos de amatista; y más lejos, un puente iluminado semeja una sarta de granates. Las líneas de los tejados y los recortes de luz, forman un extraño panorama desolado: bajo el cielo indeciso, construye el paisaje un torvo progreso de capitolios, catedrales y jeneralifes en escombros, cual un rebaño de monstruos echados en la quietud de la tiniebla..... Ya no dibujan los patios, como en la prima-noche sus pozos amarillos, cual sepulturas abiertas, alumbradas por candiles: ahora están hundidos en los acantilados tenebrosos..... Domina el emperador silencio y el pensar humano reposa. Las ideas duermen en el obscuro letargo de la ciudad; los pensamientos, fluidos de la mente, no lamen la túnica de sombra con llamas azules ó de sangre. El sueño de todo es un triunfo de la soledad, cuasi-mujer que es la pasión de almas creadoras. Por la enferma calma de la noche pasa el viejo espíritu cruel de los siglos,—numen del crimen, de la codicia, de la lujuria..... Y deplora tristemente que ya no se asesine en el mundo.....

De pronto, un mugido rueda por el lúgubre silencio, como una lamentación de bombardino. Viene del matadero y me produce la sinopsis de antiguas sensaciones..... Era cuando la viva luz moderna no ponía sus claros resplandores sobre la tragedia de la inmolación: los cárdenos faroles perfilaban en sus círculos siniestros los trazos de los caneyes; tajaban la carne del siguiente día los matarifes; dos arroyos de sangre flanqueaban el escenario; y palpitando en tierra, grandes cuerpos destrozados bajo el cuchillo veloz, abrían los ojos epilépticos, en la estupefacción de la iniquidad..... Y ahora llegan á mi ventana durante largo rato los lamentos, que taladran las entrañas estremecidas de la noche como lentas serpentinas sonoras..... Recuerdo entonces los supliciados de todos los tiempos: el dolor y la muerte no han dejado un palmo de tierra sin sembrar en él la semilla purpúrea. Por eso los frutos y las flores llevan en sí la angustia y la tristeza. ¿Cuánto dolor representa el fruto que mordemos? ¿Cuánto amor doliente, no inspira el pétalo sedoso y el perfume sutil? Los que para vivir trabajan y los que aman la belleza de las cosas—sér, idea, objeto—saben de tales profundas ansiedades.....

El ganado es feliz de que el hombre no aplique la agudeza de su inge-

nio á refinar los suplicios de la matanza. Pero las pobres reses no pueden negar las religiones salvadoras, ni profesan humanitarias filosofías, ni conocen hondos conceptos cosmogónicos, ni fraternales sistemas de gobierno.

Así, en nombre de todo eso, no se puede sembrar en sus ánimos temblorosos el horrendo pavor, ni abrirles sabiamente la carne viva en radiantes canalizaciones de escarlata, y con finas herramientas de acero, extirpar los músculos en cordones rítmicos, ni dividirlos misericordiosamente por el cuello, merced á las anchas cuchillas maestras que perfeccionó la cirujía igualitaria con irónica piedad..... Luego, no se cree en el sufrimiento irracional. ¿Qué maravillosas filigranas no haría el hombre si llegara á descubrir que los nervios del ganado son tan sensibles como los suyos propios? Las viejas instituciones orientales y católicas hubieran siempre defendido por sus eficaces procedimientos, el orden público contra el liberalismo evidente de los toros; y los sistemas de organización social contra las peligrosas fundaciones metafísicas de los taciturnos bueyes, que no pueden menos de cavilar bajo su capa de filósofos el trastorno de las iglesias, de las monarquías y de los regímenes planetarios; y se quemarían pecadoras vacas poseídas, convictas de brujería y complicidades con el espíritu del mal, en perjuicio de la humana fe..... Sin duda lo que salva á las bestias es que no pueden quejarse con notas de la escala del dolor. Si por la lengua torturada de los irracionales se enroscase el grito imprecatorio cual una sierpe y saliera vibrante hacia el cielo como una flecha, los matarifes harían admirables obras de arte en los patíbulos del ganado. Pero la crueldad necesita el conocimiento del padecer; conocimiento que es en el hombre la base del egoísmo, debiendo serlo de la solidaridad..... Sin la queja, que es una afirmación, el suplicio parece incompleto como una voluptuosidad mutilada. El penacho de la tortura es el lamento.....

Esta noche anega el alma en la lentitud de la melancolía, en la sensualidad del silencio..... Por entre los pluviosos nublados de la atmósfera, algunas estrellas rutilan su nervioso fulgor. Un perro ladra roncamente con desesperante persistencia: creeríase que está gritando su miedo desde el principio del mundo y que seguirá ladrando hasta el fin de los siglos..... Otro ruído corta el silencio, como una tela que se raja: es un tenor de suburbio, que desentona desaforadamente..... El traqueteo lejano de un coche se quiebra en el aire. ¿Cuál pena ó qué ignominia vagará en él? Parece un rumor de matraca en el duelo oficial del jueves santo..... Un matiz violáceo principia á teñir las nubes de oriente. Después, como dos puntos de incendio sobre el nivel de un mar borrascoso, aparecen los cuernos de la enorme luna roja de menguante. Asciende ella lentamente y por un minuto finge el casco de un buque incendiado, que zozobra en el abismo. Y subiendo, deja su luz de ser roja para convertirse en oro verde y difundir su lividez sobre la noche, cual un medroso despertar de consuelo en una pesadilla..... Los gallos cantan como clarines de juguete, y se tienden por el aire bandas azulosas. Son los oriflamas del implacable amanecer.....

JOSÉ AUSTRIA.

LA MATERNAL

—

Rafael Silva me remite un libro que está circulando en Francia y que en opinión de Jean de Bonnefon,—cuyo juicio tenía ya leído en la prensa de París,—es un libro terrible, que hará en el mundo un estrépito de convencionalismos entrechocados, de opiniones en bancarrota y de lugares comunes desconcertados.

Silva me escribe que la lectura de ese libro puede ser útil, siquiera para ver confirmadas las ideas y las aspiraciones,—nostálgicas de otra agrupación social,—que constituyen lo que pudiéramos llamar el romanticismo culto de algunos espíritus ansiosos de vida superior, vida moral, vida mental.

El juicio más sintético y la información más condensada son los que he indicado, y de ellos me serviré para dar cuenta de la importancia moral de la obra. Es un estudio sociológico, ó mejor, la indicación de un estado social, hecha en forma de novela. Se titula *La Maternal;* es su autor un poeta, León Frapié; describe la institución francesa, de enseñanza primaria, denominada *escuela maternal;* y habla de la infancia, de la infancia pobre de París, de los hijos del obrero.

La gloria más pura de este tiempo, dice el crítico, será tal vez la de haber aprendido á amar á la infancia colectivamente; de haber previsto en ella al pueblo de mañana; de haber cuidado este almácigo de hojas pálidas y trémulas, para que llegue á ser la gran selva recta y sólida.

Cuando la única obra de la Revolución francesa hubiese sido la instrucción primaria, igual para todos, la Revolución francesa sería, á ese solo título, la más alta ascensión de los pueblos en el progreso. Y hé aquí que como el progreso es una escala cuyas gradas crujen á medida que se las sube, este poeta hace en un libro la requisitoria más violenta que jamás se haya escrito con mayor dulzura, reune en el más apretado haz los hechos más nimios, y produce el efecto más literario que jamás se haya obtenido con el libro más inmaculado de pretensión literaria.

Todas las novelas palidecen ante esta noble y sencilla historia de la escuela maternal. Es la epopeya de la infancia pobre de París, sin frases vanas ni declamaciones sonoras. El autor no refiere, sino que hace vivir ante el lector la vida de la escuela maternal; son los niños los que hacen el libro, con su perversidad, con sus encantos, con su precocidad, con su fealdad y con su gracia. Es el *barrio*, esa ciudad dentro de la ciudad, que pasa ante nosotros; es Ménilmontant, arrancado de su colina, y puesto en un libro de trescientas páginas, cuya carátula ilumina el espíritu de Steinlen con su gracia y su ironía.

La poesía fluye de aquella prosa nítida, con súbitos fulgores diamantinos, que estallan en un frenesí de luz. El patio de recreo de aquella escuela muestra al pueblo de París en compendio.

Ahora bien, la escuela maternal es, en Francia, la segunda rama del gran árbol de la enseñanza primaria. El hijo del obrero, en París y en las ciudades, es colocado sucesivamente en tres clases de institutos elementales: primero en el Asilo, en la *Crèche*, cuando todavía no es sino un animalillo, que no requiere sino leche, papilla y esponja. Luego, cuando ya camina y puede portar la cestita del almuerzo, pasa á la Maternal, la cual todavía no es una escuela, porque allí el niño no tiene deberes ni va á aprender lecciones.

En esta casa son las institutrices las que hablan todo el día escolar; el niño se absorbe lo que puede absorber naturalmente, sin esfuerzo; las profesoras vierten enseñanza á profusión y lo que pasa de la esponjosidad intelectual del niño, resbala y cae.

Precisamente, lo que inquieta á Frapié es la calidad de esa enseñanza á profusión. Las primeras páginas del libro están consagradas á admirar esta moral derramada por igual sobre frentes tan distintas: ella cae sobre la frente adorable de la niñita que conduce por toda parte y cuida siempre á su hermanito menor, aprendiz-madre que será la perfecta madre de mañana, pero cae también sobre la cabeza aguda del idiota que se ensaya en el vicio.

Aunque esos niños, por su nacimiento, huelan á hierro, á aceite, á carbón, á barnices, á patatas, á sudor, á vino; sean productos del herrero, del mecánico, del maquinista, del ebanista, del vendedor ambulante, del limpiabotas, del portero ó de la mujer pública, todos reciben simultáneamente la misma lección de moral, la misma regla de vida.

¿Qué dice esa lección? Que es necesario respetar á los padres; que es necesario imitarlos. Y Frapié pinta á los padres, después de haber esbozado las cabezas de los hijos. ¿Deberá tal niñita imitar á su madre, que cada día le da un padre nuevo? ¿Deberá este otro niño respetar á quien cada tarde va ebrio, á cenarlo con golpes ó á llevarlo á la vecina taberna, para que sobre el mostrador incline sus blondas guedejas sobre el cántaro de vinazo y beba como un hombre?

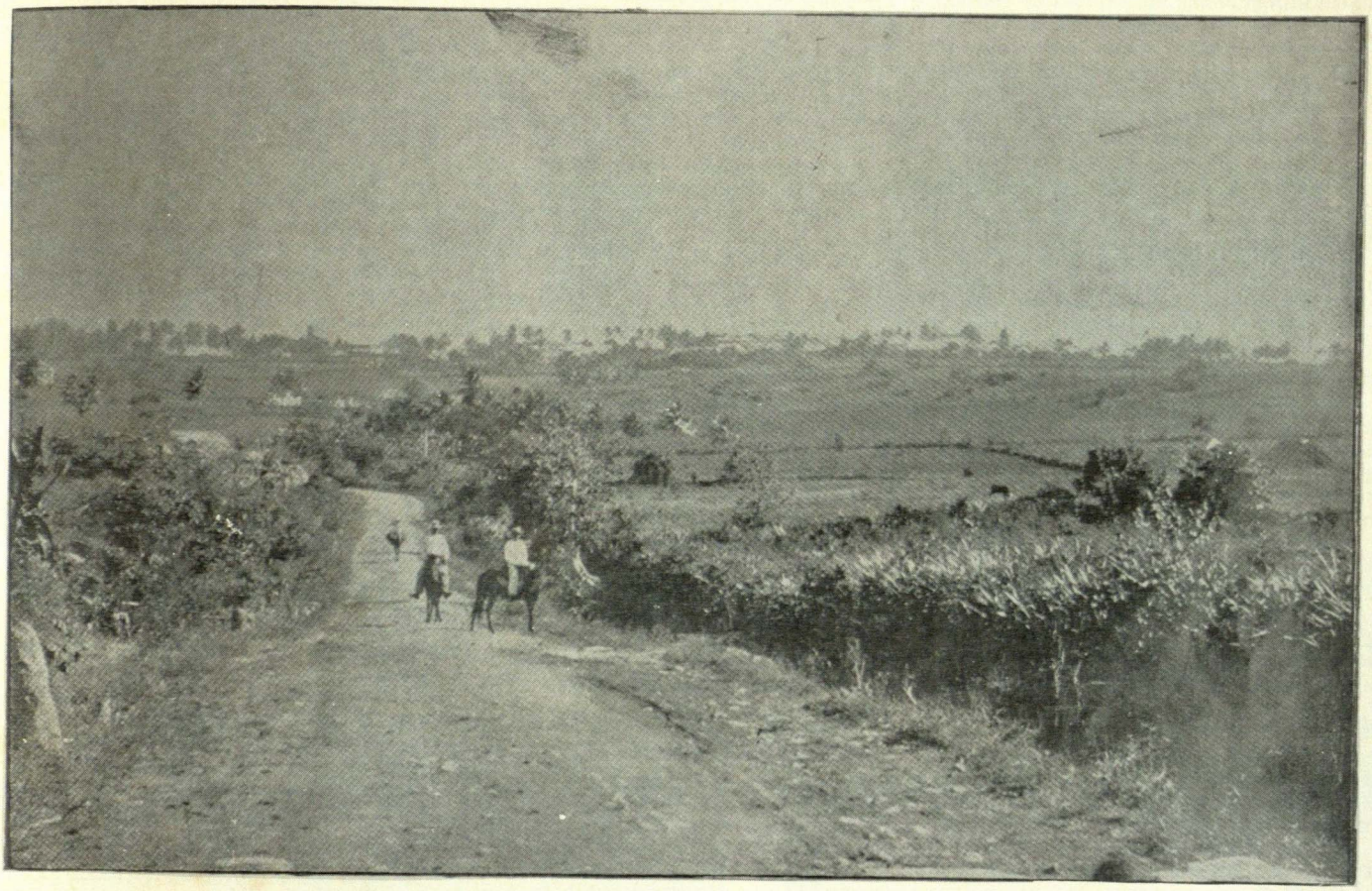
Los temas del Manual que la institutriz repite son todos por el estilo del anterior: «El respeto á los padres es el primer deber del niño: todo lo que ellos hagan, digan y dispongan, está bien hecho, bien dicho, bien ordenado; porque ellos personifican la experiencia.»

Frapié no señala el mal: lo pinta. Toca al lector deducir las consecuencias y buscar el remedio. ¿Será una quimera la moral colectiva? ¿Lo que significa un bien para un niño será un mal para otro? ¿Deberá decírsele á éste: "respeta á tus padres," y decírsele á aquél: "desprécialos"?.....

Y lo que es triste en cuanto á educación moral, según los textos de enseñanza, se hace siniestro y cómico en otros puntos. El texto enseña lo siguiente: "En una casa, es preciso un puésto para cada cosa, y cada cosa en su puésto." A propósito de esta lección, la institutriz hace un cuento: Pinta la alcobita de una niña ordenada, en la cual la ropa se halla bien arreglada, la muñeca en su lugar, los muebles bien colocados y limpios, etc.

La misma institutriz, por una razón cualquiera, va en casa de una de sus discípulas que ha oído esta lección: encuentra á la madre y á los tres hijos en un quinto piso de una casa obrera, todos en una habitación que tiene dos metros de largo por dos de ancho. Cuando la madre está sentada, es preciso que los niños se metan en la cama; cuando hay una silla adentro, no hay manera de moverse en el local; la madre no puede acostarse sino en la mañana, cuando los niños se han ido á la escuela.....; La lección de orden y de limpieza cae sobre el alma de la niñita como una burla!

Frapié compara la escuela maternal á un



PUERTO RICO: Pueblo de Isabela

hospital en donde los enfermos estuviesen colocados en las salas simplemente por orden de edad, y en que el médico, no pudiendo examinar á cada uno en particular, prescribiese el mismo remedio para sesenta atacados de enfermedades distintas.

¿Quiere esto decir que se necesita una lección de moral y de aseo para cada niño? ¿Quiere decir que la educación del pobre es imposible? De ninguna manera: para reparar y para rehabilitar la escuela maternal basta sólo que las institutrices comprendan su papel, que dejen de ser *sabias*, que tengan un corazón de madre. Todo está salvado cuando la pedante de escuela normal olvida su pedantismo para hacerse mujer, cuando abandona el texto para dar una enseñanza personal.

La personalidad del maestro salva la personalidad del alumno. Es preciso que la escuela no mate la espontaneidad, no amordace los labios inocentes, no ahogue la naturaleza; de lo contrario, todo el mundo pierde en ella su propia esencia.

El remedio del mal está en que las institutrices de los niños posean menos diplomas y más corazón; que hayan tenido también, como toda mujer, años de ilusión y de ensueños, no ahogados por los textos y los exámenes; que no sean, como las llama el poeta autor, "flores de invernadero caliente."

Y el escritor francés que hace este juicio, concluye descubriéndole utilidad á la escuela maternal, en la forma en que ahora se halla en Francia: "El molde uniforme es útil, en el sentido de que permite reconocer á los que saben romperlo, escapar á su prisión y hacerse hombres fuertes ó mujeres buenas, á despecho de los Manuales infanticidas."

FLOY G. GONZALEZ.

PAGINAS CORTAS

DESPUES DE LA DERROTA

(POR R. BENAVIDES PONCE)

Por la amplia sabana, donde se alzan en amenazante actitud las agudas mil lenguas del gamelotal esmeraldino, la dispersa guerrilla, resto del aguerrido batallón de línea, marchaba taciturna.

Paso á paso, jadeante, triste y sudoroso el llanero indómito, el palúdico hijo de la pampa zamorana, sentía, más que las fatigas corporales, las fatigas del alma.

La pasada derrota abría en su espíritu la roja flor del miedo, y de allá del horizonte remoto surgía nuevamente en la senda áspera, la fea silueta del campo de batalla abandonado.

Después del batallar de muchas horas la reflexiva soledad del bosque mudo, era un sarcasmo.

En el bosque, en la amplitud del horizonte, en la quietud de las cosas la misma penumbra fría, impenetrable y doliente.

El bélico clamor del batallar, las notas ardorosas de las cornetas, se habían muerto en los brazos del viento, dejando, un residuo de angustia, un confuso recuerdo de la batalla estéril.

Ya sobre el campo de pelea, sonaba la bandera negra sus misereres de graz nidos: el alud de zamuros evolucionaba y rondaba para caer sobre su ración de carne.

Lejanamente, sobre un montón de dispersos bagajes, se confundían mutilados con banderas caídas, guiñapos con pavorosos objetos de guerra.....

Y la agobiada guerrilla en derrota, se alejaba con lentitud desesperante de los lugares que la muerte y la sangre ensombrecían.

Las miradas de los veteranos vencidos recitaban los poemas del espanto: poco á poco desaparecían en las lejanías crepusculares de la sabana, como una ronda de espectros.

El acero de sus mausseres, brillaban al sol agonizante como largos hilos de plata.

Y en la amplitud de la gran esmeralda del campo, hablaban las mil lenguas del gamelotal, y delataban la infamia de aquella lucha ruda que rompió músculos y apagó vidas.

CON LA MELENA Y EL ESTILO

(POR JUAN D'SOLA)

Es mi más alto orgullo mi abundante melena de esteta.

Mi cabello como las orquestas de mi estilo, despiertan el odio en el corazón de los criticastros, y hacen, que las almas vulgares se incomoden ó rían.

Los esclavos usan el cabello al rape. Mi melena es el lábaro de mi libertad sin límites.

Yo tengo la piedad de la indiferencia para los espíritus mútilos. Mi cerebro canta sus himnos sin oír la grita plebeya que me niega y me insulta.

Como Barbey, estoy contento de tener

cuatro almas bellas, que aman la música de mi prosa y el capricho de mis ideas.

Mi prosa rítmica, tiene alas como el verso y posee los diez colores del crepúsculo; tiene: una brigada de flautas y un coro de violines, tiene: como el mar, una impecable magnificencia azul, tiene: como la noche, cien mil ojos de oro.

Mi prosa como una alta campana, baña con sus ondas sonoras á los espíritus fuertes.

Mi prosa luce un triángulo de palomas blancas. De mi prosa se escapa un confuso vocerío de trompetas.

Mi verbo es otra victoria de mi espíritu, como á mi prosa lo adornan grandes gloriosos trofeos.

Mi verbo ha conquistado imperios como la tizona del Macedonio. Mi verbo ha benignizado y domado las turbas. El rugido de la muchedumbre se ha hecho canto, ante los milagros de mi elocuencia máxima.

En mi tribuna he encadenado pasiones y satanismos. He colmado de lirios y rosas los estériles parajes.

En mi aislamiento de pontífice he visto podrirse de vulgaridad y de miedo, bellas almas de combate. Es por eso que mi arte tiene el santo egoísmo del enigma.

La bandera de mis ideas no la abate ningún vendaval borrascoso.

La seda de mi gonfalón de pelea vibra al viento como una sinfonía mágica.

Mis ideas como la vara meseánica, ha hecho brotar el agua de las rocas abruptas.

Mi exquisito refinamiento de taumaturgo, teje sus complicados arabescos en el perfil de mis poemas.

Todos mis cantos, están aromatizados con el perfume embrujador de basílicas excelsas.

Ante Mercurio que se levanta omnipotente señor y amo de corazones semitas, mis músicas y mis águilas seguirán volando por valles y cumbres maravillosamente desafiadoras y con las alas en cruz.

Mi infinita vocación artística me posee como una febricitancia poblada de encantables siluetas.....

La enorme riqueza de mi mentalidad esplendente, ilumina sendas y hace que sean fértiles las penumbras infestas.

Hay en el tesoro de mi talento la misericordia del orgullo: me alejan de la turbamulta feudales murallas insalvables.

Desde mi alta almena, digo la buenanueva, é ignoro las cosechas primaverales en las otras almas.

Ninguna cadena de sangre me ata á los que se deleitan con mis conjuros y mis creaciones.

He roto con mi daga toda afección terrena y dura.

Por sobre los afectos frágiles está el penacho de fuego de mi misión: por cima de toda vulgar pasión está el canto bíblico de mi musa indómita.

El miedo no me ha mordido con sus tenazas enormes; mis carnes no han sido amoratadas por el mordisco férreo.

Inmaculada como mi carne está el lirio de mi libertad. No he pactado ni mi silencio con los explotadores del mercado.

Nadie logrará acallar la Marsellesa de mi rebeldía: estaré en combate, eternamente, con el coplero mediocre que agarrota al padre ritmo; combatiré al imbécil juzgador del arte nuevo; al burgués ventrudo que reina y se solaza en su imperio de bellotas; fulminaré al romántico que lee en las noches de luna decrépitos novelones eróticos.

LA SOMBRA

(POR FROILÁN TURCIOS)

Fué en el plenilunio de septiembre.—Yo iba á la solitaria necrópolis—á cortar fúnebres rosas—de las que crecen al borde de las tumbas—y cuyos cálices frágiles me hacen pensar—en las bocas pálidas de las vírgenes—tristemente muertas.—Flores cuyo perfume recuerda—el olor de los cirios—y cuyos pétalos tienen la blancura de los sudarios—impecables velos—conque la muerte se desposa con los hombres.

Caminaba por una senda descubierta—cuando noté que una sombra—que no era la mía—iba á mi lado.—Será la sombra de alguno de mis amigos difuntos—pensé—y continué mi camino.—Pero luego me quedé inmóvil—y la sombra siguió avanzando—á flor de tierra—hasta que, al llegar á la puerta del cementerio—se detuvo á su vez—como esperándome.

Al entrar—ella caminó delante de mí—y de nuevo llegué á convencerme—de que no era mi propia sombra.—Caminó y la seguí—por las calles de cipreses—y después por entre los mausoleos marmóreos...—

Detúvose sobre una lápida humilde—que se obscureció,—y que luego volvió á brillar pálidamente—á la luz de la luna. La sombra extraña extinguióse de improviso—después de confundirse con la mía—como en una larga caricia....—Y entonces pude leer sobre el sepulcro adonde me condujo—el nombre de una triste criatura que yo había olvidado—y que me amó ardientemente—hasta la última noche que vivió en la tierra...

WATERLOO

(POR RUBÉN DARÍO)

Cuando descendí del tren, un carruaje me condujo á recorrer el campo de batalla. Hacía un bello día primaveral. La vasta campiña verde se extendía bañada de sol fresco, de luz dulce. Y fué primero el gran recuerdo de Hugo, narrando la formidable caída del dueño del Aguila; y á los sonoros clarines líricos, y á las terribles trompetas épicas, apareció todo lo que el arte ha creado por obra del más tempestuoso derrumbamiento de gloria y de soberbia que hayan visto los siglos. Y entonces me convencí de que, en realidad, no puede ya fácilmente concebirse otro Napoleón que el Napoleón idealizado de la leyenda, el de los versos de Heine, el de los cuadros lívidos de Henri de Groux. Los lugares de peregrinación y de turismo, la realidad de las reliquias conservadas en las colecciones que se exhiben, todo contribuye á afirmar mayormente el carácter extrahumano de la acción que tuvo entre los hombres, el semidiós cuyas cenizas están bajo la cúpula de los Inválidos. (Semidiós.....cenizas, cenizas de semidiós....¡mísero planeta!). El gran león conmemorativo se alza sobre su alto pedestal; los monumentos dicen en letras borrosas nombres de guerreros; la Ferme Papelotte alza su torrecilla sobre las blancas paredes: Hougomont aún mantiene ruinoso el tremendo capítulo de «Los Miserables,» las ruinas de la capilla, el Cristo de pies quemados, el pozo; todo es la ilustración patente del magnífico trozo de historia que cambió la suerte del mundo. Aun tal tronco de árbol, contemporáneo de la sangrienta función, se yergue destrozado ó mordido por la curiosidad, ó la piedad, ó la admiración de estrictos visitantes. La Belle Alliance, blanca y vieja junto á la verde alameda, da su testimonio como una abuela. En el cuartel general de Wellington hay un café y se vende leche fresca. En el castillo anciano, bajo un galpón, está el carretón y los barriles tomados en Waterloo. Y en un hotel inglés, en que hay un barril, se exhiben huesos; balas desenterradas; apolilladas casacas; «petits-cadeaux» autógrafos de Blucher, Wellington y otros jefes; números del «Times» que dieron cuenta de la batalla; sables franceses, holandeses, ingleses; hierros viejos; memorias viejas. Una vieja inglesa hace el «boniment» de la explicación, vende tarjetas postales..... Después uno se toma al lado, un bock ó un whisky-and-soda, entre ingleses, que no faltan, pensando en la leyenda del Aguila, en el inmenso Napoleón, semidiós en cenizas.

Y hé ahí que al dejar el vasto campo en el Mont-Saint-Jean, en donde tanta sangre se derramó por el Cabito, por el Pelón, por uno de los más tremendos azotes de Dios, cae sobre la tierra, harta de hosamentas, la clara bondad de los azules cielos. Vacas rojas manchadas de blanco nacen sobre la felpa ondulada de la llanura. Un campesino ara. Suena á lo lejos un mugido. Un pájaro pasa sobre mi cabeza, como una flecha. Tranquilidad, mayo. Paz.

EN LA TUMBA DE MI HERMANO

Francisco Miguel Tejera

2 de noviembre de 1904.

¿Qué fuiste? Sino apenas
Silente metéoro;
Como al bajar la tarde
En su carroza de oro,
Allá, en ocaso, el último
Rayo fugaz del Sol.
Así también ligera
Por el espacio sube
Al despuntar el alba
La vaporosa nube,
Mostrando al seno vívida
Su joya de arrebol.

*

Y fué tu amor divino
Aquel amor que encierra
Los goces que las almas
No hallaron en la tierra,
Y son eterno júbilo
Del mundo espiritual.
¿Fué sueño? Sí. ¿Qué importa?
Si como tú soñaron
Ay! tántos que supieron
Luchar, y naufragaron
Rota la nave al ímpetu
Feroz del vendaval! . . .

*

Mas si hoy en tu sepulcro
La anémona no medra,
Ni se alza una plegaria
Sobre tu blanca piedra,
¡Feliz tu noble espíritu
Que ya no gime aquí!
En vano mi lamento
Los cielos importuna;
¿No llora ni una estrella?
¿No llora alma ninguna?
Ah! no; pero mis lágrimas
Son todas para tí.

FELIPE TEJERA.

LAURA NUÑEZ
En "Los Mosqueteros Grises"

En "El Rey que rabió"

En "El Reloj de Lucerna"

En "Género Ínfimo"

EL PLAGIO EN EL JAPON

—

Antes que nos aburramos de oír hablar del Japón, apuremos la nota. Ese pueblo, por el momento, puede alimentar todas las necesidades de la conversación, y llenar las exigencias del varón estudioso. Su actividad es inagotable. Su gracia es ligera, canalizada en vías distintas de las que sigue la gracia occidental. Y no hay en la tierra del Sol Naciente formas de vida que en este preciso momento de la historia no nos atraigan irresistiblemente.

Se ha hablado mucho de plagio entre nosotros, y cuando unos lo defienden, otros lo vituperan con frase inmarcesible. Cosa curiosa, aquí nos llega una revista americana en que Harold Bolce, después de haber hablado del Japón heroico, del Japón rompe y rasga, de las industrias y la política, viene á decir lo que sabe del Japón literario. El señor Bolce toca la cuestión del plagio con la seriedad símica de cualquier occidental y dice: «Ni consideran el plagio en el Japón como un delito literario. Al revés, lo toman como una indicación de vasta lectura y de memoria persistente. Gran prueba de sabiduría es poder intercalar entre las líneas de un cuento ó de un ensayo, ideas, frases y aun parágrafos de maestros, indígenas ó extraños. Anunciar un extracto prestado, por medio de las comillas, sería una exhibición de gusto dudoso; serviría para indicar que el escritor recurre á este expediente vulgar para ostentar una erudición que de otro modo podría pasar inadvertida. En Occidente esto se llama hurto y en el Oriente sirve para ensanchar el horizonte del lector avisado. ¿Para qué llenar, dicen los japoneses, un compartimiento de biblioteca con las obras de un filósofo no leído, si no hemos de poder apropiarnos sus máximas con el objeto de iluminar un estudio sobre asuntos contemporáneos?»

En verdad, Harold Bolce se aturde en presencia de aquella latitud conque entienden los nipones la propiedad literaria. No va el escritor americano hasta el fondo del asunto. El japonés no cree en el plagio como delito literario, porque se lo ha leído todo y conoce la imposibilidad de ofrecer nada nuevo á lectores omnívoros. Supone mucha ingenuidad imaginarse uno que lo que está escribiendo es original porque uno no lo ha visto en otros libros. Uno no lo ha visto, pero en ellos existe, y el plagio no sale á relucir ordinariamente porque las gentes carecen de tiempo para enrostrarlo; pero todo está dicho, en alguna lengua, en alguna forma, y la originalidad es una aspiración de los ignorantes.

Un filósofo trae un sistema nuevo. Un experimentador tropieza con un hecho que le da la clave del Universo. Es Taine, es Darwin, es Spencer. Levantan un monumento fastuoso, para concluir el cual han contribuido gentes de diversa estirpe: Cuvier, Malthus, Lamarck, Goethe, Saint Hilaire, todos los viajeros que dejaron el recuerdo de sus peregrinaciones, todos los sabios que pusieron la vista sobre las oscilaciones eternas de la vida. ¿Es justo que Spencer sólo, que Hippolyte Taine exclusivamente, le den el nombre á un sistema?

Mirad ese edificio que se alza en la plaza pública y os quita la vista del cielo. Hay un nombre que nos dan cuando preguntamos quién levantó la fábrica suntuosa. Ese nombre es una injusticia. El eclipsa la turba de trabajadores anónimos que pisaron el barro, que quemaron el ladrillo, que labraron la piedra y pusieron á plomo esas columnas altivas é hicieron subir al éter esas torres orgullosas y aladas. Sin el concurso de estos obreros innominados y humildes, el edificio no hubiera despreciado al suelo; y todavía hay quien habla de plagios, de originalidad y de comillas!

EL HOSPITAL VARGAS

—

Una de las épocas más notables, en la historia de nuestra medicina, es la fundación del Hospital *Vargas*.

Los establecimientos de este género que poseíamos, eran resultado de una grave necesidad, tenida como urgente, considerada como remediable en un lapso de tiempo más ó menos prolongado; y, en consecuencia, aquellas casas estaban destinadas á una vida efímera, por causa de la carencia cuasi absoluta de elementos para la debida asistencia de los enfermos. Pudiera decirse que no existían sino locales habilitados *ad hoc*, para simular aspecto y servicios de hospital.

En semejante situación, los estudios médicos eran incompletos, precarios y vacíos de todo mérito que no fuese el conocimiento teórico, aglomerado en cerebros que á poder de asimilaciones llegaban á cumplir honorablemente un programa de instrucción, ó mejor, de erudición científica. Los jóvenes que tenían medios para satisfacer un reclamo mortificante de su conciencia, ó realizar un deseo de sinceridad profesional, tenían que marcharse al extranjero, á perfeccionar sus estudios, ó acaso, á emprenderlos formalmente, en centros clínicos dotados de los recursos que no hallaban ni podían proporcionarse en el país.

La Cirujía, sobre todo, es la que mayor número de servicios debe á la fundación del Hospital: ya es corriente que los discípulos de la Escuela de Caracas practiquen hoy operaciones de alta cirujía, sin haber tenido necesidad de salir de Venezuela. En nota que nos trasmite una de nuestras más distinguidas personalidades médicas, nos hace constar que los «partos también se aprenden hoy prácticamente en el establecimiento; y que, en especial, la clínica propiamente dicha, el hábito del enfermo, hacen del estudiante que actualmente termina sus estudios en la Universidad Central, no solamente un doctor, como antes, sino un *práctico*, un hombre que conoce su arte.»

Concíbese que tal institución significa no solamente un servicio de vida para la humanidad paciente, sino también un fecundo progreso patrio; digamos, un lugar por su destino y por su misión augusto y venerable, en cuya conservación y sostenimiento están comprometidos intereses de un valor trascendentalísimo para nuestro propio concepto de civilizados.

Además, la mayor parte de la población recluida actualmente en el establecimiento, la componen personas del interior de la República y del Extranjero. Se nos informa que ya es insuficiente la dotación de doscientas camas, y que, atento á esta nueva necesidad el señor Gobernador de Caracas, se dispone á procurar los medios para una organización rentística que haga posible el aumento de asignaciones al *Vargas*.

A fin de ilustrar el estado presente del edificio y dar una idea de la falta que están haciendo algunas construcciones complementarias, publicamos algunas vistas tomadas recientemente, en oportunidad en que se efectúan algunas reparaciones de urgencia en el interior del establecimiento. Por dicha, los defectos de que adolece ahora el edificio son fáciles de corregir y reclamarían poca erogación; por ejemplo: barracas de aislamiento para enfermedades contagiosas; una sala moderna de operaciones, provista de aparatos é instrumentación, etc. Ingenieros enviados por el Gobierno han ido á inspeccionar estas necesidades y levantar los presupuestos de los gastos que han de ocasionar sus atenciones.

El Laboratorio que posee hoy el hospital, bien que sin estar provisto de las comodidades requeridas, permite practicar—llegado el caso—exámenes clínicos y bacteriológicos. Su jefe, el bachiller Rafael Rangel, ha realizado en él trabajos de notoria importancia, como el descubrimiento de un parásito que produce las anemias perniciosas de ciertas regiones; y gracias á este eminente servicio, hoy se curan allí muchos enfermos que antes estaban destinados á morir. El mismo señor Rangel ha dado con el germen de la *peste boba*, que tantos estragos venía haciendo en nuestras riquezas pecuarias del Guárico y Apure: todavía se halla practicando estudios en aquellas regiones el benemérito jefe del Laboratorio del *Vargas*.

Solamente no existe en el hospital un servicio para niños, cuya mortalidad es tan notable en la primera edad, según la estadística oficial, y Caracas no posee un asilo para esos desvalidos: existen en el establecimiento algunos, abandonados ó huérfanos, adoptados por las Hermanas de la Caridad, que hacen el servicio de la asistencia interior, con la eficacia y el orden que son

base de la reputación universal de que gozan.

Las cifras siguientes confirman lo que hemos asegurado, con respecto á la importancia del Instituto:

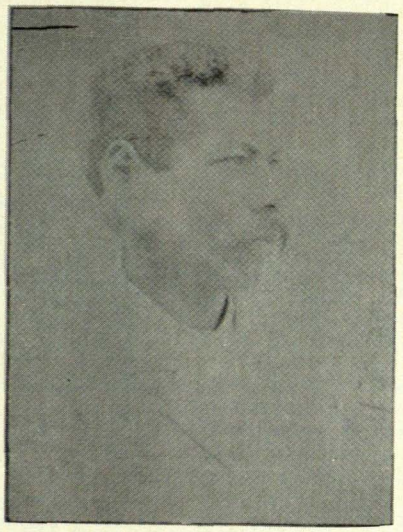
En el año de 1904 se recibieron.....	1.782	enfermos.
Salieron curados.	1.166	"
Murieron.....	376	"

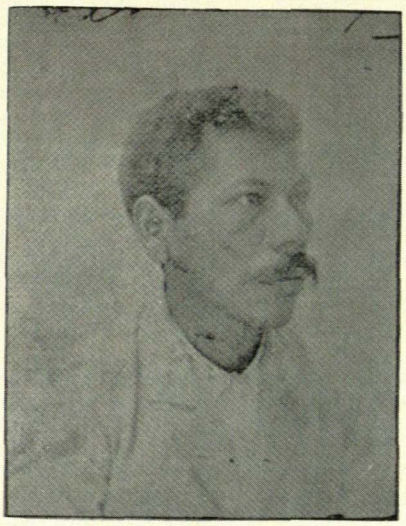
Se practicaron 242 operaciones quirúrgicas y se asistieron 81 partos.

La Junta Administradora del Establecimiento la componen:

El señor don Ramón Tello Mendoza, Presidente, en su carácter de Gobernador de Caracas.

El señor doctor P. Acosta Ortiz, Vicepresidente, Director del Hospital, Profesor de Clínica quirúrgica.





LA CIRUJIA DEL CUELLO
Extirpación de la parótida Doctor Acosta Ortiz.

El señor doctor P. Acosta Delgado, Inspector General de Hospitales, Jefe de servicio.

El señor doctor Juan P. Tamayo, Secretario, Jefe de servicio.

El señor doctor F. de P. Ruiz Mirabal, Tesorero, Médico del Lazareto.

El señor doctor B. Herrera Vegas, Vocal, Director del Asilo de Enajenados.

El señor doctor J. Trujillo Arrabal, Vocal, Jefe de servicio.

El señor doctor M. Pérez Díaz regenta el servicio de Dermatología y Sifiligrafía.

El señor doctor David Lobo, el de Clínica Obstétrica.

El señor doctor M. Dagnino, el de Clínica Médica.

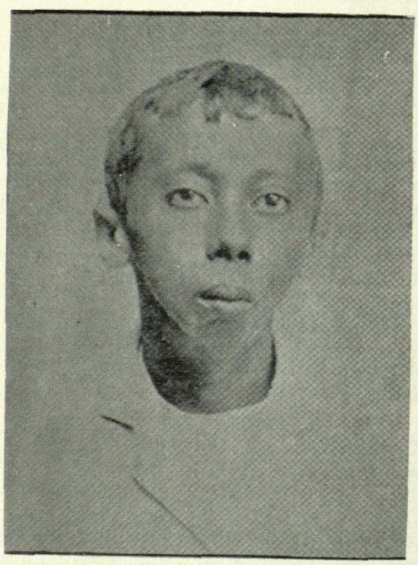
Los internos y externos son electos por concurso.

El órgano periódico es el *Boletín de los Hospitales*.

En esta oportunidad, nos complacemos en presentar un voto de aplauso y de congratulaciones al señor doctor Acosta Ortiz, Director del *Vargas*, por sus patrióticos esfuerzos y su laudable empeño en realizar, hasta donde más alto se pueda, un ideal de obra civilizada y de civilizador adelanto científico y social.

Como muestra de las operaciones atrevidas que se practican constantemente en el Hospital, reproducimos algunas fotografías relativas á intervenciones practicadas en el cuello y en la cara, que, como es sabido, constituyen las regiones donde se prueba la suprema audacia del cuchillo.

LA CIRUJIA DE LA CARA
Resección del maxilar inferior—Doctor Acosta Ortiz



LA CIRUJIA DE LA CARA
Resección del maxilar inferior—Doctor Acosta Ortiz

SUELTOS EDITORIALES

BIBLIOTECA SOCIOLÓGICA INTERNACIONAL

La casa Henrich & Cª, de Barcelona, editora de esta BIBLIOTECA, acaba de publicar el libro del célebre filósofo inglés Tomás Carlyle, titulado: *Sartor Resartus, Vida y opiniones del profesor Teufelsdröckh.*

Sartor Resartus, mezcla de alambicadas sutilezas y de pensamientos de sorprendente profundidad, tejido de malicias sardónicas y complicadas, que desafían todo análisis, es la vida y opiniones de un filósofo extravagante á través de diversos estados y etapas sucesivas: la infancia risueña, la pubertad anhelante, la juventud iluminada por áureos resplandores, y la madurez escéptica, indiferente, el paso del polo negativo de las ilusiones al positivo de la senectud.

En opinión del filósofo de su cuento, tras del cual se oculta el gran pensador británico, toda la naturaleza y toda la vida no son más que un *traje*, un traje animado, tejiéndose siempre en el telar del tiempo, y con eso bosqueja toda una filosofía de los trajes materiales que cambia el hombre durante su vida, hasta llegar al misterioso y supremo trueque de la carnal vestidura, por la sutil y en más alto grado misteriosa del espíritu.

Damos las gracias por el ejemplar que nos ha sido enviado.

NUESTRO RECONOCIMIENTO

Nos participa el señor Emiliano Hernández que la casa editorial Bouret, de París, le ha comprado un libro, titulado *Paisajes mentales*, que está actualmente en prensa.

El señor Hernández nos avisa que es un libro de prosa y verso, con prólogo de Luis G. Urbina y que la parte titulada *Pequeñas prosas* viene dedicada al señor J. M. Herrera Irigoyen.

El Director de esta Revista agradece al señor Hernández su deferente atención, y nosotros le enviamos las gracias por el aviso que se sirve darnos.

LIBROS Y FOLLETOS RECIBIDOS

Biblioteca de "El Constitucional"—Constitucionalidad de los Estados.—Sus Presidentes.

"La Revista Dental Venezolana", órgano de la Sociedad «Unión Dental Venezolana.»

NOTAS DE DUELO

TERESA RODRIGUEZ DE RODRIGUEZ

Una familia merecedora de todo nuestro aprecio, acaba de ser herida por el dolor. El día 9 de este mes ha dejado de existir la señora TERESA RODRÍGUEZ DE RODRÍGUEZ, matrona por todos títulos reverenciable, que tenía la alta situación moral de toda una vida consagrada al ejercicio de una misión de respeto y de virtud, bajo un techo que fué asilo sagrado de cuanto en una sociedad es distinguido y digno del acatamiento humano.

Su esposo, y sus hijos, los doctores Miguel y José Santiago y el señor Miguel Vicente Rodríguez nos merecen una buena amistad y nuestra voz de simpatía los acompaña en su dolor.

CLARA ELENA

La muerte de una mujer joven y bella tendrá siempre algo de la insondable profundidad de los arcanos extraterrenales. Ciertamente, en medio de la poderosa mecánica de la Naturaleza, los chorros calcinantes del sol llueven sobre las más prestigiosas corolas, y se marchitan y se abaten y caen las más preciadas flores, desde la cima de planta que ensoberbecieron una mañana. Pero ya la flor justiciada era, para ese momento, vaso solitario, bebido como había sido su aroma por la luz y por las auras. No así la fragancia de la flor humana, el alma de la mujer joven y bella: sus días son los más perfumados de la vida universal, y parecería, cuando se agostan, languidecen y se disipan sobre la tumba, como si se oyera el anuncio colérico, sonado en alguna trompeta final, de que se aproximan las horas de espanto profetizados en Patmos. Siéntese algo de esa impresión medrosa é inevitable: lo que habrán sentido los padres, los seres que tuvieron su cariño para CLARA ELENA MÁRMOL, hija de nuestro muy apreciado amigo y colaborador el señor doctor Tomás Mármol, á quien acompañamos con toda sinceridad en medio de su amargura.

CARLOS GIL

Otro joven sorprendido en medio de los caminos de la vida, por una acechanza aleve de la Fatalidad. Apenas concebido un porvenir; apenas provisto de las primeras armas para concurrir á reñirlo; apenas sentidas las primeras emociones de una promesa sabida cierta, cuando los cielos se obscurecen, todo cuanto señala orientes se desploma en el estrépito de la última caída, la caída en la fosa... Estas muertes suspenden el ánimo en una abstracción dolorosa, pensando en cuáles destinos reserva la Piedad Suprema á los prematuros sentenciados.

Nuestro pesar es compañero, en este momento, del dolor que abruma á la familia de CARLOS GIL.

SEÑORA BELEN C. DE DIAZ

Una amplia ráfaga nefasta pasa estos días por sobre la sociedad de Caracas. No hemos escrito últimamente un nombre sobre las piedras sepulcrales, que no signifique una síntesis de afectos y de consideraciones especiales, por los que bajo esas losas duermen ya el sueño definitivo. Ancianas, mujeres jóvenes, hombres de nota, niños angelicales, la gran cascada de nuestros contentos sociales, ha ganado tristemente el despeñadero del sepulcro; y arrastra al abismo sin remisiones, así la flor de sus riberas, como el pie de arenas de oro sobre las cuales se inclinaba hacia las linfas de la vida, y la encina que era enhiesto penacho, como el avecilla que cantaba en sus ramas la primera alegría de vivir... Escribamos otro nombre más, que representa otra presea social, arrebatada por el torbellino inclemente: el de la señora BELÉN CUBILLÁN DE DIAZ, cuyos funerales nos han llevado anteayer á cumplir el último deber con sus despojos.

Sean estas líneas una expresión de nuestra amistad cerca del esposo afligido y de los hijos adoloridos por la ausencia eterna de la compañera y de la madre.

CAROLINA

Así se llamaba la preciosa niña que acaba de morir, nieta del señor don Jorge Uslar (hijo), é hija del señor doctor José Herrera Manrique, amigo nuestro, y deudo de los señores dueños de la casa editorial de EL COJO ILUSTRADO.

Con toda la sinceridad que nos imponen especiales deberes de antigua amistad á los que estas líneas escribimos, presentamos nuestra expresión de sentimiento á los padres de la niña muerta en estos días aciagos.

DOCTOR DOMINGO ALAS

A este penoso registro fúnebre tenemos que traer el nombre del señor DOCTOR DOMINGO ALAS.

Su muerte fué una triste sorpresa para la sociedad, que apreciaba sus buenas cualidades de miembro de ella; para la judicatura, en cuyos sitiales se le vió siempre sentado; para la prensa, en la cual ejerció una discreta misión de periodista.

Acepte su familia la expresión de nuestra condolencia.

TOMAS MARTINEZ EGAÑA

Al entrar en prensa el último pliego del presente número, nos llega la triste nueva del fallecimiento del señor TOMÁS MARTÍNEZ EGAÑA, compatriota distinguido y amigo muy apreciado de nosotros.

Presentamos el más sentido pésame á su excelente familia y, muy especialmente, á su señor hermano, General Simón Martínez Egaña.

NUESTROS GRABADOS

El Cuerpo Diplomático

En nuestra primera página ofrecemos á los abonados de esta Revista la reproducción de una tarjeta fotográfica, en la cual figuran los Excelentísimos y Honorables señores Ministros Plenipotenciarios, Ministros Residentes y Encargados de Negocios de las naciones que mantienen relaciones de amistad con Venezuela.

Los distinguidos caballeros que dirigen los asuntos políticos de sus países, ante la Cancillería de Caracas, son ya conocidos en el mundo diplomático, por más de una delicada misión cumplida ante otros Gobiernos de la América y de Europa.

Al pie de la tarjeta que publicamos, hemos colocado los nombres y representación de cada uno de ellos.

Dalny, la ciudad rusa, hospital japonés

La gran ciudad que poseían los rusos al este de Puerto Arturo, fué destinada por los japoneses, desde el día que la ocuparon, á servir de hospital, para cumplir en él las disposiciones expedidas en Tokio, por rescripto imperial, acerca del tratamiento que debe darse á los heridos y enfermos rusos. Estas disposiciones, que tienen fecha del 14 de febrero de 1904, una semana después de la declaración de la guerra, son sumamente extensas y apenas nos es permitido señalar algunas que establecen innovaciones no prescritas en las convenciones internacionales, que hasta ahora regían en las guerras de Europa.

Las ordenanzas imperiales del Mikado crean, por ejemplo, el «Departamento de informaciones,» dependiente del Ministro de la Guerra, bajo la dirección de un general ó de un coronel, cuyos subalternos se han elegido entre oficiales del ejército y de la armada, á los cuales se les han agregado funcionarios del orden civil.

Este hospital trasmite á Tokio nómina de los enfermos, con expresión de su estado civil y de salud, á fin de que sean informadas sus familias, en el Japón ó en Rusia, estas últimas por medio de la legación japonesa en París.

Si el enfermo sana, puede optar entre ser trasladado á algunas de las ciudades de internación, en la isla de Shi-Koku, ó trasladarse á Rusia, bajo palabra de no volver á tomar participación en la guerra actual.

Si desgraciadamente muriere, el hospital recibe sus últimas disposiciones, cartas, papeles, objetos y dinero, con el fin de hacerlos llegar á su familia. La embajada francesa en San Petersburgo recibe constantemente bultos de esta especie, enviados en cumplimiento de las ordenanzas japonesas.

En el caso de internación, el antiguo enfermo trabaja, si es soldado, «en oficios apropiados á sus conocimientos y salud,» pero si ha tenido rango de oficial ruso, solamente se le da trabajo si él lo pide expresamente.

Un rescripto del 16 de septiembre de 1904 fija la estipulación que debe pagarse por este trabajo, destinándose la mitad de ella á procurarles mejoras á la suerte del ruso durante su cautividad, y la otra mitad se deposita á su cuenta para serle entregada cuando sea puesto en libertad. A este reglamento va anexa una tarifa que fija los valores de las remuneraciones por trabajo.

Caso de muerte, las exequias se hacen con los honores militares que correspondan al rango y posición del muerto, y las inhumaciones se hacen en lugares que estén situados á cierta distancia de los grandes caminos; pero distantes, lo más posible, de las corrientes de agua, vientos que vayan hacia poblado, en elevaciones ó en pendientes que posean terreno seco. Las fosas no deben medir menos de un metro de profundidad. El cadáver se deposita en su fondo sobre un lecho de paja ó de ramas; se cubre luego con cal, coke ú otra sustancia desinfectante, y la tierra retirada se emplea para formar un túmulo, sobre el cual se coloca una piedra, con una inscripción en que conste el nombre, grado, rango del muerto, cuerpo á que pertenecía y toda otra señal é indicación que pueda servir para el reconocimiento, si llegare el caso.

Si fuere posible, se les permite á los popes rusos y á los ministros cristianos trasladarse al hospital y al cementerio, para los auxilios espirituales y celebración de las ceremonias que reclame el culto á que pertenecía el difunto.

El general Stoessel y el coronel Marchand en Puerto-Arturo en 1902

Ataque á Lin-Shin-Pu durante la batalla de Sha-Ho

Lin-Shin-Pu (Lin-Chi-Pou) está situado al oeste del ferrocarril manchuriano, al sur de Moukden; y el río Sha-Ho (Cha-ho) corre á veinte kilómetros también al sur de aquella ciudad.

Fué en las orillas de este río en donde, después de la batalla de Liao-Yang, se situaron los ejércitos ruso y japonés, tendidos en un frente de cincuenta kilómetros, orientados de Oeste á Este, desde el valle de Houn-Ho hasta los macizos montañosos que forman el valle de Taï-Tsé-Ho.

Allí permanecieron en recíproca espectativa, hasta que el Mariscal Oyama declaró la ofensiva, el 15 de noviembre, para violentar la batalla antes de que el General Kouropatkine recibiera el refuerzo del 8º cuerpo de ejército ruso. Desde quince días antes lo había intentado el general japonés, según aviso del ruso al Czar, diciéndole: «Los japoneses han intentado, á las cuatro de la tarde de hoy, asaltar nuestras trincheras, al norte de la aldea de Lin-Shin-Pu.»

Para el día del ataque cuya vista ofrecemos, el mismo Kouropatkine participó á San Petersburgo:—«Los japoneses han tomado la ofensiva, anoche á las ocho, por medio de un movimiento de oeste á este y una violenta cañonada que ha durado hasta las dos del día de hoy. Ha cesado el fuego, pero el enemigo se concentra en los alrededores de Lin-Shin-Pu.»

A esta cañonada, que el mismo general ruso llamó «la conflagración de nuestra ala derecha,» se refiere el testigo presencial que la describe, así:—«La atmósfera estaba tajada de silbidos que se entrecruzaban, y las nubecillas blancas parecían tener siempre una tendencia á crecer y á aproximarse á las trincheras cuyos defensores podía yo contemplar. De pronto, por sobre mí, me pareció que el cielo se rompía bruscamente: instintivamente me arrojé al fondo de un foso; oí detrás de mí un crujido agrio y el ruido de un desparramamiento de metralla sobre los guijarros: era que los japoneses habían montado una batería sobre una cumbre hasta entonces desocupada, y desde allí trataban de bombardear las trincheras cerca de las cuales me hallaba..... Otro shrapnel foeteó con sus balas las pendientes del barranco: parecía que el cielo aullaba minuto á minuto amenazas terribles. Osé mirar hacia arriba, con los ojos medio cerrados por una aprensión invencible, y apenas lo había hecho, cuando vi confusamente que otro shrapnel estalló contra una trinchera: un oficial cayó, con los brazos en cruz. Me pareció que un largo sacudimiento agitaba toda la línea de criaturas humanas cuyo abrigo ya no existía para el fuego aéreo de los japoneses.»

Cuatro días llevaba la batalla, cuando hubo que suspenderla, porque el frío acosaba de tal manera á los soldados, de uno y otro ejército, que los obligó á refugiarse en hoyos practicados en los puntos del suelo que todavía no estaban sumamente endurecidos por el hielo.

Hacia el campamento ruso

Escenas como la que reproducimos, son frecuentes dentro de los coches del ferrocarril transiberiano.

Los oficiales que viajan en ellos van destinados al ejército manchuriano, con cargos distintos, según sus grados ó su especialidad, ó simplemente en comisión. Son casi todos jóvenes, grandes y fuertes, de rostros enérgicos, de cabellos negros ó rubios, de espesos bigotes, de miradas suaves; pero todos son hombres de completa cultura académica, que salieron de sus estudios para las guarniciones asiáticas y que, removidos ahora por los reflujos de la guerra con Nipón, van desde San Petersburgo, desde Moscou ó desde Varsovia, muy instruidos de los antecedentes, de las causas, de la situación política en que Rusia emprendió esta guerra que tanto le cuesta á sus ilusiones de poderío.

Las escenas de ese éxodo de oficiales son melancólicas, y las conversaciones son tristes. En los desfiladeros de Liao-Yang, cuando el cuerpo de Stackelberg se vió de improviso envuelto en un desastre que no esperaban los generales rusos, uno de esos oficiales le decía á un corresponsal europeo: «No hay que culpar á los jefes del ejército: esta guerra no debió emprenderse, ó cuando menos, debió aplazarse hasta que nuestro Estado-Mayor poseyese datos, indicaciones, siquiera croquis de los teatros probables de las batallas. En la carta de estos lugares por la cual se ha venido guiando el ejército ruso, en vez de estos escarpados y desfiladeros intomables, no hay sino una gran mancha blanca..... ¡No sabemos por dónde andamos!» Y la tarde que llegó á Moukden el general Kouropatkine, los oficiales que se reunieron en el casino, en medio de una orgía, maldecían á los diplomáticos y estadistas de su país, por la manera como habían conducido los sucesos, hasta colocarlos en aquella interminable sucesión de desastres.

En uno de esos diálogos de ferrocarril decía recientemente un capitán del Estado-Mayor ruso:—«Yo no soy de esos calvinistas que han representado á los japoneses como un pueblo débil; yo sabía que los nipones eran temibles; lo he dicho y lo he escrito.....Ahora bien, el que desprecia al enemigo, ó desconoce su poder, se debilita. Cuando comenzó la guerra, no teníamos nuestra única fuerza en el Extremo Oriente, la fuerza naval; jamás la hemos tenido, y nos hace falta, nos es indispensable. El general Kouropatkine puede vencer á los japoneses, rechazarlos en Corea; pero arrojarlos al mar, jamás: para batirlos definitivamente, es preciso cortarles sus comunicaciones con el Japón: para hacer esto, es preciso una escuadra poderosa..... y ya véis. El enemigo ha tenido tiempo para reparar sus buques; se ha preparado para el encuentro con Rodjestvinsky; Rusia no puede arriesgar un combate en el mar sin estar segura de vencer, y ya nuestra escuadra de Puerto Arturo no existe...»

Otros, como el capitán de fragata Clado, dicen:—«Rusia está en la necesidad de luchar hasta el fin; no debe ser batida; su interés y su honor se lo impiden; tanta sangre derramada, tanto dinero gastado no pueden perderse.»

Así son las escenas y esos los diálogos entre los oficiales y dentro de los coches del transiberiano.

Tokio—El general Terauchi, Ministro de la Guerra, y el barón Kodama, Jefe del Estado Mayor del Ejército japonés.

Tiranía del automóvil

(QUATRE HEURES, RUE DE LA PAIX)

Nuestros lectores saben que la hora de las cuatro de la tarde, en la rue de la Paix, en París, es el momento de cita de la elegancia mundana en la gran capital; y es ahora, con la invasión monstruosa del automóvil, el momento de la gran barahunda y de las colisiones estrepitosas y de las largas obstrucciones en la vía pública.

El automóvil va pasando cada día de su carácter recreativo de sport á la poderosa categoría de industria, prestigiosa ya como una manifestación del espíritu contemporáneo, todo impregnado de aspecto y tendencia científica, puesto que este vehículo moderno, no es otra cosa que una aplicación de métodos y de medidas precisas á cantidades tan imprecisas como la fuerza y la voluntad.

De esta manera, el automóvil ha llegado á ser potencia y á ocupar puésto de honor en la industria mecánica y en el sport. Hoy hay en Francia quinientas marcas diferentes, que emplean un total de cincuenta mil obreros; y ciertas comunas suburbanas de París, como Suresnes, Puteaux, Billancourt, Saint-Denis, Courbevoie, han llegado á ser las verdaderas capitales del automovilismo. Una de esas fábricas no vende hoy sus acciones por cincuenta millones de francos, puesto que están en capacidad de fabricar trescientos vehículos por mes.

Pueblo de Isabela

El aspecto de esta vista dará á nuestros abonados una noción acerca de la belleza que guarda para sus moradores toda la región de Barlovento y de las riquezas que puede regalar al trabajo y á la constancia laboriosa.

Tienen bajo su vasallaje una naturaleza feraz, pródiga y risueña; una población numerosa; una constante inmigración de fuertes y tenaces elementos extrangeros; las olas de un mar dócil y profundo, sereno y suave; montañas henchidas de oro en formas protéicas; y ríos abultados de líquidos tesoros, que se traducen en un discurso incesante de rústicos bajeles abrumados de pródigos frutos.

¡Cuán feliz la tierra, si el hombre la amase más, y no la ensangrentara!...

Laura Núñez

Una página del presente número está dedicada á esta joven artista, á quien desde hace algún tiempo viene agasajando con especial cariño el público caraqueño.

Muchos son los méritos de la señora Núñez, como primera tiple cómica. Ama su arte apasionadamente y conságrale toda la energía luminosa de su espíritu y todas las inquietudes atrayentes de su nervosismo. Talento y gracia constituyen la base de su reputación artística; y como es bella, simpática, culta y modesta, aquellos títulos son cada día más amables para el público, que los premia con aplausos entusiastas y homenajes afectuosos.

Felicitamos á los señores Argudín y Otazo, Empresarios de la Compañía de Zarzuela que trabaja en el Municipal, por conservar en su personal artístico á la inteligente y graciosa Laura.

SECCION RECREATIVA

Opinión de un pedagogo

ACERCA DEL SISTEMA DE EDUCACIÓN MÁS CONVENIENTE:

«En primer lugar, y esto es lo más importante, un análisis serio y concienzudo de lo que debería constituir la educación del hombre, de manera que no se vean obligados los jóvenes en lo futuro, como hasta ahora, á ir á tientas en su camino, sino que desde el principio de su carrera tengan una idea general de la vida, y puedan encaminarse, desde sus primeros pasos, á la meta deseada.

«Segundo: la educación de todo el pueblo, por medio de escuelas sostenidas en todas partes del territorio por el Estado. Esta educación deberá ser gratuita y obligatoria.

«Y en tercer lugar, la organización de un gran número de Escuelas de Artes y Oficios costeadas por el Estado.

«Y cuarto: establecer en toda ciudad importante, escuelas politécnicas, donde los jóvenes más adelantados puedan obtener instrucción en todos los ramos de las ciencias, con los aparatos y materiales más recientes y perfeccionados.

«Aquí tengo, V. M., un documento en que trato estos puntos, y con vuestro permiso le daré lectura.

«Se titula *Requisitos indispensables para que todo hombre ó mujer pueda alcanzar una educación liberal*, y dice así:

«Todos los hombres y mujeres, aristócratas ó plebeyos, ricos ó pobres, de habilidad mediocre ó de gran talento, deberán ser conducidos, desde el comienzo de su educación, por ciertas sendas que todos reconocen como verdades generales. Todo hombre debe saber:

«1º Dónde vive.

«2º Qué es su cuerpo.

«3º Qué cosa es su mente.

«4º Cuáles deben ser sus relaciones con los otros hombres.

«5º Debe poseer el conocimiento necesario para llevar á cabo el trabajo á él confiado, como parte que le corresponde en la labor general del mundo.»

Reducidos estos principios á fórmulas de programa, darían el siguiente cuadro:

I. Conocimiento del Universo en el cual nuestro mundo se mueve. Una astronomía sencilla para niños.

II. Lo que nos rodea. Conocimiento de la tierra: Geografía, Geografía física, Geología.

III. Fenómenos que nos rodean. La vida de las plantas: Botánica, Composición y relación de las sustancias: Química.

IV. Las leyes que rigen el Universo: Física.

V. Importantes conocimientos referentes á la conservación del cuerpo humano: Fisiología, Ejercicios, Higiene.

VI. Conocimiento de su propia inteligencia: Psicología.

VII. Conocimiento de las relaciones de uno mismo para con los demás: Psicología, relaciones de economía y gobierno, Ética.

VIII. Trabajo manual.

IX. Lenguaje que se usa en la vida diaria.

X. Matemáticas: Aritmética, Algebra, Geometría, Cálculo diferencial é integral y Matemáticas altas.

XI. Ciencia física.

XII. Filosofía.

XIII. Historia.

XIV. Idiomas: muertos y extranjeros.

Trátase, como se ve, de un programa integral orientado en un sentido que tiene sus precedentes en los planes de Spencer y de otros positivistas modernos.

Los vestidos radiográficos

El doctor London, de San Petersburgo, ha reconocido que las propiedades del radio pueden transmitirse á la lana y por consiguiente al paño. Deduce de esto que pueden fabricarse vestidos que serían radiográficos y podrían emplearse especialmente en las enfermedades de la piel.

La lana «emanada,» como él la denomina, tendría la ventaja de poder ser transportada fácilmente á cualquier distancia. Podría llegar á ser un producto farmacéutico, y no costaría caro, pues bastarían de cinco á seis y diez miligramos de radio para comunicarle las propiedades radioactivas.

Sin embargo, agrega el doctor London, conviene primero precisar los casos en los cuales esta lana «emanada» podría ser empleada, terapéuticamente, con eficacia, y esta es una cuestión no resuelta todavía.

Por qué dormimos?

EXPLICACION CIENTIFICA DEL SUEÑO

Todos sabemos que la vigilia y la actividad cotidiana engendran el sueño; pero no todos saben que esta necesidad de descanso depende de la presencia de ciertas sustancias en la sangre.

Prueba de ello, que si á un perro que esté descansado se le inyecta sangre de otro can que esté rendido, siente en seguida deseo de dormir. Además, varias de las células nerviosas del cerebro y de la médula presentan caracteres diferentes, según el organismo esté ó no fatigado. En el primer caso, las células están arrugadas, afectan una forma irregular y su núcleo es proporcionalmente más voluminoso. Por otra parte, presentan vacíos ó lagunas que no existen en la célula descansada, y por último, recientemente se han descubierto en la célula reposada gránulos pequeñísimos, llamados cuerpos de Nissl, por su descubridor, que llevaba este apellido. En la célula fatigada tales cuerpos desaparecen, quedando en su lugar una especie de polvo finísimo.

A este propósito, se han sustentado varias teorías: según una de ellas, estos cuerpos de Nissl están formados de elementos de energía, ó algo semejante á un combustible nervioso, por lo cual se destruyen durante la actividad y se reconstituyen durante el reposo, siendo por tanto la fatiga la causante de su desaparición.

Parece, efectivamente, que á la actividad acompaña la desaparición de los cuerpos de Nissl, y que el sueño y el reposo los permiten formarse de nuevo. Pero queda un punto importante por dilucidar; ¿produce el sueño la desaparición de los cuerpos de Nissl, ó lo causa la presencia de alguna sustancia especial y tóxica en la sangre?

Quizás lleguen á combinarse ambas hipótesis, y entonces se explicará el sueño por la acumulación de sustancias tóxicas, resultantes de la utilización y transformación del combustible nervioso que encierran los cuerpos de Nissl.

La fabricación de una buena Emulsión de aceite de bacalao requiere máquinas y aparatos científicamente construidos que los boticarios no poseen.

Una mala emulsión produce en los enfermos el trastorno de las funciones digestivas, imposibilitando la nutrición y retardando la cura

El Triunfo del Mérito.

Todo el que tenga que comprar un frasco de emulsión de aceite de bacalao debe exigir que el boticario le venda la **"LEGITIMA EMULSION DE SCOTT"** que lleva la marca del **"hombre con el pescado á cuestas."** Esta marca significa lo mismo que la marca de ley que se encuentra en las joyas de plata ú oro. Emulsiones que no llevan esa marca son lo mismo que las prendas falsas doradas ó niqueladas que fabrican los charlatanes para engañar á los incautos. La **"LEGITIMA EMULSION DE SCOTT"** ha sido recetada universalmente durante los últimos treinta años con éxito siempre creciente para curar la tuberculosis, las enfermedades del pecho en general, la escrofulosis, raquitismo, anemia, clorosis y todas las afecciones que dependen de la debilidad orgánica.

La **"LEGITIMA EMULSION DE SCOTT"** es un alimento en forma concentrada que nutre y estimula el apetito de los enfermos poniéndolos en condiciones para poder ingerir y digerir los alimentos ordinarios.

Tratándose de la salud ningún medicamento es caro, si es bueno. Hay razón sobrada para que la **"LEGITIMA EMULSION DE SCOTT"** cueste unos centavos más que las emulsiones de pacotilla. Con ella los enfermos sanan pronto. Con ella no hay engaño.

SCOTT & BOWNE, Químicos NUEVA YORK.

ETERNA LOZANIA

Y

BELLEZA PERFECTA

Se obtiene con el uso del

JABON DE ROMERO DEL DR. LOBB

refresca, vivifica y enriquece la piel con un rico y duradero perfume, dejándola y conservándola tan suave como el terciopelo.

Cura las Irritaciones del Cútis, las Espinillas, los Barros, la Caspa, etc.—Afirma y asedosa el cabello.

Las virtudes sanativas del Romero curan la eczema y las escaldaduras. El *Jabón del Dr. Lobb* no tiene igual para las personas que respiran con exceso.—**Precio: 3 y medio reales.**

El Verdadero Remedio Homeopático del Dr. LOBB para la Anemia restablece el vigor debilitado en la mujer, devolviéndole sus carnes perdidas y la complexión fina y sonrosada de su infancia.—**Precio; 3 y medio reales.**

Consulte usted al *Dr. Lobb (329 N. 15 St., Filadelfia, Pa. U. S. A.)* si se siente enfermo. Su consejo profesional es desinteresado. Pídase el Manual del Dr. Lobb, grátis. — Valiosísimo en el hogar.

AGENTES GENERALES: SEÑORES H. THIELEN & CA.—CARACAS.

De venta en las Principales Farmacias y Droguerías en Europa y en la América-Latina

Variaciones del tronco de los árboles

Experimentos hechos por botánicos de reconocida competencia demuestran que los troncos de los árboles cambian de diámetro diariamente. Desde el amanecer hasta después del mediodía se produce una disminución regular que, una vez alcanzado el mínimum el fenómeno, se trueca y empieza el tronco á dilatarse hasta la hora del crepúsculo matutino, en que llega al máximum del grosor.

Estas variaciones de diámetro créese que coinciden con las variaciones de tensión, pero en sentido inverso á la temperatura.

GOTA

FTELA

LICOR DEL DR. LAVILLE

CLIN Y COMAR — PARIS
EN TODAS LAS FARMACIAS 613

REUMATISMOS

Gusta á los niños.—No hay que echar en saco roto lo que dice el Dr. L. Herrera, excelente facultativo de Puerto Cabello. He aquí sus palabras:

«Tengo el gusto de informar á ustedes que desde que uso en mi práctica la Emulsión de Scott, que ustedes preparan, he podido comprobar sus buenos efectos, sobre todo en aquellos casos en que se hace necesaria la indicación de un buen reconstituyente.

«La facilidad y hasta el placer con que algunos niños la toman, su fácil digestión y asimilación, hacen de esa medicina una de las mejores que importamos de ese país, ya que es una excelente manera de administrar el aceite de hígado de bacalao, de tan frecuente uso entre nosotros, disfrazando aquellas de sus propiedades que lo hacen repugnante al gusto.»

EXIJAN Vds. sobre cada PILDORA BLANCA las palabras: DEHAUT A PARIS impresas en negro.

Las PILDORAS Purgativas y Depurativas del Doctor DEHAUT se toman al comer.

Ningun Regimen. No más Dieta. Las menos COSTOSAS pero las mas activas.

LOS MEJORES RELOJES

SE CONSIGUEN EN LA JOYERIA DE

GATHMANN HNOS.

PIDANSE LAS MARCAS SIGUIENTES

OMEGA

ROSSKOPF

WALTHAM (SOL)

CRONOMETRO (VICTORIA)

INVICTA

LIBERTADOR

ST. BERNARD

Libros de Registro para 1905

Los que determina la ley para asentar las partidas de Nacimientos, Matrimonios y Defunciones: de muy buen papel y esmerada encuadernación, están de venta en esta Empresa.

Franco 6 fr. en Paris

PUREZA DEL CUTIS

— LAIT ANTÉPHÉLIQUE —

LA LECHE ANTEFÉLICA ó Leche Candès

pura ó mezclada con agua, disipa PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA SARPULLIDOS, TEZ BARROSA ARRUGAS PRECOCES EFLORESCENCIAS ROJECES.

Pône y conserva el cútis limpio y terso

CANDÈS & Cie. Bd St-Denis, 16

Cómo se rinden los héroes

FRASES CÉLEBRES DE GUERREROS CÉLEBRES

La nobleza y la generosidad acompañan siempre á la tristeza en las frases que los más famosos reyes y generales han pronunciado al rendirse á sus enemigos. Si hay alguna que demuestre un poco de orgullo, es la de Francisco I, cuando en la batalla de Pavía dijo al soldado que le intimó la rendición: «No me rindo á ti, sino al emperador; yo soy el rey».

En cambio, algunos siglos después, el héroe entre los héroes franceses, Napoleón I, no se avergonzó de escribir al príncipe regente de Inglaterra: «Alteza: Presa de las facciones que dividen mi país y de la enemistad de las mayores potencias de Europa, he terminado mi carrera pública, y vengo, como Temístocles, á buscar refugio en el corazón del pueblo inglés. Me coloco bajo la protección de sus leyes, que reclamo de su alteza, como el más poderoso, el más constante y el más generoso de mis enemigos». Después de tan sencilla carta, Napoleón se embarcó en el *Bellephoron* y se entregó á su capitán, Maitland, dando así el primer paso en el camino del destierro.

Otra rendición histórica, comunicada también por escrito, fué la de Napoleón III. Rodeado por 250.000 enemigos, y acompañado del residuo desmoralizado de su vencido ejército, envió al rey Guillermo de Prusia la siguiente nota: «Hermano mío: No pudiendo morir al frente de mis tropas, pongo mi espada á los pies de vuestra majestad». Y á la mañana siguiente él y Bismarck arreglaban los términos de la rendición; ésta fué completa: Napoleón fué enviado al castillo de Wihelsnshöhe, y 39 generales, 230 oficiales y 83,000 soldados quedaron prisioneros de guerra.

La tristeza que la rendición de Granada produjo á Boabdil, se refleja perfectamente en las frases que en tan memorable ocasión pronunció éste. Al dirigirse al punto en que había de encontrarse con Fernando el Católico, cruzóse con el cardenal González de Mendoza y díjole con melancólico acento: «Id, señor, en buena hora y ocupad esos mis alcázares en nombre de los poderosos reyes á quien Dios, que todo lo puede, ha querido entregarlos por sus grandes merecimientos y por los pecados de los musulmanes». Luego, al llegar ante el rey, y después de hacer además de bajar del caballo, lo que aquél no consintió, le hizo entrega de las llaves de la ciudad, á la vez que le decía: «Tuyos somos, rey poderoso y ensalzado; estas son, señor, las llaves de este paraíso; esta ciudad y reino te entregamos, pues que así lo quiere Alá, y confiamos en que usarás de tu triunfo con generosidad y clemencia».

Entre las rendiciones de los tiempos modernos, es famosa también la del general Lee al general Grant en la guerra civil de los Estados Unidos. Cuando Grant, el general de las tropas nordistas, invitó á su enemigo á que se rindiese «para evitar la inútil efusión de sangre», Lee no se hizo de rogar, y el día 9 de Abril de 1865 entregó su espada bajo condiciones honrosísimas, sobre todo con relación á lo largo y sangriento de la guerra que en aquel momento terminaba.

Bajo el punto de vista del laconismo una rendición notable fué la de Vercingetorix, el caudillo galo, que se rindió arrojando su casco y sus armas á los pies de Julio César sin pronunciar una sola palabra. Bien es verdad que hay silencios elocuentes.

La rendición de Plevna fue una de las más ruidosas que se han conocido, y Osmán Bajá, defensor de la plaza, uno de los generales que de peor gana se han rendido. Rodeado por fuerzas rusas muy superiores á las suyas, Osmán sostuvo el sitio durante ciento cuarenta y dos días, causando al enemigo 40.000 bajas; cuando le empezaron á faltar municiones y víveres, antes de entregarse prefirió intentar una salida y romper el cerco.

El plan le costó caro, pues fué derrotado y tuvo que rendirse; pero de tal manera había impresionado su valor al enemigo, que éste le vitoreó como si fuera un conquistador y hasta le presentó armas.

Propiedades del Avena-Cacao

El **Avena-Cacao** fabricado por los señores **Fullié & Ca.** marca **La India,** es un producto inmejorable é indispensable para todas las familias, es el mejor alimento para sanos y enfermos y un seguro preservativo contra las afecciones del estómago y del intestino, tan frecuentes y fatales en estos países tropicales. Es un producto cuidadosamente elaborado por medio de procedimientos científicos y que por su afortunada combinación de la flor de Avena con nuestro tan acreditado Cacao de Chuao y Ocumare, ha dado los mejores resultados como un alimento sano y completo, lo que certifican las recomendaciones de los mejores médicos de Caracas.

El **Avena-Cacao** marca **La India,** se vende en cajitas de 20 cubos ó sean veinte tazas grandes de esta sabrosa bebida. **Su valor 4 reales.**

LA
Phosphadine Fullié
es un alimento completo
DE FACIL DIGESTION
para todas las edades de la vida

Producto recomendado por los primeros facultativos de Europa y de las Américas

Alimentación natural de los niños
Nutrición de los convalecientes
En el raquitismo y en la anemia
Embarazos y dentición
En las diarreas y afecciones intestinales

Precio en toda Venezuela:
Pote grande Bs. 2,50
Id pequeño " 1,50

PHOSPHADINE FULLIE es el alimento indispensable para niños, ancianos y enfermos
De venta en los principales establecimientos de la República

EL ARTE DEL POSTIZO

Creaciones artísticas y seductoras de todos los accesorios para el peinado
M. et Mme. DESFOSSE
21 Rue Lavoisier, París
Bello é instructivo catálogo que se enviará á quien lo pida

La fuerza hidráulica del mundo

Según los cálculos de un ingeniero eminente, el agua que actualmente corre por la superficie de la tierra en la dirección de los mares produciría, si se utilizase su potencia, 10.340 millones de caballos de fuerza constantemente.

Para poderse formar una idea de lo que esta fuerza representa, baste saber que si todo el carbón que se consume en un año en el mundo (docientos veinticinco millones de toneladas) se encendiese en gigantescas calderas, sólo habria combustible suficiente para mantener semejante fuerza durante medio día nada más; ó de otro modo, la potencia del agua del mundo es setecientas veces mayor que la fuerza que actualmente se saca del carbón, y además es inagotable, circunstancia que la hulla no reune.

Este hecho servirá para tranquilizar á los que piensan con temor en el dia en que lleguen á agotarse las minas de hulla.

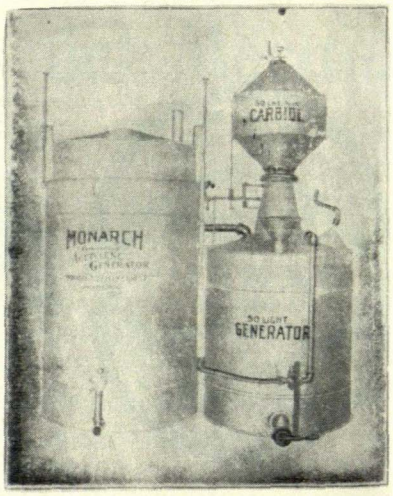
J. ROVERSI- ESTADOS UNIDOS DE VENEZUELA-CARACAS
De la Palma á S. Pablo N. 24-Teléfono N. 2159
TELEGRAMAS: **ROVERSI - CARACAS**

Departamento Acetileno

Carburo.—Instalaciones completas para ciudades y particulares.

—Accesorios de todas clases.

—Aparato Americano "Monarch" con más de 2.000 instalaciones privadas y 30 ciudades.



J. ROVERSI—Venezuela Caracas, Palma á San Pablo N. 24

DEPARTAMENTO MARMOLES

Nuevo surtido de mármoles artísticos y económicos.—Referencias de nuestros numerosos trabajos en toda Venezuela.

Alcoholismo y herencia

Un médico de Bale, Mr. Bunge, ha hecho indagaciones muy interesantes acerca de la influencia del alcoholismo de los padres sobre los hijos.

Ha tomado 659 familias y las ha clasificado de este modo:

a. 183, no beben.
b. 240, bebedores moderados (menos de un litro de vino diario).
c. 133, bebedores inmoderados (más de un litro).
d. 103, bebedores empedernidos.

Los casos de tuberculosis ó trastornos nerviosos en los padres y en los hijos se reparten en la siguiente proporción de tanto por ciento:

TUBERCULOSIS

	a.	*b.*	*c.*	*d.*
En el padre...	4,3	5,8	10,1	13,6
En los hijos...	14,8	14,0	22,2	29,3

TRASTORNOS NERVIOSOS

En el padre...	1,1	2,5	2,3	2,9
En los hijos...	7,9	13,6	17,2	24,2

Como se ve, es rigurosamente exacto que combatir el alcoholismo es combatir la tuberculosis.

LES PLAQUES ET PAPIERS
JOUGLA
SIEMPRE SON INMEJORABLES

Después de probar todos los engañosos remedios que se anuncian es cuando más se agradece la eficadia RADICAL del Digestivo Mojarrieta, cuya superioridad está universalmente confirmada en las enfermedades del estómago.

Curaciones desesperadas, en personas bien conocidas que lo tomaron durante tres meses, son las que lo han hecho glorioso; pues, un solo estuche produce mejor efecto que una docena de frascos de cualquier otro remedio, porque, además de ser el único verdadero Curativo radical del estómago y del intestino, sin engañosa acción calmante, es Digestivo y Purificador de los alimentos.

Se debe exigir que cada hostia tenga grabado el nombre Digestivo Mojarrieta.

De venta en la Farmacia de **Valentiner y Ca,** Caracas; y en las principales Droguerías de Europa y América.

PATE ÉPILATOIRE DUSSER destruye hasta las **RAICES** el **VELLO** del rostro de las damas (barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. **50 Años de Éxito**, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en **cajas**, para la barba, y en **1/2 cajas** para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el **PILIVORE**. **DUSSER**, 1, rue J.-J.-Rousseau. Paris.

Los jardines escolares

LA AGRICULTURA ENSEÑADA Á TODO EL MUNDO

El empeño que actualmente ponen casi todas las naciones de Europa en interesar á los niños en la agricultura, hace esperar que á la vuelta de un par de generaciones no habrá nadie que no sepa ser agricultor.

Suecia ha sido uno de los primeros países en tener lo que se llama «jardines escolares», y ahora cuenta con algunos millares de ellos. Bélgica, Suiza, Alemania, Austria y Francia han seguido el ejemplo, y en todas partes son tan excelentes los resultados obtenidos, que es realmente sensible no haber pensado en ello antes.

En las escuelas belgas la enseñanza es diferente, según la edad de los alumnos. A los niños más pequeños se les enseña el uso de la pala, del azadón, del escardillo y de las demás herramientas, así como algunos conocimientos elementales acerca de los productos más conocidos, como son las patatas, los guisantes, las judías, los melocotones, uvas, peras, manzanas, cebollas, nabos, fresas, zanahorias, tabaco, etc. Aprenden también qué animales son dañinos y cuáles útiles, y se familiarizan con las costumbres de los más comunes: golondrina, gorrión, alondra, topo, erizo, mariquita de las uvas, mariposas, etc.

Los muchachos más crecidos aprenden la anatomía de las plantas, el funcionamiento de cada una de sus partes, la germinación de las semillas, los métodos para plantar y transplantar, y el cultivo en semilleros. Además, se les explica con todo género de detalles cuanto concierne á los abonos, y también la manera de reconocer las plantas venenosas, y el conocimiento de las enfermedades producidas en los vegetales por los insectos, y los medios para acabar con éstos.

Más adelante, se enseñan las ventajas é inconvenientes de los distintos terrenos, con el uso del estiércol, comparado con los fertilizadores, y el arte de escoger las semillas y de sembrarlas, sea á mano ó á máquina. El alumno pasa después á estudiar sobre el terreno la escarda, limpieza del suelo, ingertos y todas las operaciones análogas, con sus respectivos efectos.

El arar, el segar, el recoger la cosecha en graneros, etc., etc., son cosas reservadas para los alumnos más adelantados, los cuales aprenden así mismo los procedimientos de irrigación, los efectos de los fenómenos meteorológicos, y además todo lo que se refiere á los animales domésticos, desde esquilar una oveja hasta guiar el tiro de seis caballos que arrastra una máquina agrícola.

Esto para los niños, que las niñas aprenden á cuidar las aves de corral y las vacas, á ordeñar, á hacer manteca y queso, á reconocer científicamente la calidad de la leche, y otras cosas por el estilo.

Los niños toman con gran interés el estudio práctico de la agricultura, mucho más fácil y agradable que el de la aritmética ó la gramática, y que el estar escribiendo ó cantando la tabla de multiplicar. Enseñándoles los procedimientos agrícolas más modernos y mejores, el día de mañana podrán contribuir á que se abandonen los sistemas anticuados, siempre perjudiciales para la producción nacional, y que tan arraigados están aún entre nuestros agricultores.

HISTORIA DE VENEZUELA

Se avisa á las personas de la capital y del interior de la República que han solicitado con interés creciente el Manual de Historia de Venezuela por Don Felipe Tejera, que está á la venta en la Empresa El Cojo, la

CUARTA EDICION

CORREGIDA, Y AUMENTADA HASTA EL AÑO DE 1900.

Los Directores de los Colegios de la República se dignarán avisar á sus discípulos, que pueden ya ocurrir á la Empresa El Cojo.

Precio del ejemplar empastado económicamente. . . . . 8 reales.

Precio de un ejemplar más fino. . . . . 12 reales.

Para el interior se cargará además el porte.

PRIX 16,600 fr.

RECOMPENSA NACIONAL

de 16,600 fr.

Siete Medallas de ORO, etc.

MDCCCI

Males de Estómago, Falta de Fuerzas, Anemia, Calenturas, etc.

QUINA-LAROCHE

EL MISMO **FERRUGINOSO**

Clorosis, Empobrecimiento de la Sangre, etc.

Linfatismo, Escrófula, Infartos de los Ganglios, etc.

Paris, 20 et 22, Rue Drouot, y Farmacias.

EL MISMO **FOSFATADO**

APROBACIÓN DE LA ACADEMIA DE MEDICINA DE PARÍS

RAQUITISMO — ANEMIA — CLOROSIS

Exíjanse el Nombre *el Sello de Garantía*

PÍLDORAS de BLANCARD

al Ioduro de Hierro inalterable.

y la Dirección *40, Rue Bonaparte, PARIS*

COLORES PÁLIDOS, ESCRÓFULAS, POBREZA DE LA SANGRE

N.B. Los Niños y las personas que no pueden tragar Píldoras emplean el **Jarabe de Blancard.**

ROB BOYVEAU-LAFFECTEUR

CÉLEBRE DEPURATIVO VEGETAL

prescrito por los Médicos en los casos de

ENFERMEDADES DE LA PIEL

Vicios de la Sangre, Herpes, Acne.

102, Rue de Richelieu, Paris y en todas Farmacias del Extranjero.

Jarabe de Digital de LABELONYE
Empleado con el mejor éxito.
contra las diversas Afecciones del Corazón, Hidropesias, Toses nerviosas, Bronquitis, Asma, etc.

HEMOSTATICO el mas PODEROSO
SOLUCION TITULADA
Las *Grageas* hacen mas facil el *labor del parto* y *detienen las pérdidas.*
AMPOLLAS ESTERILIZADAS para *Inyecciones Hipodérmicas*
Ergotina y Grageas de ERGOTINA BONJEAN
Medalla de ORO de la Sad de Fia de Paris.
LABELONYE y Cia, 99, Rue d'Aboukir, PARIS Y EN TODAS LAS FARMACIAS.

EXIJANSE LAS VERDADERAS PILDORAS PURGANTES
Estas píldoras con base de Extracto de Elixir del Dr GUILLIE, se emplea con éxito en las enfermedades del *Hígado*, del *Estómago*, del *Corazón*, *Gota*, *Reumatismos*, *Fiebres Palúdicas, y Perniciosas*, la *Grippe*, ó *Influenza*, y todas las enfermedades ocasionadas por la *Bilis* y las *Flemas.*
Depósito General, Dr Paul GAGE Hijo, Fco de 1a cl., 9, r. de Grenelle-St-Germain, Paris
y en todas las farmacias
• DEL Dr GUILLIE •

INFLUENZA ★ RACHITIS
ANEMIA VINO CLOROSIS
AROUD
CARNE-QUINA-HIERRO
El más poderoso Regenerador.

EL APIOL de los Dres JORET Y HOMOLLE regulariza los MENSTRUOS

SOLUCIÓN PAUTAUBERGE
al Clorhidro-Fosfato de Cal Creosotado
El remedio más eficaz para curar las ENFERMEDADES DEL PECHO, las TOSES RECIENTES Y ANTIGUAS, las BRONQUÍTIS CRÓNICAS
L. PAUTAUBERGE, 9bis, *Rue Lacuée, Paris* Y LAS PRINCIPALES BOTICAS.
Desconfiarse de las imitaciones y exigir la Firma L. PAUTAUBERGE.

LINIMENTO GENEAU
para los CABALLOS
Solo este precioso Tópico reemplaza al Cauterio, y cura radicalmente y en pocos dias, las Cojeras recientes y antiguas, las Lisiaduras, Esguinces, Alcances, Moletas, Alifafes, Esparavanes, Sobrehuesos, Flojedades e Infartos en las *piernas* de los jóvenes caballos, etc.; sin ocasionar *llaga* ni *caida de pelo*, aun durante el tratamiento. — Revulsivo y Resolutivo inmejorable en las enfermedades internas.- PRECIO 6 fr. Depósito General: Farmia GENEAU, 165, r. St-Honore, PARIS
MARCA DE FABRICA

Contra las ENFERMEDADES NERVIOSAS
VÉRTIGOS
PALPITACIONES
EPILEPSIA, etc.
no hay mejor Remedio que las
CÁPSULAS DEL Dr CLIN
al *Bromuro de Alcanfor*
CLIN & COMAR — PARIS
y en las Farmacias.
636

El origen de las frutas

Muchas especies de frutas que hoy se crían en España fueron traídas de Asia por los romanos. Los albaricoques proceden de Armenia, las cerezas del Norte del Asia Menor, los alfónsigos y las ciruelas, de Siria, el melocotón y la nuez, de Persia, la cidra, de Media, las avellanas, del Ponto, las castañas, de Catana, pueblo de la Magnesia, y la almendra de diversos puntos de Asia.

La granada, según unos autores, vino de Africa, y según otros, de Chipre; los membrillos fueron importados de Cidon (Creta), y las aceitunas, los higos, las peras y las manzanas, de Grecia.

Cuéntase que en los jardines que poseía Carlo-Magno se criaban todas estas frutas.

¿Por qué fue elegido Papa Pío X?

Vance Thompson, el recopilador de las cartas del célebre corresponsal del *Times*, Blowitz, compañero de este notable periodista que disfrutó de la confianza de los más célebres hombres de Estado, y gran conocedor de secretos diplomáticos, publica en *Success* un curioso artículo, explicando el por qué fue elegido Papa el cardenal Sarto.

Cuando, en el verano del pasado año, yacía moribundo el anciano León XIII, Francia, como las demás grandes potencias, tenía designado su candidato á la Santa Sede. El de Francia era el cardenal Rampolla, secretario de Estado. La Triple Alianza apoyaba la candidatura del cardenal Gotti, monje ascético, y la del cardenal Vanutelli, pertenecientes ambos al partido alemán, el cual, en Roma, es opuesto á Francia y á la influencia francesa.

La designación la habían hecho los dos emperadores, Guillermo de Alemania y Francisco José de Austria, sin consultar con su joven aliado Víctor Manuel III, que había ceñido recientemente la corona de hierro de Italia. ¿Por qué habían hecho esto? En sus tres años de reinado el rey de Italia había demostrado poca afición á servir de instrumento de sus ministros y aliados, á pesar de lo cual se le consideraba como personaje de escasa importancia. Pero este monarca de cabeza huesuda, larga y sin expresión, burló á las grandes potencias colocando en la Sede papal un hombre á su gusto, un hombre que nunca había sido candidato.

Desde los tiempos en que Bismarck se movía en lo obscuro de los asuntos europeos, no se había verificado una victoria diplomática tan inesperada y de resultados tan trascendentales. ¡Es peligroso un rey que se sabe á Maquiavelo de memoria!

Víctor Manuel mandó llamar en julio á Mr. Barrère, embajador de Francia en el Quirinal, y le confió un secreto diplomático. Sus aliadas Austria y Alemania, dijo á Mr. Barrère, iban á forzar la elección de un Papa anti-francés, del cardenal Gotti, y en caso preciso del cardenal Vanutelli, añadiendo que con gran sentimiento Italia tendría que someterse á lo dispuesto por sus aliadas, porque no estaba en condiciones de romper con ellas, aunque sabía que estos cardenales eran hostiles á su corona, y harían germinar la guerra papal contra el Quirinal. Pero qué? iba á hacer Víctor Manuel? El debía irse con sus aliados los alemanes. La elección era peligrosa para Italia, pero aún más para Francia, pues Gotti y Vanutelli eran enemigos declarados de la República francesa.

El embajador salió de esta entrevista confidencial hondamente preocupado, y en el acto envió la noticia á Delcassé, su ministro de Negocios Extranjeros. Sus informes fueron confirmados por otros conductos.

Mr. Nissard, embajador de Francia en el Vaticano, y el cardenal Mathieu, profetizaron la elección de un Papa «alemán», Gotti ó Vanutelli. El cardenal Gibbons, á su paso por París, declaró su simpatía por esta candidatura. El gobierno francés estaba lleno de inquietud, y cayó en la trampa preparada por el rey italiano. Mr. Delcassé anunció que el gobierno francés se opondría á semejante elección y, si era necesario, ejercitaría su derecho al veto en el cónclave. El rey de Italia había ganado la mitad de la batalla quitándose de delante la candidatura alemana. Sólo quedaba la de Rampolla, elegida por Francia. Este cardenal era el que más probabilidades tenía de triunfar, y su elección parecía segura.

Entonces el monarca maquiavélico excitó al emperador de Austria para que se opusiese á la candidatura de Rampolla, recordando que, en la historia política, Austria había sido siempre adversaria de la influencia francesa en las elecciones pontificias. Francisco José titubeó. El embajador italiano, conde Nigra, trabajó para convencerle, y la princesa Chigi, dama de gran importancia en la sociedad papal, fué á Viena y habló con el emperador. Finalmente éste fué vencido, y declaró que destruiría la candidatura de Rampolla, usando del derecho de veto, un derecho que tienen, como es sabido, Francia, España y Austria, pero que hace ya mucho tiempo que ha caído en desuso.

Las cosas ocurrieron tal como lo había previsto Víctor Manuel. El día 2 de agosto estuvo á punto de ser elegido Rampolla; pero se levantó el cardenal austriaco Gruska y anunció el veto de su gobierno.

La escena fué dramática: Rampolla, pálido y perturbado, se puso de pie, haciendo una fútil protesta. El partido francés estaba furioso; pero no podía hacer nada. En las trampas puestas por el rey de Italia habían caído las piezas. Víctor Manuel había burlado á dos imperios y había engañado á Francia con tanto arte, que los representantes de las grandes potencias no pudieron protestar siquiera cuando fué elegido el candidato del rey, el cardenal Sarto, patriarca de Venecia, que tenía dadas muchas pruebas de amistad á la casa de Saboya.

ESTA DE VENTA en la Empresa El Cojo el último libro del señor Máximo Soto-Hall, titulado 'Chispas Venezolanas". Precio: B. 1; para el Interior, B 1,25